

HÉROES CRISTIANOS DE AYER Y DE HOY

# **VALENTÍA EN EL NIÑO**

La vida de  
Lillian Trasher

HÉROES CRISTIANOS DE AYER Y DE HOY

# VALENTÍA EN EL NIÑO

La vida de  
Lillian Trasher

**JANET & GEOFF BENGGE**

EDITORIAL  
**JUCCUM**  


P.O. BOX 1138 TYLER, TX 75710-1138

Editorial JUCUM forma parte de Juventud Con Una Misión, una organización de carácter internacional.

Si desea un catálogo gratuito de nuestros libros y otros productos, solicítelos por escrito o por teléfono a:

Editorial JUCUM  
P.O. Box 1138, Tyler, TX 75710-1138 U.S.A.  
Correo electrónico: [info@editorialjucum.com](mailto:info@editorialjucum.com)  
Teléfono: (903) 882-4725  
[www.editorialjucum.com](http://www.editorialjucum.com)

**Valentía en el Nilo: La vida de Lillian Trasher**  
Copyright © 2011 por Editorial JUCUM

Version española: Antonio Pérez

Edición: Miguel Peñaloza

Publicado por Editorial JUCUM

P.O. Box 1138, Tyler, TX 75710-1138 U.S.A.

Publicado originalmente en inglés con el título de:

*Lillian Trasher: The Greatest Wonder in Egypt*

Copyright © 2004 por YWAM Publishing

Publicado por YWAM Publishing

P.O. Box 55787, Seattle, WA 98155 U.S.A.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en forma alguna—a excepción de breves citas para reseñas literarias—sin el previo permiso escrito de Editorial JUCUM.

Primera edición 2011

ISBN 978-1-57658-562-7

Impreso en los Estados Unidos

## HÉROES CRISTIANOS DE AYER Y DE HOY

### Biografías

*Aventura fantástica:*

La vida de Gladys Aylward

*Persecución en Holanda:*

La vida de Corrie ten Boom

*Un aventurero ilustrado:*

La vida de William Carey

*La intrépida rescatadora:*

La vida de Amy Carmichael

*Odisea en Birmania:*

La vida de Adoniram Judson

*Alma de Campeón:*

La vida de Eric Liddell

*Padre de huérfanos:*

La vida de George Müller

*Peligro en la selva:*

La vida de Nate Saint

*Peripécia en China:*

La vida de Hudson Taylor

*La audaz aventura:*

La vida de Mary Slessor

*Portador de esperanza:*

La vida de Cameron Townsend

*La tenacidad de una mujer:*

La vida de Ida Scudder

*Emboscada en Ecuador*

La vida de Jim Elliot

*Desafío para valientes*

La vida de Loren Cunningham

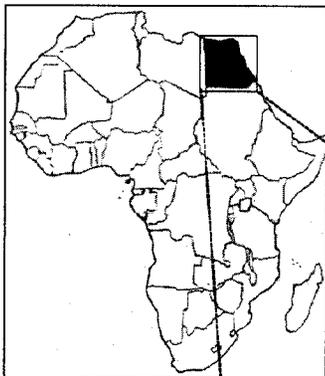
### C. S. Lewis

Un genio de la narración

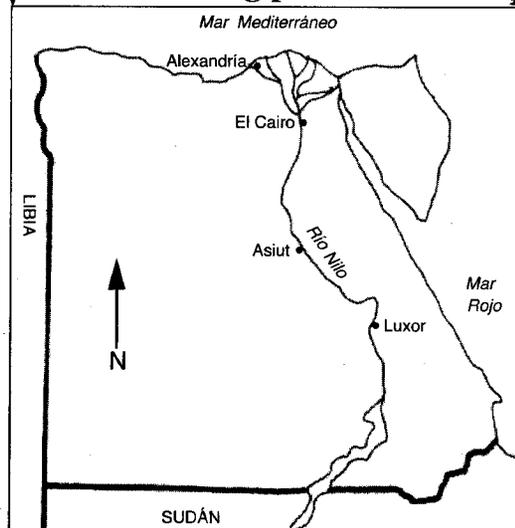
*Corazón pionero*

La vida de David Livingstone

## África



## Egipto



---

## Índice

1. Peligro en la oscuridad . . . . .	9
2. En busca de algo . . . . .	15
3. Algo mejor . . . . .	25
4. Una misionera de carne y hueso . . . . .	37
5. Asiu. . . . .	49
6. Fareida . . . . .	59
7. Plaga . . . . .	69
8. Tierra a través del Nilo . . . . .	79
9. Ladrillos . . . . .	89
10. Pérdidas y ganancias . . . . .	97
11. Rebelión . . . . .	107
12. Una triste despedida . . . . .	115
13. Bendiciones inesperadas . . . . .	127
14. Bendición y pérdida . . . . .	137
15. Agujeros en el desierto . . . . .	151
16. Un barco cargado de provisiones . . . . .	161
17. «Me aferré a la tarea que Dios me confió» . . . . .	175
Bibliografía . . . . .	187



## Peligro en la oscuridad

Lillian Trasher contó las cabezas una vez más, pero se quedó atónita cuando puso la mano sobre la cabeza del último niño. *¿Cómo puede ser?* se preguntó angustiada. ¡Faltaban dos de los pequeñitos! Su corazón le empezó a latir violentamente al percatarse del posible olvido.

—Tengo que ir a rescatar a los dos niños que faltan y asegurarme de que todos estén aquí —dijo Lillian volviéndose hacia Wadeah, una de las niñas mayores—. No dejes que nadie entre. Llamaré tres veces cuando llegue.

—Vuelva —gimió la adolescente—. Mamá, no puede salir por ahí, la matarán. Quédese aquí. ¿Qué vamos a hacer sin usted?

—Dios me protegerá. Tengo que ir a rescatar a mis bebés —dijo Lillian mientras se recogía su falda—. Ora por mí y por los niños. No deben hacer ruido.

Lillian se detuvo detrás de la puerta del viejo horno de ladrillos en el que se escondía con los 107 niños de su orfanato. ¡Bang!, ¡bang!, dos balas impactaron contra los ladrillos de afuera mientras ella dudaba. Esperó otros treinta segundos. Oyó llorar en la distancia y después más disparos.

*Ahora o nunca, se exhortó Lillian a sí misma. Señor, ayúdame a encontrar los niños y a volver con vida, oró al tiempo que abría el cerrojo de la puerta y se escurría para salir.*

Hacia una hermosa noche de luna. Normalmente la habría disfrutado. No obstante, esta noche en Asiut, Egipto, 1919, todas las sombras parecían de mal agüero, cada chasquido de hoja, era una amenaza. Lillian salió poco a poco sin hacer ruido hacia el edificio del dormitorio principal.

*¿Cómo podrían haber sido olvidados?, se iba preguntando mientras avanzaba despacio. Cada niño pequeño del orfanato tenía asignada una niña mayor que lo vigilaba, y Lillian insistía en hacer ensayos de emergencia con los niños una vez al mes. Pero a la hora de la verdad, algo había fallado. Una de las niñas debía haber sido presa del pánico y lo más normal es que hubiese corrido para salvarse. Lillian no podía echárselo en cara. Una cosa era hacer un ensayo y otra muy distinta ver hombres extraños, con rifles montados, asaltando tu casa. La campana de la escuela había sonado la alarma y los niños, las viudas y el personal tuvieron menos de dos minutos para refugiarse en el viejo horno de ladrillo, la estructura segura más cercana al orfanato.*

*A lo hecho pecho, se dijo Lillian, palpando las llaves de la puerta. Miró a través del río Nilo hacia*

Asiut, donde algunos barrios de la ciudad estaban ardiendo. Las llamas anaranjadas se reflejaban en la superficie del río, dando la sensación de que también las aguas ardían. Entonces introdujo la llave en la cerradura e hizo una breve oración echándose a correr: *Señor, ayúdame a encontrar a los niños que faltan antes que lleguen los intrusos.*

Dentro del orfanato, Lillian subió las escaleras de dos en dos, abrió todas las puertas y buscó frenéticamente por las habitaciones alguna señal de vida. Por fin las encontró —dos niñas acurrucadas en la esquina de una cuna, lloriqueando.

—Shhhh —acalló Lillian tomando una niña en cada brazo y dirigiéndose hacia la puerta—. Mamá necesita que esten muy calladitas —les dijo mirando detrás de la puerta y respirando hondo. Tenía que volver a la seguridad del horno de ladrillo, pero esta vez transportando dos niñas pequeñas. Se ajustó el cuerpo de las pequeñas a las caderas y echó a correr.

Una nube cubría ahora la luna, y el cielo nocturno se había oscurecido bastante. Lillian respiró con alivio. Los intrusos podían tener armas, pero ella tenía ventaja sobre ellos porque conocía cada centímetro de la propiedad, tanto de día como de noche.

Como a unos cincuenta metros del edificio, la sangre de Lillian se congeló. Oyó que alguien le gritaba ¡Deténgase! ¡Deténgase! Pero Lillian siguió corriendo.

—Inglés, inglés— dijo el hombre—. Por aquí.

Lillian oyó otro sonido en la oscuridad y después unos pies que corrían.

¡Pum!. Sintió un soplo de aire caliente muy cerca de su oreja derecha. Las manos le temblaron cuando

se dio cuenta de que era una bala. Le gritaron. Se tiró al suelo instintivamente, intentando proteger a las niñas de los impactos. Mientras rodaba de costado por una zanja seca de riego, un dolor agudo le traspasó el tobillo. Se lo había torcido. Trató desesperadamente de hacer caso omiso al dolor y de volver su atención a las niñas. Puso gentilmente una mano sobre la boca de cada niña para hacerles saber que tenían que guardar silencio. Con un sólo ruido ahora y serían descubiertas y abatidas. Dio gracias a Dios en silencio por la zanja de riego que les proporcionó refugio de los disparos y un hueco donde esconderse.

Todos los sentidos de Lillian se mantenían en alerta mientras permanecía tumbada en la zanja. Dos pares de pisadas pululaban cerca, deteniéndose como a diez metros de ella.

—Tiene que estar por aquí cerca —dijo una voz en árabe.

—Espero que sea yo quien acabe con ella —intervino una segunda voz—. ¡Egipto no necesita mujeres inglesas entrometidas! Lillian le oyó escupir en el suelo.

*Estos hombres del norte creen que soy inglesa,* pensó Lillian mientras un escalofrío le recorría la espina dorsal. Egipto se estaba rebelando contra sus señores británicos, e intentando librar al país de todo lo que fuera inglés. Pero Lillian no era inglesa; era estadounidense. Los egipcios no tenían nada contra los estadounidenses, pero se había atizado tanto odio en los últimos meses que eran capaces de matar a cualquier extranjero.

La niña en el brazo derecho de Lillian gimoteó y los hombres dejaron de hablar. Lillian contuvo el aliento y se arrastró hasta el fondo de la zanja. Temió que los hombres oyeran los fuertes latidos de su corazón.

En ese momento, una voz ronca llamó a los dos hombres.

—Vengan aquí —los hombres vacilaron un instante, descansaron sus rifles sobre los hombros y se alejaron. Lillian contuvo la respiración hasta que el ruido de las pisadas cedió. Los hombres se alejaron del horno hacia el río Nilo.

Lillian emitió un suspiro de alivio. Esperó todo un minuto después que los hombres hubieran desaparecido por completo en la oscuridad antes de apartar las manos de las bocas de las niñas. Trepó por la pendiente de la zanja y se dirigió hacia el horno tan deprisa como pudo. Su tobillo torcido le produjo un intenso dolor por su costado derecho, pero Lillian se obligó a seguir adelante. A los pocos minutos se encontraba a salvo dentro de los gruesos muros del viejo horno, rodeada de todos sus niños, gozosos y reconfortados por su retorno.

Después de recuperar la respiración, Lillian se preguntó que hubieran pensado sus amigos en los Estados Unidos si la hubieran visto en este momento. Desde luego, ella les había dicho que iba a servir al pueblo egipcio, pero nunca se imaginó que un día estaría evitando balas y arriesgando voluntariamente su vida por salvar a los huérfanos. Nada de lo vivido en su niñez o en sus años adolescentes había dado a Lillian la menor pista de la vida de aventuras que le esperaba.



## En busca de algo

—¿Puedo sentarme aquí? —preguntó la joven Lillian Trasher de apenas diecisiete años fijándose en el asiento junto a la ventanilla, en la mitad del vagón.

—Por supuesto, querida— replicó una mujer de edad mediana sentada en el asiento que daba al pasillo—. ¿Viajas sola?

Lillian asintió. Era su primera gran aventura lejos de casa, e intentaba saborear cada detalle.

Lillian colocó su bolsa de lona en su regazo. Dentro llevaba lápices y dibujos, dibujos que esperaba le proporcionaran un empleo en el periódico *Georgian* de Atlanta. Lillian respiró profundo y estiró sus largas piernas. Los zapatos nuevos que su padre le había comprado para el viaje le apretaban los pies. Al cabo de poco el tren silbó y el maquinista gritó: «Pasajeros al tren». Lillian bajó el cristal de la ventanilla

y se asomó, con la esperanza de ver a su madre y a su padre. Estaban entre el gentío. Por un instante sintió lástima de ellos. Sólo tenía una hermana llamada Jennie, que se había trasladado al oeste, más concretamente a Long Beach, California. Jennie era estenógrafa y había ganado allí el dinero suficiente como para adquirir una casita al lado del mar. En ese mismo instante Lillian se disponía a partir y abrirse camino por el mundo. De ahora en adelante sus padres vivirían solos en Asheville, Carolina del Norte.

La joven vio a su madre ondeando un pañuelo cuando el tren empezó a avanzar casi imperceptiblemente por la estación. Por fin emprendía su ruta.

Cuando el tren fue ganando velocidad, Lillian pensó en las semanas que tenía por delante. Tomó el tren en dirección a Brunswick, en la punta sureste de Georgia, para visitar a unos buenos amigos. Hasta un año antes, Lillian y su familia habían vivido en esa localidad. Entonces su padre trasladó la familia a Asheville para conseguir un mejor empleo. Desde Brunswick se dirigiría al noroeste, hacia Atlanta, para aspirar a un empleo de dibujante para el diario *Georgian*. Le estaban sucediendo a Lillian tantas cosas buenas que apenas se las podía creer. *Imagínate* —se dijo a sí misma— *en tres meses podrás ser una chica independiente, con dinero para comprarte sombreros y alguna joya. Bueno, podría incluso ahorrar algo de dinero para hacer un viaje en tren hasta California.*

—¿Hacia dónde va? —interrumpió una voz los sueños de la joven.

Lillian miró a la mujer sentada a su lado. Tenía una Biblia abierta sobre su regazo. Le sonrió.

—Voy a Brunswick de visita, y después a Atlanta, en donde espero instalarme.

—¿Se va usted a casar allí? —inquirió la mujer.

—Oh no —exclamó Lillian—, espero poder conseguir un empleo en un periódico.

—Ay, Dios mío —dijo la mujer meneando la cabeza—, supongo que estamos en 1905, pero ¿cómo es posible que las jovencitas salgan solas a buscar trabajo...? ¿Cree que podrá arreglárselas?

—Espero que sí —respondió Lillian—. He dibujado desde que era pequeña y mi madre tiene una amiga en Atlanta con quien puedo quedarme hasta que me establezca —hizo una pausa—. A propósito, me llamo Lillian Trasher.

—Disculpeme, olvidé presentarme. Yo soy Mattie Perry, *señorita* Mattie Perry, aunque nunca lo adivinaría si supiera los niños que tengo en casa.

—Encantada de conocerla, señorita Perry. ¿Cuántos niños? —Mattie se echó a reír.

—El último recuento sumó cien, pero el Señor sigue trayendo más y más. Dirijo el orfanato de la Fe, en Marion, Carolina del Norte. ¿Ha oído hablar de él?

—No, no he oído nada —respondió Lillian—. Hábleme de él.

Mattie cerró la Biblia, la introdujo en su bolso de mano y se recostó.

—Bueno, es una de esas historias difíciles de contar. No hay dos días iguales. Yo soy directora del orfanato, pero el Señor suple todas nuestras necesidades.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Lillian.

—Es muy sencillo. No tengo tiempo de ir a recaudar dinero mientras atiendo las necesidades de

tantos niños, así que oramos y el Señor nos envía dinero y provisiones. Él nunca nos ha fallado. No tengo dinero para comprar comida para la cena de mañana, pero llegará —Mattie fijó sus penetrantes ojos marrones en Lillian—. Es cuestión de vivir por fe, hija. No hay límite a lo que una puede hacer si sigue el llamamiento de Dios y confía que Él se ocupe del resto. ¿Conoce usted al Señor?

—Sí —dijo Lillian—. Acepté a Jesús en mi corazón en una reunión de oración en casa de unos vecinos. De hecho, ellos son la familia que voy a visitar en Brunswick. A usted le encantaría conocer a Anna Mason. Ella habla como usted, de la confianza en Dios y cosas por el estilo.

—Yo no creo que sucedan cosas a los hijos de Dios por casualidad, ¿y usted? Yo creo que hoy debíamos viajar juntas y que yo debía contarle lo del orfanato. Es más, tengo mucha necesidad de una asistente. ¿Por qué no se viene usted a vivir conmigo y me ayuda a cuidar de los niños? Podría estudiar la Biblia en su tiempo libre.

Lillian miró a través de la ventanilla. ¿Qué podía decir? ¡Hacia solo diez minutos que había conocido a esta mujer y de golpe y porrazo la estaba invitando a cambiar el plan de su vida para irse a trabajar a un orfanato! Hubiera querido echarse a reír a carcajadas, pero estaba demasiado bien educada para hacer tal cosa. En vez de eso, respondió:

—Gracias por la oferta. Lo pensaré.

—A veces hay que actuar más que pensar —replicó Mattie—. Pida al Señor que dirija sus pasos; eso es lo que tiene que hacer.

—Supongo que tiene razón —dijo Lillian, alegrándose de que el tren parara en la próxima estación.

Mattie recogió su bolso y se levantó.

—Tengo que bajarme aquí. Voy a recoger un niño cuya madre murió de fiebre en primavera y cuyo padre ya no puede cuidarlo más —se inclinó y golpeó suavemente la mano de Lillian—. Recuerde mi oferta, querida. Es el orfanato de la Fe, en Marion, Carolina del Norte —cosas más extrañas han sucedido. Estaré orando por usted.

—Gracias —masculló Lillian—, lo recordaré, el orfanato de la Fe, en Marion, Carolina del Norte.

Nadie ocupó el asiento de la mujer, de modo que Lillian quedó completamente sumida en sus pensamientos. El eco de las palabras de Mattie: «No hay límite a lo que una puede hacer si sigue el llamado de Dios y confía que Él se ocupe del resto», siguió repicando en sus oídos mientras las vacas y los árboles desfilaban ante la ventanilla. Aquellas palabras inquietaban a Lillian. *A veces noto que algo me falta, pero ya tengo un proyecto de vida —se dijo a sí misma—. Dios me dio talento para dibujar. A buen seguro, Él espera que lo use. Cuando llegue a Atlanta iré a la iglesia todos los domingos, y cuando las cosas se normalicen, me ofreceré de voluntaria para enseñar en la escuela dominical.*

Una vez que Lillian aclaró todos esos extremos en su cabeza, extrajo un cuaderno y un lápiz de su cartera y comenzó a dibujar el interior del vagón.

Después de recorrer durante muchas horas la campiña de Georgia, el tren se detuvo en la estación de Brunswick. Lillian reconoció a su antiguo vecino

Ed Mason. La estaba esperando. Le acompañaba una joven. Lillian la miró con más detenimiento y se echó a reír. ¡Era su antigua amiga Jerdy! ¡Cómo había crecido durante el año que habían estado separadas! Apenas podía reconocerla. De pronto, Lillian cobró conciencia de sí misma. Ella también había crecido. Ahora medía un metro ochenta y dos centímetros, y como su madre le había permitido recogerse el pelo en el moño en vez de llevar trenzas, parecía incluso más alta. Lillian asió su cartera y se bajó del tren. Sus nervios desaparecieron nada más al oír la voz de Jerdy. Ellas ya eran jóvenes, pero compartían un montón de recuerdos de infancia por haber crecido juntas.

El equipaje de Lillian fue descargado del vagón de cola y colocado en el viejo carromato que tan bien recordaba. Mientras los caballos trotaban con su reconfortante clic por el camino de tierra que conducía a la granja de los Mason, Lillian repasó gratos recuerdos de los años vividos en Brunswick. Allí estaba el arroyo en el que se bañaban todos los días del verano, las gruesas moras que su amiga y ella recogían para hacer pasteles, y Daisy, el flaco caballo que las transportaba pacientemente por los campos de algodón. Lillian sabía que su familia no siempre había vivido en Georgia. Tenía vagos recuerdos de Boston, donde la familia había vivido lujosamente hasta que la economía doméstica sufrió un revés y tuvieron que trasladarse al sur, a la pequeña granja de Brunswick. Antes de vivir en Boston, la familia Trasher había vivido un breve espacio de tiempo en el sur, pero Lillian no se acordaba de nada. Lo único que sabía es que había nacido en Jacksonville, Florida.

Cuando el carromato dobló una curva, Lillian divisó el viejo árbol en el que Jerdy y ella habían construido muchos escondites.

—Estamos aquí —gritó Jerdy.

Su madre, Anna Mason, se apresuró a salir a la puerta, rodeada, como de costumbre, por varios de los seis hermanos menores de Jerdy. Exhibió una amplia sonrisa mientras se secaba las manos en el delantal.

—Justo a tiempo de cenar, cariño —dijo, ayudando a Lillian a descender del carromato y dándole un abrazo.

Dentro de la casa el aroma familiar del beicon y la sopa casera impregnaban el ambiente. Era bueno encontrarse de nuevo con los Mason.

La semana en casa de los Mason pasó volando. A Lillian le encantaba volver a convivir con aquella gran y bulliciosa familia. Amaba especialmente los tiempos que pasaba con Anna Mason. La familia de Lillian era católica, pero de niña no se había atrevido a hablar libremente con sus padres de cuestiones espirituales. Pero se sentía atraída por la franqueza de Anna acerca de su fe.

Un día antes de marcharse, Lillian se quedó sola con Anna. Los niños más pequeños estaban en la escuela y Jerdy había ido con su padre a comprar semilla.

—¿Puedo comentarle algo? —preguntó Lillian, sintiendo una extraña timidez.

—Claro que sí —respondió Anna.

Lillian dudó un momento y se lanzó.

—No sé cómo describir mi problema, si es que es eso —comenzó diciendo—. Creo que estoy buscando

algo, pero no puedo alcanzarlo. Y además, no sé lo que es. Me parece como si faltara algo en mi vida.

—Humm —Anna reflexionó—, no es fácil buscar algo cuando una no sabe lo que es. Ojalá pudiera orientarte. Lo único que puedo decirte es que sigas orando. Yo también oraré por ti. Pero me da la impresión de que lo que buscas no está lejos.

—Eso pienso yo —repuso Lillian—, pero a veces creo que nunca lo encontraré.

—Lo encontrarás, cariño, lo encontrarás —dijo Anna—. No te alejes de Dios y Él te lo mostrará.

Ese mismo día Lillian dio un largo paseo por el bosque. Sintió menos inquietud después de conversar con Anna. Aun cuando no hubiera descubierto qué era exactamente lo que le faltaba, sabía que estaba en las manos de Dios.

El olor de los pinos y el correteo de las ardillas hicieron recordar a Lillian los cientos de veces que había recorrido la distancia que separaba la casa de sus padres de la de los Mason. Después de caminar como unos veinte minutos, llegó a la altura de un árbol caído al borde del camino. Se detuvo a mirarlo. ¿Cómo podían haber transcurrido seis años desde que se encontrara ante este mismo árbol y se arrodillara para orar? Mirando hacia atrás, le pareció una cosa extraña, pero en aquel momento tenía mucho sentido. Por aquella época había asistido a varias reuniones de oración en casa de los Mason, y aunque no había tenido confianza para orar ni levantar la voz, le atraían aquellas reuniones. Comenzó a leer una Biblia de su madre, y la primera vez que se arrodilló para orar fue precisamente ante este

árbol caído. Lillian sonrió recordando lo que había manifestado en aquella oración. De pronto sintió la necesidad de arrodillarse y orar una vez más.

Se reclinó en la parte musgosa y repitió su primera oración: «Señor, yo quiero ser tuya. Si hay algo que pueda hacer por ti, házmelo saber y lo haré». Las lágrimas le bañaron las mejillas mientras decía esas palabras. Luego añadió: «Todavía lo sostengo».

---

### Capítulo 3



## Algo mejor

Lillian aguardaba en la parada del trolebús de la Avenida Confederada de Atlanta, observando el paso de carruajes y caballos. Hacía una tarde ventosa, así que con una mano enguantada sujetaba fuertemente su cartera de dibujos, y con la otra, el sombrero que llevaba puesto.

Con un repique de campanilla, el trolebús se detuvo suavemente delante de Lillian. Era la primera vez que viajaba en un trolebús eléctrico. Cuando subió a bordo pensó que le gustaba la electricidad. A diferencia del tren que había tomado un día antes en Brunswick, el trolebús eléctrico era un medio de transporte limpio y silencioso.

En pocos minutos Lillian llegó al centro urbano de Atlanta. Su anfitriona le había dibujado un mapa para desplazarse desde la parada del trolebús hasta

las oficinas del periódico. La joven encontró el lugar sin ninguna dificultad. Respiró hondo antes de abrir la doble puerta de roble y adentrarse en el mundo que esperaba habitar.

Lillian nunca había visitado las oficinas de un periódico y se sorprendió de que allí hubiera más ruido que en la calle. Todo el mundo ocupaba un mismo y enorme pabellón. Estaba dividido con biombo que apenas alcanzaban un metro veinte de altura, por lo que ella podía ver fácilmente lo que se cocinaba en cada nicho. Seis mujeres mecanografiaban frenéticamente. El tecleo de las máquinas de escribir le evocaba el picoteo de las gallinas de la granja de los Mason. Dos jovencitos andaban con paso ligero de acá para allá, arrojando papeles en papeleras de alambre junto a varios escritorios y recuperándolos de otras. Al fondo del pabellón, dos hombres, sentados en medio de una nube de humo de tabaco, sostenían un animado debate.

Aunque nunca hubiera estado en un lugar como ése, a Lillian le encantó la atmósfera que allí reinaba desde el primer momento. Todo el mundo estaba ensimismado en su trabajo. La actividad desbordante contagió a la joven de alegre vitalidad.

Después de captar bien la escena, la joven se dirigió a la recepción y solicitó una entrevista con el señor Howard, el editor artístico. El señor Howard resultó ser uno de los hombres enfrascados en aquel animado debate. Hizo señal a Lillian para que entrara en un pequeño despacho con grandes ventanas que daban a la redacción. Pese a cerrar la puerta, el ruido exterior sólo quedó levemente atenuado.

—Así que usted es la señorita Lillian Trasher —dijo el señor Howard con parsimonia sureña—. Tenía deseos de conocerla. Apuesto a que ha traído un portafolios para mostrarme su trabajo.

Lillian abrió nerviosamente su cartera de dibujos y sacó doce de sus trabajos más preciados.

—Sí, señor —repuso, pasándoselos al editor.

El señor Howard se inclinó, los tomó y los hojeó. Lillian notó que levantaba las cejas.

—Bastante notables —dijo finalmente—. Me gustaría examinarlos ahora mismo con más detenimiento, pero tengo que terminar algo para las cinco en punto y me duele la cabeza. Déjeme los dibujos y vuelva mañana a las diez. Entonces le podré decir si le damos o no el empleo. Pero la primera impresión que me ha causado su trabajo es favorable y le adelanto que tiene muchas posibilidades de conseguirlo.

Se levantó y abrió la puerta. Lillian recogió sus cosas y salió.

La entrevista había sido mucho más corta de lo que ella se había imaginado, pero también mucho más exitosa. La joven salió convencida de que el señor Howard había quedado gratamente impresionado con su trabajo y que a ella le encantaría trabajar en medio del febril ajetreo de aquella redacción.

Al día siguiente Lillian se levantó temprano y muy animada. Decidió caminar a la redacción del periódico para admirar escaparates. Varias tiendas de Atlanta tenían reputación de exhibir réplicas de la última moda francesa, por la cual Lillian sentía viva curiosidad.

Lillian se presentó delante de las oficinas del Georgian a las diez en punto de la mañana. Al entrar en la bulliciosa redacción, no vio al señor Howard por ninguna parte. Otro hombre estaba sentado en el despacho de las cristaleras.

—¿Está el señor Howard? —preguntó Lillian preocupada.

—Me temo que no —replicó la recepcionista, sin apenas levantar la vista de las páginas que estaba ordenando—. Está en cama con la gripe. El señor Whiting le está sustituyendo. ¿Desea hablar con él?

—Supongo que será lo mejor —respondió Lillian—. ¿Es el que está en el despacho?

—Ése es —respondió la recepcionista.

Lillian se abrió camino a través del hervor de actividad hasta el fondo de la redacción. Llamó a la puerta del despacho y el señor Whiting la invitó a entrar.

—He venido por lo del empleo de dibujante —dijo Lillian yendo directamente al grano—. Ayer le dejé unos dibujos al señor Howard y él me dijo que volviera hoy para saber si me iban a dar o no el empleo.

—Oh —dijo el señor Whiting levantando las manos—, usted debe haber sido la quinta aspirante hasta el momento. Mire, no sé que decirle excepto que el señor Howard ha encontrado a una persona idónea para este puesto de trabajo y se lo ha dado a esa persona. Supongo que hoy no es su día de suerte.

Lillian permaneció sentada tratando de asimilar las palabras que destejían su brillante futuro.

—Entonces, ¿puede, por favor, devolverme mis dibujos? —consiguió articular.

El señor Whiting buscó encima del escritorio, levantando papeles y páginas de periódico.

—Aquí no encuentro nada —dijo volviendo a levantar las manos en señal de derrota—. Otra persona quería también sus dibujos esta mañana y tampoco pude encontrarlos. Mire, vuelva en dos o tres días. El señor Howard ya estará aquí y estoy seguro de que él los encontrará.

Lillian miró en derredor. Reconoció que era una tarea intimidante encontrar los dibujos entre la pila de papeles que atestaban el despacho.

—Gracias —susurro al salir.

¿Gracias por qué? Se dijo a sí misma enfilando hacia la calle. ¿Gracias por darme falsas esperanzas? ¿Por tomarse dos segundos en mirar un trabajo y luego desecharlo? ¿Por ponerlo en algún sitio donde nadie es capaz de encontrarlo?

El estado de ánimo de Lillian estaba por los suelos cuando volvió a la casa de la Avenida Confederada donde se alojaba. ¿Qué debo hacer ahora?, se preguntó. Afortunadamente su anfitriona había salido de visita. Lillian subió deprisa a su habitación, atrancó bien la puerta y se tumbó en la cama. Sollozó hasta que le dolieron los ojos; caló tres pañuelos. Luego, sintiéndose exhausta, se quedó dormida.

Cuando despertó, los rayos del sol incidían sobre la ventana. Y se sintió de manera muy distinta. Recordó que había sido rechazada para un empleo en el periódico, pero eso no le había dejado mal sabor de boca. De hecho, se sintió feliz, en paz, y segura de una cosa: Dios sabía que iba a ser desechada para el empleo porque Él tenía para ella algo mejor.

Lillian se dio la vuelta y asió su cartera. Guardaba la dirección de Mattie Perry. Sin sombra de duda, sin lamentarse, ella sabía que Dios la estaba guiando a trabajar en el orfanato de Carolina del Norte.

Pasaron tres días hasta decidirse a volver a las oficinas del Georgian para recoger sus dibujos. Cuando entró en la animada redacción mantuvo la cabeza bien alta porque confiaba que debía de ir al orfanato.

El señor Howard estaba sentado detrás de su escritorio, garabateando furiosamente en un cuaderno. Levantó la cabeza, y al ver a Lillian le indicó que pasara. No pareció alegrarse de verla.

—¿Por qué no volvió, jovencita? —preguntó bruscamente—. Retuve el empleo todo lo que pude, pero no hubo manera de contactar con usted, así que tuve que contratar ayer a otra persona.

Lillian se hundió en la silla.

—Pero sí que volví —replicó—. Volví cuando usted estaba enfermo. Hablé con el señor Whiting, y me dijo que usted había encontrado a la persona idónea para el puesto.

—Esa persona era usted —se lamentó el señor Howard—. Le dejé bien claro que si usted venía el empleo era suyo —meneó la cabeza—. No puedo concebir cómo pudo confundirse. Mire, incluso puse sus dibujos en el último cajón con una carta de bienvenida adjunta —abrió el cajón y, ciertamente, allí estaban sus dibujos y una carta—. Lo siento —siguió diciendo mientras entregaba a Lillian sus dibujos— por mí y por usted.

Lillian se sintió como una intrusa en aquella escena. Unos días antes le hubiera obsesionado pensar

cuán cerca había estado de conseguir el empleo de sus sueños, pero ahora sentía agradecimiento por no haberlo obtenido.

—No sienta lástima de mí, señor Howard —dijo, levantándose para marcharse—, tengo una hermosa vida por delante. Gracias por todo.

Lillian sonrió al señor Howard. Él pareció aturdido.

Ocho días después la joven llegó a Marion, Carolina del Norte, y llamó a la puerta del orfanato de la Fe. No volvió a casa de sus padres, antes de presentarse allí, más que nada porque sabía que ellos no aprobarían su plan y probablemente habrían intentado convencerla de lo contrario. Pero, en lo más profundo, Lillian sabía que se estaba lanzando en pos de su destino. El sentimiento que había intentado describir a Anna Mason, sobre ese algo que echaba en falta, se había evaporado, y confió en que Dios guiaría su futuro.

Una semana después Lillian tuvo que apoyarse en esta convicción. Atender a cien niños era más trabajo del que jamás se había podido imaginar. Su vida se convirtió en un remolino de arreglos, cocina y niños llorando en sus brazos. Se acostaba cada noche agotada y se despertaba al alba para preparar el desayuno. «Vivir por fe», como lo calificaba Mattie Perry, tampoco era fácil. Hasta entonces sus padres habían suplido para cubrir sus necesidades, pero ahora no tenía medios visibles con qué sustentarse. Cuando los zapatos se le gastaron, no tenía dinero para sustituirlos. Oró por una solución, y al día siguiente alguien donó al orfanato una caja de ropa y un par de zapatos de hombre, un poco usados.

Lillian los sacó de la caja y se los probó. Aunque un poco duros, le quedaban bien. Preguntó a Mattie si se los podía quedar.

—Pero son zapatos de hombre —exclamó Mattie—. Querida, por supuesto que te los puedes quedar, pero, ¿los quieres? No te imagino llevando eso puesto.

—Bueno, oré por zapatos y esto es lo que ha llegado —dijo Lillian—. Los tomaré como una provisión de Dios para mí.

—Está bien —repuso Mattie.

Lillian estaba contenta con sus zapatos, aunque incluso los niños notaban que no hacían juego con el resto de su atuendo. Se topó con un dibujo que uno de los huérfanos había hecho en el que ella aparecía ataviada con un vestido elegante y calzada con unos zapatos grandes que destacaban ostensiblemente. Se echó a reír cuando lo vio. Debía ofrecer un aspecto ridículo, pero no le importaba. Estaba segura de estar donde Dios la quería, por lo cual, ¿qué le importaba el aspecto que ofrecía?

Durante el invierno Lillian se apegó a muchos niños. Aprendió a profundizar constantemente en su personalidad y en la singularidad con que Dios les había creado.

A veces, algún feligrés en la iglesia, o en la ciudad, daba a Lillian algunos centavos, o incluso un dólar, para sus propias necesidades, pero las mayoría de las veces, ella entregaba el dinero a Mattie para ayudarla a pagar alguna factura. Siempre había dinero suficiente para cubrir los gastos, pero nunca sobraba gran cosa.

En la primavera, Jasón, el hermano de Mattie y su mujer Emma, llegaron de visita al orfanato. Iban de paso como predicadores itinerantes e hicieron escala para echar una mano. A Lillian le gustaron de inmediato, y ellos a menudo la invitaban a acompañarles en viajes cortos. Lillian descubrió que le gustaba predicar el evangelio, de modo que cuando Mattie la animó a asistir a una escuela bíblica cercana, ella accedió.

Durante los cinco años siguientes, la vida de Lillian estuvo llena de ocupaciones. Pasaba parte del tiempo cuidando de los huérfanos y el resto acompañando a los Perry, predicando por el Sur. En uno de esos viajes, visitaron una comunidad de granjas cercanas y se alojaron en casa de la familia Goodson. Jasón y Emma conocían bien a la familia y Lillian también se sintió a gusto, especialmente cerca de Tom, hijo mayor de la familia. Tom era alto, musculoso y ministro ordenado. Lillian se sintió atraída hacia él y cuanto más tiempo pasaban juntos, más se gustaban.

Poco después, la escuela de la localidad auspició la subasta de un picnic para recaudar fondos. Lillian preparó una caja de comida para la subasta y Tom hizo la mayor puja. Cuando se acercó a recoger su caja, sonrió abiertamente y confesó a Lillian: «Espero que algún día me hagas la cena todas las noches».

Un escalofrío recorrió su espina dorsal. ¡Qué contenta estaba de haber perdido aquel empleo en Atlanta y haber venido al orfanato! El conocer a un joven apuesto y piadoso colmaba su sueño más grande y estaba segura de que formaba parte del plan de Dios para su vida.

Al final de la primavera Lillian y Tom pasaban juntos todo su tiempo libre, y en mayo Tom pidió a Lillian que se casara con él. Aunque estaba convencida de que era un buen paso a dar, ella y Tom oraron al respecto para asegurarse de que tomaban la decisión correcta. La fecha de la boda se fijó para dos meses más adelante, en el verano de 1910.

Lillian seguía teniendo poco dinero, pero gracias a Dios había practicado mucha costura desde su llegada al orfanato. La madre de Tom le compró una gran pieza de tela de seda blanca y Lillian empezó a coser su vestido de boda.

Todo iba según el plan previsto, de tal manera que diez días antes de la boda, Lillian tuvo tiempo de acompañar a Mattie para oír la predicación de un misionero que había llegado de la India. Mientras hablaba, Lillian empezó a derramar grandes lagrimones. Se los enjugó, pero siguieron cayendo. Lillian no sabía por qué le pasaba esto. Toda mi vida está yendo muy bien. ¿Por qué estoy llorando? —se preguntó.

Cuando el servicio religioso concluyó, necesitó hacer un esfuerzo para saludar a los vecinos, y, por algún motivo, no pudo mirar a los ojos del misionero.

Cuando volvió al orfanato, la joven pidió disculpas y se retiró a su habitación. Una vez más se echó sobre la cama, y se vio sacudida por fuertes sollozos. Si todo está bien, ¿por qué ahora las cosas parecen ir mal? —se preguntó.

Lillian no durmió aquella noche. Reflexionando en aquella pregunta, se percató de que conocía la respuesta. Muy hondo, en lo más íntimo de su corazón, sabía que Dios la había llamado a ser misionera —y

creía que había sido llamada a ir a África—. Los brazos se le cubrieron de carne de gallina al admitirlo. Pero al llegar a esta conclusión, tuvo que admitir también otra realidad: Tom no tenía llamado misionero.

Cuando ya amanecía, dieron un golpecito en la puerta y Mattie asomó la cabeza.

—Lillian, si quieres hablar de algo, estoy aquí. ¿O quieres que te deje sola este día?

Lillian se sentó y se restregó los ojos.

—No, pase —dijo—. Siéntese.

—Anoche estabas muy disgustada. ¿Te importaría decirme por qué? —preguntó Mattie.

Lillian suspiró profundamente. Sabía que estaba a punto de manifestar algo que cambiaría drásticamente el curso de su vida.



## Una misionera de carne y hueso

Nada va mal —dijo Lillian, respondiendo a la mirada de Mattie—, a excepción del paso que he de dar. Estoy prometida al hombre más maravilloso del mundo, pero no puedo casarme con él —Mattie se encogió.

—¿Qué quieres decir con que no te puedes casar con él? Todo está arreglado, ¿no es cierto? No te falta ninguna cosa, ¿o sí?

—No, no es eso. Todos han sido muy amables. Tenemos todo lo que necesitamos.

—Entonces, ¿qué problema hay? —preguntó Mattie en un tono de voz perplejo—. Hacen una pareja encantadora. Es bonito verlos juntos.

—De eso se trata —dijo Lillian, saltándosele otra vez las lágrimas—. No podemos estar juntos. Yo debo de ir a África y Tom cree que debe quedarse aquí.

—¿Qué? —balbució Mattie.

—Es cierto —gimió Lillian—, Dios me ha llamado a ser misionera y no puedo decirle que no, ni siquiera... ni siquiera por Tom.

—Oh, pobre Tom, ¿cómo podrá superar esto? —suspiró Mattie—. Nunca he visto a un joven tan enamorado.

—Lo sé —dijo Lillian quedamente. Luego se conmovió con más sollozos. Mattie agarró la mano de Lillian y ésta se calmó un poco.

—Tengo que decirselo a Tom cuanto antes. No es justo permitir que piense que en una semana y media nos habremos casado.

Mattie estuvo de acuerdo, así que dos horas después Lillian tuvo que afrontar la tarea más difícil de su joven vida. Tom se atolondró cuando oyó lo que ella tenía que decirle. De hecho, le costó asumirlo. Le dijo a Lillian que si ella quería ser misionera por un año o dos, él la esperaría. Pero Lillian negó con la cabeza. En lo más íntimo sabía a ciencia cierta que había sido llamada a un lugar lejano y que nunca volvería a vivir en los Estados Unidos.

Por fin, se las arregló para transmitir este mensaje a Tom y después regresó al orfanato. Por mucho que le gustara trabajar allí, también sabía que su tiempo en el orfanato tocaba a su fin. Tenía que recibir formación misionera. ¿Pero cómo? Sólo tenía cinco dólares a su nombre. Había usado todo su dinero para ayudar al orfanato y sufragar preparativos para la boda.

Una semana después Lillian se enteró de una conferencia misionera de la santidad a celebrar en

Pittsburgh, Pennsylvania, y tuvo la certeza de que le convenía asistir y dar el primer paso para emprender un servicio misionero. Pero Pittsburgh estaba a más de novecientos kilómetros. Cuando oró al respecto, algunas amistades le dieron dinero para el viaje.

En pocos días Lillian dispuso de los dieciocho dólares que necesitaba para pagar la tarifa del tren, y guardó el dinero en el escritorio de Mattie para que estuviera a buen recaudo. Sin embargo, antes que Lillian tuviera ocasión de contar a Mattie que había guardado el dinero allí, Myrtle, la hermana de Mattie, lo encontró. Ella asumió que el dinero pertenecía al orfanato, de manera que lo usó para comprar comida. Cuando se descubrió el error, no quedaba en el orfanato suficiente dinero en efectivo para devolverlo. Lillian se llevó un gran chasco. Estaba segura de que Dios le había provisto esa cantidad para asistir a la conferencia, pero el dinero se había gastado. Se preguntó si habría oído bien a Dios.

Cuanto más pensaba y oraba Lillian, más se convencía de que Dios quería que asistiera a la conferencia. Sus amigos volvieron a recaudar más dinero y le dieron todo lo que pudieron. Pero en esta ocasión sólo sumaron diez dólares, cantidad que sólo alcanzaba para viajar en tren hasta Washington D.C.

Entonces Lillian llegó al convencimiento de que debía ir tan lejos como pudiera y confiar que Dios proveyera lo que le faltaba, de modo que compró el boleto hasta Washington. Ella nunca había estado allí y no conocía a nadie en la ciudad. Mattie le dio el nombre de una amiga que tenía en Washington y una carta de presentación. También le prometió que

tan pronto tuviera el orfanato dieciocho dólares, se los enviaría para cubrir el resto del viaje.

Cuando Lillian se sentó en el tren, en dirección norte, intentó no pensar demasiado en lo que estaba haciendo. Llevaba una pequeña bolsa, un dólar en el monedero y un ardiente deseo de ser misionera. La iglesia de Lillian en Asheville, iglesia de la Santidad, de la calle Buxton, no podía sostenerla económicamente y sus padres se oponían a la idea de su nueva carrera.

Cuando el tren llegó a la estación de Washington D.C., Lillian recogió su bolsa y caminó hacia la casa donde vivía la señorita Olivier, amiga de Mattie. Llamó a la puerta con los nervios a flor de piel y se arregló el pelo. Abrió una mujer de edad mediana. Lillian le explicó quién era y le entregó la carta de Mattie.

—¡Qué lástima que haya llegado en este momento! —dijo la señorita Olivier, meneando la cabeza—. Normalmente, la recibiría con mucho gusto, pero ahora mismo estoy hospedando a una pareja de misioneros y una misionera, que trabajan en Egipto, en las habitaciones de que dispongo —sonrió y agarró la bolsa de Lillian—. Pero estoy seguro de que tiene hambre. Pase y almuerce con nosotros, y luego ya veremos dónde puede ir.

Lillian elevó una silenciosa oración de agradecimiento mientras era conducida al salón. Quizá Dios se estaba ocupando de este asunto. Si ella hubiera viajado directamente a Pittsburgh no habría tenido oportunidad de conocer a un misionero de carne y hueso procedente de Egipto, en la esquina noreste de África. Seguramente, él podría responderle sus muchas preguntas.

Un hombre alto se levantó cuando Lillian entró en la estancia.

—El reverendo Brelsford —dijo la señorita Olivier— y su esposa. Y la señorita Lillian Trasher. Ella quiere ser misionera en África.

—¿África? —repitió el señor Brelsford—. Siéntese, señorita y cuénteme. ¿A qué parte de África ha sido llamada?

—No lo sé —repuso Lillian, deseosa de ser ella quien hiciera las preguntas, no quien las respondiese. ¡Había tantas cosas que deseaba conocer!

—Por supuesto, su junta de misiones tendrá alguna región en mente —prosiguió el reverendo.

—Realmente no —dijo Lillian, aceptando la taza de té humeante que le ofreció la señorita Olivier—. No estoy siendo enviada por ninguna junta. Es más, ni siquiera soy miembro oficial de una iglesia. He estado asistiendo a una iglesia de la santidad en Asheville, y, por supuesto, están orando por mí, pero eso es todo.

—Bueno, entonces ¿su familia? Presumo que ellos estarán financiando esta aventura.

Lillian comenzó a sentirse fatal.

—No señor —dijo—, en realidad, ellos preferirían que no fuera.

La señora Brelsford intervino por primera vez.

—¿Quiere decir que va a partir hacia África sin apoyo, sin saber adónde va, sólo con el pasaje de ida?

En ese momento Lillian deseó estar en cualquier lugar menos allí. El dar a conocer su sueño había parecido una necedad. No obstante, resolvió ser honesta.

—Reverendo Brelsford —dijo mirándole a los ojos—, tengo un dólar.

De súbito, hubo silencio en la estancia. La señora Brelsford se quedó atónita y detuvo la taza de té antes de llegar a sus labios. El señor Brelsford meneó la cabeza. Finalmente dijo:

—¡No!, ¡no!, ¡no! Se ha vuelto loca. No hay lugar para una joven como usted en África. No conoce el idioma. No tiene ningún apoyo ni manera de conseguirlo. No, no se le debe permitir. Sería mejor que volviera a casa de sus padres y les pidiera disculpas por preocuparles con tal insensatez.

El resto de la conversación fue bastante formal hasta que otra misionera, Mattie Rast, entró en la estancia. Todos parecieron sentir alivio cuando entró ella y cambiaron de tema de conversación. Cuando Mattie se enteró de que Lillian no tenía donde ir, le ofreció su habitación. Ella iría a visitar a una amiga en Washington D.C. Lillian se mostró muy agradecida por tener un sitio donde alojarse, aun cuando evitara cautelosamente volver a hablar de su vocación misionera.

Cuando al día siguiente Lillian andaba por el pasillo, el reverendo Brelsford la llamó desde el salón. Se aclaró la garganta.

—Señorita Trasher, tengo algo que confesarle. Por favor, siéntese.

Lillian se sentó como por obligación y esperó la segunda reprimenda que le recomendara volver a casa.

—Comentando cosas con mi esposa, y después de orar sobre el asunto, debo confesarle que me precipité en lo que le dije ayer. ¿Me perdona por haber dudado de su llamado?

Lillian no respondió. Estaba ocupada intentando comprender lo que oía.

El reverendo continuó.

—Es que fue muy chocante oír que una joven como usted se atreve a viajar al otro lado del mundo sin familia ni dinero ni hacer ningún preparativo. Nosotros estamos acostumbrados a hacer las cosas de una manera ordenada, y nos pareció una idea descabellada. No obstante, Dios actúa de maneras misteriosas, y notamos que usted tiene fe —y esa es la clave—. ¿Me perdona?

Lillian sonrió.

—No hay nada que perdonar —dijo—. Entiendo lo ridículo que parece. A veces yo misma me pregunto qué estoy haciendo. No puedo prever el futuro, pero sé que Dios me ha llamado a ser misionera y que Él me abrirá camino.

—De eso precisamente quería hablarle —siguió diciendo el reverendo—. Como sabe, mi esposa y yo dirigimos una misión en Asiut, Egipto. No estoy en condiciones de ofrecerle ningún tipo de sueldo, pero si se las arregla para llegar a Asiut, nosotros podríamos proporcionarle comidas y alojamiento y usted podría trabajar con nosotros.

Lillian se levantó y se acercó a la ventana. ¿Podría ser éste el siguiente paso para ella? Egipto formaba parte del continente africano y era un tanto extraño cómo había acabado hospedándose en Washington con estos misioneros.

La lluvia había hecho acto de presencia y el corazón de Lillian saltaba de gozo. Era el siguiente paso para ella; lo sabía. Se volvió al señor Brelsford con lágrimas en los ojos.

—Gracias. Creo que aceptaré su oferta.

Aquella noche Lillian apenas pudo dormir. Desde hacía varias semanas sabía que iba a ser misionera, pero ahora conocía su destino —Asiut, Egipto—. Examinó el atlas de la señorita Olivier y encontró Asiut a menos de quinientos kilómetros al sur de El Cairo, junto al río Nilo.

Al día siguiente llegaron los dieciocho dólares que le enviara Mattie Perry, y Lillian pudo pagar lo que le faltaba del trayecto en tren hasta Pittsburg.

La conferencia fue aún más maravillosa de lo que ella había imaginado. Al finalizar la misma, estaba convencida de que Dios la había llamado a Egipto. No obstante, no tenía suficiente dinero para ir más allá de Nueva York. Con ánimo resuelto, partió hacia la estación de tren acompañada del señor Brelsford, que también había asistido a la conferencia. El reverendo se dirigía hacia el sur para hacer una gira misionera antes de regresar a Egipto. Cuando fue a comprar su boleto descubrió que le faltaban algunos dólares para cubrir su itinerario. Sin pensar en sus propias necesidades, Lillian sacó su monedero y le entregó lo que le faltaba al reverendo. Pero después de despedirse, ella contó su dinero. Resulta que sólo tenía suficiente para llegar a Harrisburg, Pennsylvania.

Cuando subió al tren, recordó que una amiga de la iglesia de Asheville le había enviado la dirección de un matrimonio cristiano que vivía en Harrisburg. Una vez más, Lillian buscaba una casa desconocida, se presentaba y recibía comida y cama.

Aquella noche oró y sintió que estaría en Nueva York para el domingo. A la mañana siguiente pidió quedarse otros dos días, hasta el sábado por la

mañana. Entonces, el marido se ofreció a acompañarla hasta la estación del tren. Lillian no mencionó que le faltaba dinero, y cuando ambos se acercaban a la taquilla, el hombre le preguntó:

—¿Tiene usted preparado el dinero para pagar el pasaje?

—No, repuso Lillian. No tengo el dinero listo. En realidad, no tengo dinero.

El hombre se volvió, la miró a la cara y meneó la cabeza.

—Por supuesto, estoy dispuesto a costearle el viaje hasta Nueva York, pero eso no es nada comparado con lo que necesita para viajar a Egipto. ¿Cómo espera ir allá? —Lillian sonrió.

—Si Dios quiere que vaya, Él me llevará. Yo creo que Él se está ocupando de esa necesidad en este momento.

—Ya —replicó el hombre sacando su billetera del bolsillo—. Espero que esté en lo cierto.

Lillian le dio las gracias y se subió otra vez al tren. Llegó a Nueva York sofocada y cansada, pero contenta de haber superado la primera etapa de su viaje. Corría el mes de julio de 1910, y buscó la Glad tidings, en donde se quedó por un tiempo.

Lillian se dio a conocer en la misión el domingo. Enseguida fue invitada a compartir en varias reuniones misioneras e iglesias de la ciudad. Se recogieron colectas para ella y, para últimos de agosto, logró tener ahorrados cuarenta dólares. Tomó todo el dinero, lo llevó a la oficina de viajes de Thomas Cook y lo entregó como anticipo de su pasaje a Egipto. Todavía necesitaba sesenta dólares, pero confiaba que le

llegara el resto del dinero. Escribió a sus padres y a su hermana Jennie, anunciándoles que iba a navegar hasta el continente africano para el 8 de octubre.

Los padres de Lillian no respondieron de inmediato, pero Jennie sí, con una propuesta alarmante. Decía en su carta que le preocupaba que Lillian enfermara durante la travesía y no tuviera a nadie que la cuidara, por lo que ella la acompañaría. Esto era económicamente viable porque Jennie había comprado una casita para alquilar al lado de la suya, en Long Beach, y si alquilaba las dos tendría suficiente dinero para ausentarse varios meses. Añadía que sólo se quedaría en Egipto el tiempo necesario hasta que su hermana se hubiera establecido. A Lillian le encantó recibir esta noticia. ¡Qué hermoso sería viajar acompañada de su hermana!

Llegó por fin el 6 de octubre, un día antes que Jennie se presentara en Nueva York. Lillian seguía debiendo los sesenta dólares de su pasaje, detalle que temía compartir con Jennie, que no entendía la fe de su hermana en Dios. Ese día Lillian lo pasó echada en la cama por indisposición debida a la ansiedad. Era la única persona que se encontraba en la misión Glad tidings, a esa hora del día, de modo que cuando oyó que llamaban estruendosamente a la puerta, se vio obligada a levantarse para ver quién era. Lillian vaciló ante una mujer extraña.

—¿Puedo entrar? —preguntó la mujer.

—Claro que sí —respondió la joven abriendo la puerta de par en par.

—Bien —dijo la mujer, apresurándose—, usted debe ser Lillian Trasher. Quisiera preguntarle ¿qué planes tiene?

Lillian no se sentía en condiciones de decir gran cosa y no tenía ni idea de quién era esta mujer. Respondió la pregunta brevemente asegurando que esperaba salir para Asiut, Egipto, el día 8 de octubre.

La mujer siguió haciéndole preguntas: ¿Qué quería Lillian hacer en Egipto? ¿Quién iba a acompañarla? ¿Cuánto dinero costaba viajar allá?

Lillian respondió aturdida y observó atónita cómo la mujer se arrodillaba delante de ella y se ponía a orar y dar gracias a Dios por suplir todas las necesidades de la joven. Cerró los ojos mientras la mujer oraba.

De repente, tal como se había puesto de rodillas, la mujer se levantó.

—Tengo que irme —dijo abriendo su monedero y entregando algo a Lillian—. Tome esto.

Sin mediar más palabras, la mujer se marchó. Lillian abrió la mano y contó ¡sesenta dólares! Después de todo, tenía el pasaje para Egipto. Se asomó a la puerta para ver hacia dónde se dirigía la mujer, pero ya se había confundido con la gente que pasaba por la calle.

—Gracias Jesús, gracias —exclamó Lillian muy reconfortada.

Al día siguiente fue a recibir a Jennie a la estación del tren. Le informó que su pasaje ya estaba pagado. Jennie fue directamente a la oficina de Thomas Cook y pagó el billete que Lillian le había reservado.

Esa noche las dos hermanas asistieron a una reunión de misiones. En ella se recogieron cincuenta dólares para Lillian, y alguien le puso otros veinte dólares en la mano cuando ya se marchaba. Lillian desbordaba de alegría. Aquella misma noche escribió

en su diario: «Mi Dios suplirá todas tus necesidades». Y en efecto, así ha sido hasta ahora, pensó. Había salido de Carolina del Norte con un dólar en el bolso y tres meses después llegaba la víspera de su embarque para Egipto.

A la mañana siguiente, siendo aún temprano, una entusiasmada Lillian por fin se embarcaba a bordo del SS Berlín. Varias amigas de la misión Buenas Noticias subieron a bordo para despedirla. Una de ellas le dijo: «Lillian, antes de partir, ¿por qué no abres la Biblia y lees el primer versículo que encuentres?»

Ella aceptó el reto. Cerró los ojos y pasó varias páginas. Se detuvo, marcó con el dedo y leyó el versículo correspondiente. «Ciertamente he visto la opresión que sufre mi pueblo en Egipto. Los he escuchado quejarse de sus capataces, y conozco bien sus penurias...Así que he descendido para librarlos...Así que disponente a partir...Voy a enviarte...para que saques de Egipto...».

—Es asombroso —exclamó su amiga—, nunca antes había oído ese versículo.

—Ni yo tampoco —repuso Lillian, notando que los brazos se le erizaban como carne de gallina—. Me pregunto qué es lo que allí me espera.

---

## Capítulo 5



# Asiut

El 10 de noviembre de 1910, un mes y dos días después de zarpar de Nueva York, Lillian captó su primera impresión de Alejandría. Estaba amaneciendo. Había pedido a la camarera que la despertara tan pronto como se divisara la costa. Y desde la cubierta, ya se distinguían anchos tramos de playa de arena blanca lamidos por las azules aguas del mar Mediterráneo. Al final de la playa, el contorno de la antigua ciudad portuaria se asomaba por encima del horizonte. Los edificios blancos de la ciudad resplandecieron a la luz de los primeros rayos del día.

La mayor parte de los pasajeros a bordo del SS *Berlín* desbordaban de entusiasmo ante la perspectiva de atracar en Alejandría y contemplar las pirámides y la esfinge de Giza, pero Lillian tenía cosas

mucho más importantes en que ocupar su mente. En alguna parte, a casi quinientos kilómetros al sur de Alejandría, se extendía la ciudad de Asiut, y allí era donde estaba su corazón.

A medida que el sol matutino continuó ascendiendo delante de ellos, otros pasajeros, entre ellos Jennie, fueron subiendo a la cubierta para contemplar asombrados cómo el barco entraba en el puerto de Alejandría. El panorama no se parecía a nada que ella hubiera visto antes. Los edificios se levantaban desde el borde del muelle. Las sucias fachadas de adobe le daban aire de antigüedad, se entremezclaban con camellos cargados y asnos tirando de carros. Al aproximarse el barco al muelle, se fue agrandando la ruidosa multitud que aguardaba el desembarque de la nave.

Lillian estaba tan prendada por la escena que tenía delante que apenas se apercibió que el barco ya había atracado y los pasajeros empezaban a desembarcar. Bajó corriendo a su camarote e introdujo apresuradamente los últimos objetos personales en el baúl. Era hora de abandonar el barco.

—¡Señorita Trasher!, ¡señorita Trasher! —Lillian oyó una voz procedente del gentío que se arremolinaba en torno al fondo de la pasarela. Saludó con la mano, contenta de ser lo bastante alta como para asomarse por encima de la gente. Un joven le devolvió el saludo y se abrió paso entre el gentío para llegar hasta ella.

—Me llamo Kamil. El señor Brelsford me ha enviado desde Asiut. Usted es la persona que vengo a recoger, ¿no es así? —hablaba con un acento inglés peculiar que estuvo a punto de hacer reír a Lillian.

—Sí —respondió ella—, y ésta es mi hermana, Jennie Trasher. Es emocionante estar aquí. Si nos ayuda a recoger los baúles y pasar por la aduana e inmigración, nos pondremos en camino.

—Por supuesto —interpuso Kamil—, sé exactamente cómo moverme a través de todo esto. Sigánme.

Fiel a su palabra, en menos de una hora, Kamil ayudó a las dos mujeres a superar con éxito los trámites aduaneros para entrar en el país. Poco después, los tres cruzaban la ciudad en un carruaje de un solo caballo. A lo largo del recorrido, Lillian contempló fascinada los bazares repletos de vendedores que ofrecían frutas y verduras de vivos colores, agua en pellejos de cabra, rollos de tela y toda clase de artículos. Por todas partes surgían enjambres de gente. Fluían de las estrechas callejas que hacían las veces de calles hacia la avenida por la que circulaban nuestros tres personajes. El aire era húmedo y punzante, y el sol de media mañana abrasaba la escena entera.

Finalmente el trío llegó a la estación de tren. Kamil dispuso que los baúles fueran cargados en el vagón de equipajes y después ayudó a las dos hermanas a instalarse en el vagón de tercera clase. Les explicó que la siguiente parada sería El Cairo, unos 180 kilómetros al sureste, y que a continuación el viaje proseguiría hasta Asiut. Lo mismo que hiciera mientras iba en el carruaje, Lillian se esforzó por absorber cada detalle: cabañas de barro a lo largo del río Nilo, hombres que guiaban asnos transportando enormes cargas, palmeras que parecían crecer por todas partes, y norias que bombeaban agua del Nilo

sobre laberínticos canales de irrigación desplegados por el paisaje reseco. Lillian se asombraba del atraso que imperaba en todas las cosas. Aparte de las vías del ferrocarril, no acertaba a ver ningún signo de «civilización moderna». Sintió que estaba viendo escenas tomadas de relatos bíblicos.

El tren se detuvo en El Cairo. Kamil aconsejó a las mujeres que permanecieran sentadas. Lillian observaba a hombres y mujeres con'cestos balanceantes sobre sus cabezas que reclamaban asientos para viajar al sur. Vio que algunos muchachos arrojaban cestas a través de las ventanillas abiertas y después se colaban por las mismas. Como en Alejandría, la estación estaba abarrotada de gente. Lillian se fijó en un ciego pidiendo en cuclillas enfrente del andén. Todo era muy distinto a Nueva York, Asheville o Atlanta.

Al cabo de poco, el tren dio un tumbo y volvió a ponerse en marcha para recorrer los últimos trescientos veinte kilómetros de trayecto. Al dejar atrás El Cairo, el cielo comenzó a adquirir un color dorado. Kamil explicó a las mujeres que el color se debía a remolinos de arena impulsados por el viento. A Lillian le pareció muy hermoso. El dorado matiz impregnaba todas las cosas con una espléndida luminosidad a medida que el tren se abría camino por el ancho valle del Nilo.

—Asiut —anunció con orgullo Kamil—, la ciudad más bella de Egipto.

Lillian suspiró. Ella había llegado a Egipto creyendo que iba a vivir en un desierto. Nadie le había contado cuán hermosa era Asiut. La ciudad estaba asentada a un costado del Nilo. El paisaje que

rodeaba la ciudad era verde y exuberante, como si las palmeras que crecían por todas partes envolvieran el lugar de un manto verde. Por detrás de la ciudad se elevaba una colina. Kamil aseveró que todos la llamaban la Colina de los Ermitaños.

Cuando el tren silbó y se detuvo en Asiut, Kamil procuró que Lillian y Jennie se cercioraran de que sus equipajes eran descargados en el andén de la estación. Luego alquiló un carro tirado por un caballo —mucho más rústico que el que habían alquilado en Alejandría— y todos se subieron. Lillian intentó memorizar las esquinas de cada calle y todos los edificios ante los que transitaban, esperando que esas calles pronto le resultaran tan conocidas como las que había dejado en Carolina del Norte.

En unos cuantos minutos el carro se detuvo delante de un edificio largo y bajo.

—Ya estamos en casa —anunció Kamil—, y antes de lo previsto.

Lillian saltó del carro y se ajustó el sombrero. Sabía que su aspecto dejaba un poco que desear después de tantas horas de viaje en un tren recalentado y polvoriento. Pero no le importó. ¡Había llegado! Por fin estaba delante de la casa de misión en Asiut, Egipto. Los brazos se le pusieron de piel de gallina al caminar por el sendero de ladrillos hasta la puerta.

Antes de llegar a la puerta, ésta se abrió de golpe y la señora Brelsford salió corriendo.

—¡Bienvenidas!, ¡bienvenidas!, entren a tomar una taza de té. Deben estar muy cansadas.

Lillian no tardó en sentirse a gusto en la base de misión. La casa era el centro de actividad de

los misioneros de la santidad en la región. Lillian sintió de inmediato simpatía por una de las misioneras, Sela Friend, una mujer mayor, rodeada de una aureola de confianza. Sela, más que ninguna otra persona, ayudó a Lillian a acostumbrarse a la vida misionera. Dedicaba horas a enseñar a la joven un árabe elemental y los barrios antiguos de la ciudad. En esas excursiones Sela solía contar a Lillian la historia de Asiut. Le explicó que la ciudad había sido un núcleo de cristianos coptos durante siglos. La iglesia copta de Egipto había nacido cerca de Alejandría, donde hacía más de diecinueve siglos, el apóstol Marcos había fundado la primera iglesia cristiana del país. Muchas personas habían aceptado el mensaje del evangelio, y ahora, muchos de sus descendientes, vivían en Asiut y sus alrededores.

Jennie a veces acompañaba a Sela y Lillian en sus caminatas por la ciudad, pero no siempre. Al fin y al cabo ella no estaba allí para ser misionera, sino solamente para asegurarse que su hermana estuviera segura y feliz. Cuando tuviera esa seguridad, regresaría a su rutina en California.

Después de pasar Lillian tres semanas en Asiut, empezó a acompañar a Sela para visitar mujeres de la localidad. Se sorprendió de cuán corteses y hospitalarias eran. Visitaron una casa cuya familia mató y cocinó su última gallina para que Lillian y Sela pudieran comer con ellos. La joven se conmovió mucho por este gesto.

No bien se habían instalado, las sorprendió el invierno. Empezó a hacer frío por las noches. Lillian

y Jennie se acurrucaban una contra otra para calentarse. La última oración de Lillian antes de quedarse dormida solía ser por las familias pobres de la ciudad que no se podían permitir el lujo de comprar mantas para calentarse.

Ella sabía que a Jennie no le gustaba el frío, pero siempre que preguntaba a su hermana cuándo iba a volver a los Estados Unidos, Jennie le respondía que quería quedarse un poco más.

Todo fue bien hasta un domingo de febrero de 1911 por la noche, unos tres meses después de llegar a Asiut. Lillian no pudo explicar qué la molestaba, pero sintió que algo estaba a punto de torcerse. No comunicó su corazonada a Jennie; no habría tenido sentido que Jennie se preocupara. Pero sí oró y esperó.

Aquella noche después de cenar y de la oración comunitaria golpearon a la puerta. Lillian dio un salto, la abrió y se encontró frente a un hombre con una mirada desesperada. Pese a su escaso conocimiento del árabe, se dio cuenta de que aquel hombre quería que alguien le acompañara inmediatamente.

Kamil se puso a sus espaldas.

—Dice que una joven madre se está muriendo y quiere que alguien vaya a ayudarla —tradujo para Lillian.

Ella sabía que este hombre había venido a buscarla.

—Déjeme ir, por favor, —dijo volviéndose hacia el reverendo Brelsford.

El reverendo miró en derredor, pero nadie mostró interés alguno en salir a esas horas.

—Muy bien —dijo él—, deje que la acompañe Kamil.

—Iré con usted si lo desea —se ofreció Sela.

—Sí, por favor —repuso Lillian, sopesando de pronto la situación en la que se podía estar metiendo. Sela recogió su capa azul de lana.

—Ten cuidado, Lillian —susurró Jennie, pasando una bufanda a su hermana. A juzgar por su comentario, Lillian se cuestionó si Jennie también habría sentido que algo importante estaba a punto de suceder.

Los tres obreros de la misión caminaron con paso ligero por calles oscuras. En pocos minutos llegaron a un distrito que Lillian no conocía. Estaba junto al río Nilo, y las viviendas no eran sino casuchas bajas de adobe, con puertas pequeñas y sin ventanas. El guía les condujo a la luz de la luna por un laberinto de casuchas hasta que se agachó y entró en una de ellas. Lillian y sus acompañantes le siguieron y quedaron sumidos en las más densas tinieblas. Ella dejó la puerta entreabierta y esperó mientras se ajustaban sus pupilas a la oscuridad. A la tenue luz de la luna que se colaba por la puerta, logró distinguir a una anciana con un bulto en su regazo, así como la silueta de una chica tumbada junto a la pared del fondo. Lillian se arrodilló al lado de la chica y le tomó el pulso. Era débil. La chica se agitó, abrió los ojos, y asió el brazo de Lillian con sorprendente firmeza.

—*Arjouky, arjouky* —rogó.

Lillian sabía que la palabra árabe *arjouky* significaba por favor.

—Pregúntele qué quiere —dijo Lillian volviéndose hacia Kamil.

Nada más de decir esto un débil gemido surgió del fardo que sujetaba la anciana. Era el lloro inconfundible de un bebé. Lillian se acercó a sus pies

y extendió las manos para tomar el bebé. Salió a la puerta y examinó el bebé a la luz exterior. Se encogió de horror cuando vio una niña que parecía un esqueleto envuelto en una bolsa de papel. Oía mal. Dos ojos grandes, perdidos, le recordaron que era un ser humano.

El bebé volvió a gemir, y mientras Lillian seguía observándolo, una ola de amor cayó sobre ella. La frágil niñita tenía mucha hambre, y su madre, una chica de no más de quince o dieciséis años, se estaba probablemente muriendo. La anciana bisabuela —supuso Lillian— permaneció sentada, inmóvil, contemplando la escena. Las lágrimas le regaron las mejillas al considerar la desesperanza en que estaba hundida la familia y el escaso futuro que esta niña tenía por delante. Lillian respiró hondo, se inclinó y besó a la niña. Luego miró hacia la madre.

—*Arjouky, takhdihom* —dijo la chica y acto seguido guardó silencio.

Sela se inclinó para tomarle el pulso,

—Está muerta —dijo con voz queda—. Que Dios se compadezca de ella.

Kamil se volvió hacia Lillian.

—¿Sabe lo que dijo la madre antes de morir?

Lillian negó con la cabeza.

—Sé que *arjouky* significa «por favor», pero no reconocí la otra palabra.

—*Takhdihom* significa tómela. Señorita Lillian, la madre quería que usted se hiciera cargo de la niña.

Lillian se quedó petrificada. Aparte del leve gimo-teo del bebé, no se oía ningún ruido. El joven que les había guiado a la casucha de adobe se difuminó

en la noche antes de que tuvieran oportunidad de preguntarle.

Finalmente, Kamil quebró el silencio.

—Por supuesto, no estará pensando en quedarse el bebé —dijo—. La anciana buscará alguna manera de cuidarlo. De todos modos no vivirá mucho tiempo.

Una vez que la conversación se había reanudado, la anciana se levantó. Apenas llegaba a la cintura de Lillian.

—*Menfedlock takode el baby* —dijo, y elevando su voz—: *Arma marifish irmel a beha*.

Kamil se encogió de hombros.

—Dice que ella también quiere que usted se lleve la niña. Que no sabe qué hacer con ella.

Lillian vio como la mujer franqueaba la puerta y gesticulaba hacia el río. Masculló algo.

—¿Qué ha dicho? —Lillian preguntó a Kamil.

—Ha dicho que es sólo una niña. ¿Qué importa si no vive?

La joven se indignó. ¿Pensaba la anciana ahogar a la niña si no se la llevaban? Lillian sostenía un ser humano, un pedazo de ser humano aferrándose a la vida, pero un ser humano al fin y al cabo.

Sin detenerse a pensar en lo que estaba haciendo, Lillian acercó a la niña a su corazón y echó a andar dejando atrás a Sela y Kamil. Se lanzó sola, con paso decidido, hacia la casa de misión.

—Ya encontraré una manera de cuidar de ti —susurró a la niña al tiempo que se apresuraba en llegar a casa—. A buen seguro, el reverendo y la señora Brelsford me permitirán adoptar una pequeña tan necesitada como tú.

---

## Capítulo 6



# Fareida

Lillian no estaba acostumbrada a transitar por ese camino y tropezó con piedras y arbustos cuando volvía con la niña en brazos. Tardó una hora en alcanzar la puerta trasera de la casa de misión, donde entró de puntillas hasta la habitación compartida con Jennie.

—Kamil y Sela me han dicho que venías con la niña —dijo Jennie, levantándose para recibir a su hermana—. Vamos a ver.

Lillian enseñó el bebé a Jennie.

—Tenemos que quitarle esa ropa y bañarla. ¡Pobrecita! —dijo Lillian al ver la ropa sucia de la niña por primera vez a plena luz—. Mira, le han cosido la ropa. No hay que extrañarse de que huelga tan mal. No hay manera de cambiarle el pañal.

Jennie se acercó a la puerta.

—Tengo un poco de leche. La calentaré en la estufa de queroseno mientras la desvistes. Hay también un montón de trapos limpios en el armario de la limpieza. De momento, pueden servir de pañales.

Lillian extendió uno de los trapos sobre su colcha y puso la niña encima. Luego, con mucho esmero, se puso a cortar la ropa. Mientras lo hacía canturreó la letra de un himno. No debía verla retroceder disgustada al limpiarle las nalguitas. Le quitó la prenda y vio que la piel de la niña estaba en carne viva y le escocía.

Sela dio un golpecito en la puerta y entró en la habitación. Sonrió, tomó una sábana vieja y recortó un patrón de camisón para la niña. Se sentó al lado de la lámpara y empezó a coser. Lillian le dedicó una mirada agradecida justo cuando Jennie regresaba con un poco de leche caliente y un cubo de agua tibia.

Lillian sujetó a la niña en el cubo y le lavó el cuerpecito con una esponja. La niña emitió un lloriqueo tan fuerte que sorprendió a la joven.

—Calla, calla —tarareó—. Tendrás tu leche en un momento.

El baño tardó un poco. Lillian no había quedado del todo satisfecha con el resultado. Aunque el pelo de la niña ya estaba desenredado y la suciedad del cuerpecito había desaparecido, seguía oliendo mal. Pensó que el olor estaba causado por la carne putrefacta, por lo que decidió mantener sus heridas limpias y expuestas al aire y al sol.

Lillian empezó a suministrar leche a su nueva ahijada con un cuentagotas. Recordó a los pequeños

huérfanos que había alimentado en el orfanato de Carolina del Norte, y se sintió agradecida por la experiencia adquirida, aunque ninguno de ellos había tenido tanta hambre como esta niña tan frágil.

A pesar de su experiencia en cuidar niños, Lillian fue incapaz de meter mucha leche en la boca de la niña y menos aún conseguir que se la tragara. La niña lloró durante casi toda la noche, calmándose sólo cuando, vencida por el cansancio, se quedaba dormida por breves minutos. A cada oportunidad, Lillian le ponía un poco de leche en la boca y le masajaba la garganta para que se la tragara.

Le preocupaba que los lloriqueos no dejaran dormir a los demás misioneros de la casa, ya que los tabiques eran finos como el papel. Pero no pudo evitarlo. Hizo lo que pudo para calmar a la niña. Jennie apenas durmió aquella noche.

A la hora del desayuno, las mujeres ya habían decidido poner un nombre árabe a la niña: Fareida. Lillian y Jennie pasaron todo el día cuidando de ella. Se turnaron para intentar alimentarla y coserle ropita. La segunda noche la niña volvió a llorar de continuo, y a la mañana siguiente pareció aún más delgada. Lillian pensó que se iba a morir, pero no se rindió.

Por diez días las vidas de Lillian y Jennie giraron en torno a la niña. Cada porción de leche tragada era una victoria y cada minuto de sueño un alivio. A medida que pasaban los días, Lillian notó que los demás misioneros de la casa estaban más estresados. Tenían ojeras y bostezaban durante el desayuno. Algunos comentaron cuán poco dormía la niña y cuánta fuerza tenía en los pulmones.

Finalmente, después que Fareida se aferrara a la vida por dos semanas, el reverendo Brelsford pidió una mañana a Lillian que pasara por su despacho. La joven dejó a Fareida con Jennie y acudió temblando.

El señor Brelsford le invitó a tomar asiento y fue directamente al grano.

—Nos hemos reunido y todos estamos de acuerdo en que esta casa de misión no es un lugar idóneo para una niña muy enferma. Lloro toda la noche, nos mantiene en vela y después no tenemos energía suficiente para desarrollar con normalidad nuestras actividades misioneras durante el día —hizo una pausa para mirar a Lillian y continuó—. Lo siento, pero tendrá que devolverla.

—Lillian jadeó.

—¿Devolverla? ¿Pero dónde? No tiene donde ir. Su madre ha muerto y no sé quiénes son la anciana ni el hombre. No puedo devolverla.

—Tiene que hacerlo —dijo el señor Brelsford—. Inmediatamente. No puede pasar otra noche en esta casa.

—¿Pero devolverla adónde? —repitió Lillian—. Sabía que parecía una estupidez, pero no podía comprender que el director de la misión quisiera que abandonara a la niña.

—¿Hay un orfanato donde pueda llevarla? —logró preguntar Lillian.

El señor Brelsford meneó la cabeza —no hay tal cosa como un orfanato en Egipto. ¡Cuántos niños desearían ingresar en él si lo hubiera! No, tendrá que buscar a algún familiar que se haga cargo de la niña.

Lillian se estremeció al pensar en la anciana que había sostenido a Fareida en brazos después que la

madre de la niña muriera y en cómo miraba hacia el Nilo. Obviamente la niña acabaría allí si la devolvía. Los ojos se le inundaron de lágrimas. Hubiera deseado preguntar a este misionero cómo podía devolver a una criatura necesitada, pero se mordió la lengua. No tenía sentido desafiar la autoridad del señor Brelsford en la casa de misión. Antes de salir de la habitación, se volvió y dijo:

—Muy bien. Me obliga a devolverla. La devolveré, pero me iré con ella —Lillian vio como el reverendo fruncía el entrecejo.

—¿Sola? —balbuceó el señor Brelsford—. Si hubiera estado aquí más tiempo se daría cuenta de que es imposible. ¿Una mujer estadounidense viviendo sola en el mundo árabe? La matarán, o se morirá de hambre.

Pero las palabras de Lillian le infundieron coraje, sabía que estaba haciendo lo que debía de hacer.

—No estaré sola. Dios estará conmigo —replicó.

—Hum...yo... —el señor Brelsford no encontraba palabras. Finalmente se levantó y miró a Lillian a los ojos—. Muy bien, no diga que no se lo advertí. Si se marcha de esta casa con la niña, se irá sin mi permiso. Váyase y haga lo que le plazca, pero si las cosas le van mal, no vuelva aquí a pedir ayuda.

Lillian se quedó inmóvil por un momento. Apenas podía reconciliar la aspereza del tono empleado por el reverendo Brelsford con el del hombre que había conocido en Washington D. C. el otoño anterior. Sin más, salió de allí.

Lillian necesitaba respirar aire fresco. Salió de la casa y empezó a caminar por la carretera polvorienta. *¿Qué he hecho?*, se preguntó a sí misma. Para

responder a su pregunta reflexionó en el relato navideño de María y José buscando posada en Belén. No había sitio en la posada para albergar el nacimiento del niño Jesús, y parecía que no había sitio en la casa de misión para un bebé que necesitara cobijo. Lillian procuró no pensar en la injusticia de aquella situación, sino más bien dónde una mujer estadounidense y una niña enferma podrían alojarse. Mientras caminaba, Lillian se acordó de haber visto, en uno de sus paseos por la ciudad con Sela, una casa de fachada estrecha y tres pisos, que se alquilaba. Se preguntó si todavía estaría disponible. Aunque no estaba segura dónde la había visto exactamente, tenía una ligera idea. Se dirigió en esa dirección, y suplicó que la casa apareciera.

En efecto, Lillian encontró la casa y comprobó aliviada que aún se alquilaba. Se las arregló para encontrar al dueño, que resultó vivir al lado, y con su escaso árabe consiguió comunicarle que estaba interesada en alquilar el inmueble. El dueño asintió y le dijo que el alquiler le costaría dos libras al mes. Después abrió la puerta y le enseñó la casa a Lillian. Estaba sucia y tenía telarañas, pero, a pesar de ello, ella notó que estaba bien edificada. Una buena limpieza y un buen fregado devolverían el brillo a los azulejos. Y además, desde la ventana del tercer piso, se divisaba el Nilo.

—Me la quedo —dijo Lillian al dueño, llevándose la mano al bolsillo. Por alguna razón, aquella mañana había sentido que debía sacar todo su dinero de la maleta y meterlo en el bolsillo de su falda. Ahora sabía por qué. El propietario sonrió y aceptó el dinero. El trato estaba cerrado. Lillian tenía ahora casa

propia donde vivir. Sin más dilación, se dirigió al mercado más cercano y compró una mesa, cuatro sillas, algunas sábanas y una estufa de queroseno para cocinar. Decidió no gastar dinero en una cama; se haría una con hojas de palmera.

Lillian pagó a un mozo para transportar sus pertenencias, pero al colocar los muebles nuevos en la casa se acordó de haber incurrido en un gran descuido. ¿Qué pasaría con Jennie? ¿Qué pensaría Jennie acerca de convivir entre los egipcios? ¿Daría la razón al señor Brelsford pensando que era una idea descabellada? Lillian gimió. Jennie estará en su habitación cuidando de Fareida. Probablemente pensará que estoy hablando con el señor Brelsford, pero ¡resulta que estoy en una casa amueblada y recién alquilada! Lillian se había ofrecido voluntariamente a esta nueva vida, pero debía haber preguntado a Jennie si quería participar en ella. Sin embargo, Lillian no dudaba que su hermana la acompañaría. Aunque Jennie tenía nueve años más que Lillian, ésta siempre había sido la líder aventurera de la familia y aquella la seguidora retraída. Pero Lillian no quería pensar que actuando con esa impulsividad hubiera asumido ese rol dirigente.

Cerró la puerta de su nueva casa y se dio prisa en ir a la misión para contarle a su hermana lo que había hecho. Jennie, que se había aferrado a la pequeña Fareida, lo mismo que Lillian, estuvo de acuerdo en que su hermana había actuado correctamente al trasladarse a otro lugar para proteger a la niña.

—Me quedan dos libras —confesó Lillian a su hermana mientras ambas guardaban sus pertenencias

en un baúl—. Si compramos comida en el mercado deberíamos tener bastante hasta fin de mes. Después tendremos que confiar en Dios, ¿no te parece?

Jennie movió afirmativamente la cabeza en el mismo instante en que el señor Brelsford asomaba por la puerta de su habitación.

—Eh, hum —dijo anunciando su llegada—

El corazón de Lillian empezó a latir fuertemente, y sus manos, a transpirar cuando le vio. El señor Brelsford traslucía un semblante serio.

—He venido a pedirle que lo reconsidere, Lillian —dijo con voz paternal—. No tiene necesidad de irse ni, por supuesto, tampoco Jennie. Son dos mujeres solteras, aquí tienen seguridad, protección y alimento. ¿Qué van a tener si se marchan? Nada ¿Quién acudirá a ayudarlas si un hombre irrumpe en su casa? ¿Cómo conseguirán comida para ustedes y menos aún para esta pobre niña? —hizo una pausa y continuó—. Devuélvanla a su gente. Es lo único que les pido. Ella les pertenece. De todos modos es improbable que vaya a sobrevivir. ¿Por qué arriesgarlo todo por una niña enferma?

Lillian se habría enfadado al oír aquella monserga, a no ser porque sabía que él se preocupaba realmente de ella y de su seguridad. Midió sus palabras cautelosamente.

—Por favor, no se preocupe por nosotras, señor Brelsford, estaremos bien. El Señor está con nosotras, y no permitirá que nos hagan ningún daño.

Lillian detectó como si el señor Brelsford abriera la boca para decir algo, pero la cerró. Meneó la cabeza, se dio media vuelta y se alejó.

Unos minutos más tarde, dos misioneras entraron en la habitación. Parecían aterrorizadas.

—Algo muy malo podría sucederles —dijo una de ellas.

Lillian no le respondió, de manera que la mujer optó por dirigirse a Jennie.

—Piensen, por favor, en su seguridad. Usted puede quedarse aunque Lillian se vaya. No hay necesidad de que se pierdan las dos. Sea sensata —le rogaba.

Jennie sacudió la cabeza.

—Iré dondequiera que Lillian vaya. ¿Recuerda la historia bíblica de Rut y Noemí? Supongo que yo me parezco a Rut. Comparto mi vida con Lillian y no la dejaré marchar sin mí.

Lillian se enjugó una lágrima en la mejilla al caer una vez más en la cuenta de la completa confianza que Jennie tenía en ella y en su misión. ¡Qué enorme responsabilidad la suya!

Se oyó un silbido. Lillian se asomó por la ventana y vio a un hombre con un asno esperando. Había llegado el medio de transporte. Lillian recogió sigilosamente a la niña dormida y la llevó hasta la puerta. En ese momento entró Sela. Sus miradas se encontraron y ninguna de ellas tuvo que decir nada. Lillian sabía que Sela creía en lo que estaba haciendo, antes incluso de desprenderse de su capa azul de lana y echarla sobre sus hombros. La capa también envolvía a Fareida.

—Toma, la necesitarás —dijo Sela—. Cuando te la pongas, recuerda que oro por ti. Si me necesitas, sabes dónde encontrarme.

Las dos mujeres se abrazaron por un buen rato, y después Sela ayudó a Lillian a llevar sus pertenencias hasta el asno.

A media tarde, Lillian y Jennie, con la niña, caminaban detrás del asno hacia su nuevo hogar. A Lillian le parecía raro pensar que sólo cinco horas antes no hubiera tenido intención de ir a ninguna parte. Y ahora estaba a punto de instalarse en su nuevo hogar con Jennie y una niña.

La estrecha casa estaba tal como Lillian la había dejado. Un pequeño grupo de curiosos se congregó para fisgar el traslado de dos mujeres estadounidenses y una niñita árabe a aquella casa. Lillian no podía condenar a la gente por ser tan curiosa; sabía que aquella escena era bastante extraña.

Aquella noche Lillian escribió la fecha —10 de febrero de 1911— en un trozo de papel, y lo puso en la parte posterior de su Biblia. Luego abrió el desgastado libro por el Salmo 37 y leyó: «El Señor afirma los pasos del hombre cuando le agrada su modo de vivir... He sido joven y ahora soy viejo, pero nunca he visto justos en la miseria, ni que sus hijos mendiguen pan. Prestan siempre con generosidad; sus hijos son una bendición».

—Señor —oró Lillian—, ahora sólo te tenemos a ti. Yo creo que Tú estás guiando nuestros pasos. Tú prometes que no tendremos que mendigar pan y que Fareida será una bendición. Gracias por esta promesa.

Con callada emoción por lo que le podría deparar el mañana, Lillian Trasher se tumbó en su improvisado colchón de hojas de palmera. Extendió bien la capa y Fareida se quedó plácidamente dormida a su lado.

---

## Capítulo 7



# Plaga

—Mira Jennie, Fareida ha crecido —exclamó Lillian cuando vestía a la niña con ropa limpia antes de ponerla en una caja cuna para que durmiera un poco.

—Hace tres semanas, cuando le hicimos este camión, le estaba grande. Mira ahora. Casi hay que estirarlo para que le quepa.

Jennie se acercó a la niña riendo.

—Claro que ha crecido. ¿Quién lo iba a decir? Ya toma el biberón y duerme hasta seis horas seguidas. Dios ha sido bueno con nosotras.

Lillian asintió.

—Y los vecinos no nos han molestado. Las cosas van bien.

Al decir estas últimas palabras, Lillian pensó en el armario vacío de la cocina. Aunque Jennie y ella habían sido frugales, el dinero se había gastado y

quedaba poca comida en la casa —tal vez suficiente leche enfrascada para alimentar un día más a Fareida—. Y había que pagar el alquiler.

Después que la niña se quedó dormida, Lillian subió al tercer piso, donde le gustaba retirarse a orar. Se sentó y apoyó la cabeza en sus manos. De repente, un sentimiento cálido la inundó y un pensamiento nítido arraigó en su corazón. *Todo va a salir bien. He sido enviada a Egipto a fundar un orfanato cristiano.* Lillian se atolondró. ¿Un orfanato en Egipto? Pero se sentía muy bien, como si hubiera sabido en todo momento que era eso lo que debía de hacer.

Cuando Fareida se despertó antes de almorzar, Lillian abrió el penúltimo frasco de leche para alimentarla. Lo abrió con alborozo. «Ahora veré actuar a Dios», se dijo a sí misma.

A la mañana siguiente, vibrando aún de emoción ante la perspectiva de abrir un orfanato, Lillian oyó que llamaban a la puerta. Un niño mensajero venía para entregarle una nota de Sela. Invitaba a Lillian a encontrarse con ella para comer esa misma semana. Dio las gracias al muchacho, que parecía tener como unos doce años, pero ninguna prisa en marcharse.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti? —preguntó al niño en árabe.

—Me duele la cabeza, señora —respondió.

Lillian sonrió. Tengo algo que te puede ayudar. ¿Quieres una aspirina?

El chico aceptó y Lillian le invitó a entrar en casa mientras ella hurgaba en su baúl buscando el frasco de pastillas.

—Aquí tienes —le dijo.

El chico tomó la pastilla y se la tragó, pero todavía no parecía dispuesto a marcharse. Y señalando a Fareida preguntó:

—¿Es usted la señora que busca niños que necesitan casa?

Lillian se admiró de lo que el niño acababa de decir. Entonces se acordó de que un día antes por la tarde, henchida de emoción, había confiado a un oficinista egipcio que iba a fundar un orfanato y que Fareida era su primera huérfana. El oficinista debía haber corrido la voz por el vecindario.

El muchacho expresó una mirada de asombro.

—Sólo quisiera saber —soltó de buenas a primeras— si usted va a conseguir suficiente dinero para cuidar a cientos de niños.

Lillian sonrió al oír mencionar *cientos*.

Sólo tenía una niña por el momento, y necesitaba muchos cuidados.

—Yo sé que Dios va a suplir para todas nuestras necesidades. Ni siquiera sé de dónde va venir la próxima comida, pero sé que Dios nos proveerá —le dijo.

El muchacho mostró gran sorpresa mirando a la niña y a la adulta. Entonces se metió la mano en el bolsillo, sacó algo y lo puso en la mano de Lillian antes de precipitarse hacia la puerta.

Lillian se fijó y vio que le había puesto siete pias-tras en la mano. Era suficiente dinero para comprar comida para dos días. Las lágrimas se le saltaron al cobrar conciencia de aquel milagro. Un niño musulmán, pobre, acababa de dar a una mujer cristiana todo su tesoro para ayudarle a alimentar a una niña pequeña. Un versículo bíblico le vino a la memoria:

«No menospreciéis el día de las pequeñeces». Un donativo de siete piastras era un humilde comienzo, pero abría la puerta a enormes posibilidades.

Con aquel dinero Lillian compró pan, cereales y leche para el orfanato.

Al cabo de poco se divulgó la noticia de su misión, y comenzaron a aparecer pequeñas cantidades de dinero, o de comida, a la puerta. Lillian y Jennie se regocijaron de que algunos vecinos apoyaran su labor, aunque otros no mostraran simpatía. Lillian escuchó rumores de que algunas personas creían que iba a conseguir huérfanos para llevárselos a los Estados Unidos. Otro rumor insinuaba que ella quería criar niños sanos y fuertes para luego venderlos como esclavos. Lillian procuró no prestar atención a tales insidias. Ella sabía que la idea de una mujer extranjera ayudando a niños y bebés era insólita en Asiut, pero confiaba que, con un poco de paciencia, los vecinos conocerían su auténtica motivación.

Cuando había vivido en aquella casa unos dos meses, un hombre contó a Lillian el caso de dos niños pequeños vecinos de una aldea próxima. Sus padres habían fallecido, y un tío, de manera provisional, se había hecho cargo de ellos, pero buscaba un hogar permanente que los atendiera. La ley egipcia prohibía la adopción de huérfanos por personas que no fueran familia inmediata, pero el hombre preguntó a Lillian si deseaba adoptarlos y cuidarlos como si fueran suyos.

El corazón de Lillian desfalleció. Por supuesto, tenía espacio para otros dos niños en el orfanato. A partir de ahora tendría que cuidar tres niños.

Aquella tarde Lillian alquiló un asno y se dirigió a la aldea. No tuvo dificultad en localizar a los niños; todos los aldeanos tenían noticia de los dos huérfanos. Resultaron ser una niña de seis años y un niño de cuatro. Lillian los abrazó y les prometió que ella les cuidaría y sería una madre para ellos.

Cuando los tres se dirigían a casa, Lillian se planteó cómo debían llamarla los niños. Antes no había tenido que pensar en eso porque Fareida era demasiado pequeña para hablar. Pero al entrar en Asiut ya lo había decidido.

—Podéis llamarme mamá Lillian —les dijo—. Ellos asintieron tímidamente.

Los dos niños se adaptaron bien a la casa. Les encantaba entretener a Fareida y hacerla reír.

En julio de 1911 Lillian tuvo conocimiento de otro niño sin hogar y lo recibió en casa. Se llamaba Habib y tenía cinco años. No obstante, el día después de su llegada, a Habib le subió mucho la fiebre y Lillian tuvo que ir a buscar un médico del Hospital Presbiteriano estadounidense. El doctor examinó a Habib. Después meneó la cabeza.

—No sé cómo decírselo, pero Habib tiene la peste bubónica.

—¡Peste bubónica! —repitió Lillian con incredulidad—. ¿Uno de mis niños tiene la peste bubónica?

—Me temo que sí. Tendré que llevar a Habib al pabellón de aislamiento del hospital, y el inspector sanitario ya le dirá lo que tiene que hacer. Mientras tanto, usted y todas las personas que vivan aquí no deben salir de la casa —dijo el doctor.

—Muy bien —dijo Lillian agachándose para abrazar a Habib. Estaba dispuesta a mostrarle amor sin tener en cuenta su condición.

Una hora después llegaron a la casa dos inspectores de salud. Fueron breves, pero contundentes. Pidieron que todo lo que hubiera en la casa hecho de tela, madera o metal fuera traído al salón de estar. Después descargaron una pila de un carro, la pusieron en el suelo y la llenaron con botellas de desinfectante. Todas las cosas amontonadas en el salón fueron sumergidas en el líquido, con lo que se estropearon muchas de ellas. Después, los inspectores mandaron que Fareida y los otros dos niños fueran puestos en cuarentena por al menos diez días. Había muchas posibilidades, según dijeron a Lillian, de que los otros dos niños también contrajeran esa enfermedad mortífera.

Cuando los inspectores se marcharon, Lillian se sintió completamente abatida. Se preguntaba cómo las cosas se habían podido torcer tan pronto. Un día antes Jennie y ella habían recibido otro niño en la casa, y hoy ese mismo niño estaba en cuarentena en el hospital, y casi todas sus pertenencias estaban impregnadas. Toda la casa apestaba a desinfectante.

Lillian y Jennie se las arreglaron todo aquel día, pero a la mañana siguiente, cuando Lillian examinó a Fareida y a los otros niños, se alarmaron al ver que ellos también estaban cubiertos de úlceras rojas. Lillian se arrodilló.

—Señor —oró—, ¿qué voy a hacer ahora? ¿Qué voy a hacer ahora?

En realidad, sólo había una cosa que pudiera hacer: ir a buscar otra vez al médico. Jennie y ella observaron nerviosamente cómo examinaba a los niños, pero el diagnóstico no fue el esperado. ¡Tenían sarampión! Esta vez Lillian se arrodilló y dio gracias a Dios. Pero lo peor no había pasado. Aquella noche Lillian no pudo dormir. La atmósfera que respiraba le parecía inusitadamente cálida y cargada. Finalmente, como a las dos de la madrugada, le costó trabajo respirar.

—Jennie —gritó— te necesito.

Afortunadamente, Jennie tenía un sueño ligero. En un minuto puso el termómetro en la boca de Lillian y la alivió con una esponja de agua fría. Jennie jadeó cuando leyó el termómetro bajo la luz de la lámpara.

—Cuarenta y un grados. Lillian estás ardiendo. Tengo que llamar al médico ahora mismo. Toma un poco de agua antes de irme.

Lillian intentó levantar la cabeza, pero no tuvo fuerzas. Jennie tuvo que suministrar unas cucharadas de agua en la boca de su hermana. Se vistió rápidamente y se marchó.

Después, todas las cosas se precipitaron, pero fueron como niebla para Lillian. Recordaba que el médico le había tomado el pulso y que la levantaron y la sujetaron a una silla. Varias personas, incluida Sela, la llevaron sentada hasta el hospital. Lo último que recordaba antes de perder el conocimiento fue una conversación en voz baja entre Jennie y el médico.

Lillian tuvo la peste bubónica y su vida corrió grave peligro durante varios días. Afortunadamente, después de unos cuantos días, empezó a recuperarse,

como también Habib. Ambos sobrevivieron el ataque de la peste.

Dos semanas después, Lillian se sintió lo suficientemente bien como para volver a casa. Pero el médico le ordenó descansar al menos la mitad del día. Le explicó que la enfermedad había sobrecargado su corazón y que necesitaba tomarse en serio su recuperación.

Los dos primeros días, Lillian hizo lo que pudo para descansar, pero parecía un objetivo imposible. Habib volvió también a casa, pero todavía estaba apático y necesitaba ser alimentado. Fareida y los otros dos niños también necesitaban ser cuidados.

El médico dijo a Lillian que tenía que acudir al hospital una vez por semana para someterse a un control. Un jueves, cuando tenía que ir a su primer control, se llevó una gran sorpresa. Cinco vecinas la esperaban en el portal para acompañarla. Intentó disuadirlas alegando que podía ir sola, pero ellas insistieron, de modo que fueron juntas al hospital.

La opinión del médico fue firme. Dijo a Lillian que tenía que buscar una manera de descansar; su corazón lo necesitaba. Sus amigas insistieron en que debía escuchar el consejo del médico.

—Tiene que tomarse unas vacaciones y recuperarse —le instaron.

Lillian notó que la obstinación le iba dominando. Ella tenía cosas importantes que hacer. Sencillamente no podía permitirse ser una inválida.

—No lo entiende, señorita Trasher —dijo el médico con voz gentil—. No podrá seguir con su trabajo a menos que descanse. Su corazón ha sufrido mucha fatiga en las últimas semanas. Lamento tener que

ser tan franco, pero si no se toma un descanso podría dejar de latir.

Lillian se anonadó. No tenía más opción. Pero, ¿cómo podía tomarse unas vacaciones? ¿Quién iba a ayudar a Jennie a cuidar los niños?

De vuelta en la casa, una de las vecinas puso algo en la mano de Lillian y le dijo:

—Hemos recaudado bastante dinero para que vaya a Alejandría a descansar.

Otra amiga intervino diciendo:

—Haremos turnos para ayudar a Jennie y los niños. Ya verá. Cuando regrese, todo estará como cuando lo dejó.

Lillian miró en derredor con ojos humedecidos.

—¡Pensar que he venido del otro lado del mundo para encontrar unas amigas tan buenas! —dijo—. Gracias de todo corazón.

Todo se dispuso aquella misma noche. Al día siguiente por la tarde, Lillian y Fareida se alojaban en una pensión de Alejandría. Desde su ventana, Lillian disfrutaba de una hermosa vista sobre el mar Mediterráneo. Pero le resultaba casi imposible conceder descanso a su mente. Podía estar físicamente en Alejandría, pero su corazón estaba en Asiut con Jennie y los niños.



## Tierra a través del Nilo

Cuando Lillian regresó de Alejandría, dos semanas después, todo estaba exactamente como sus vecinas le habían prometido. Los niños estaban bien atendidos y había comida en la despensa.

Lillian se sintió mucho mejor y pudo desempeñar sus tareas cotidianas con un vigor renovado. La mayoría de la gente empezaba a comprender que Jennie y ella deseaban criar niños huérfanos movidas por un corazón compasivo. En consecuencia, a menudo les ofrecían pequeños donativos de dinero o comida.

Muchos campesinos humildes de subsistencia, o *fellahin*, como se les llama en Egipto, viven en los alrededores de Asiut. Estos campesinos también querían ayudar a los huérfanos, pero no tenían medios para transportar sus productos al orfanato. Lillian cayó en la cuenta de que merecía la pena alquilar un

asno y salir al campo. Como era una mujer estadounidense de ojos azules, con una estatura de un metro ochenta y dos centímetros, no pasaba desapercibida. Los fellahin empezaron a esperar la visita de Lillian y a cargar granos y verduras en las alforjas del asno. Lillian sabía que a veces el dar representaba un sacrificio para ellos, ya que muchos eran pobres. Pero se maravillaba de su generosidad y su alegría en el dar. La gente que habitaba en los alrededores de Asiut empezó a llamar cariñosamente a Lillian «la mujer del asno».

La ayuda de los fellahin llegó a ser muy importante para Lillian, ya que la prole del orfanato se multiplicó en los tres años siguientes. Para 1914, Lillian y Jennie atendían a ocho niños en la estrecha casa de tres pisos. Ambas organizaron una escuela. Oraban y hacían lecturas bíblicas todas las mañanas, y después les enseñaban inglés y árabe. Lillian compró papel y lápices para escribir e ilustrar sus propios textos. Le encantaba volver a recurrir a su capacidad artística. A veces sonreía cuando se acordaba de lo cerca que había estado de ser artista de prensa. Cuán agradecida estaba de que esa puerta se hubiera cerrado firmemente y de haber obedecido su llamada a Egipto.

Como la casa hacía ahora las veces de dormitorio, comedor y escuela, se había quedado demasiado pequeña e inadecuada para tantos menesteres. Lillian comenzó a orar para encontrar una casa más grande —un orfanato como es debido—, donde los niños pudieran jugar y correr, con aulas y comedor aparte.

En agosto de 1914 estalló la primera guerra mundial. Egipto tomó partido con Gran Bretaña. En

noviembre de 1914 Gran Bretaña declaró a Egipto protectorado suyo y asumió la responsabilidad de proteger el canal de Suez. Pero la vida en Asiut siguió su curso normal.

Un martes de julio de 1915 por la mañana, Malik, un amigo de Lillian, vino a visitarla. Malik era funcionario y mantenía informada a Lillian de las noticias que se producían en la ciudad. Cierta día en particular parecía satisfecho consigo mismo.

—Señorita Lillian —dijo Malik—, tengo excelentes noticias. Medio acre de terreno al otro lado del río, ese que usted dice que sería un hermoso lugar para un orfanato, está a la venta por cincuenta libras.

Por un momento, la fe de Lillian se disipó. ¡Cincuenta libras! —exclamó—. Eso es una fortuna. ¿De dónde voy a conseguir cincuenta libras? Es el equivalente de doscientos cincuenta dólares.

De repente, Lillian dejó de hablar. Cincuenta libras podía ser una fortuna para ella, pero ¿no decía la Biblia que Dios supliría todas sus necesidades? ¿Cómo obtendría el dinero? De la misma manera que hasta la fecha lo había recibido para cubrir todas sus necesidades: pidiéndoselo a Dios.

—Lo siento Malik —le dijo—. No quería desanimarte. Es una oportunidad maravillosa. Los niños tendrán la casa que se merecen. ¡Fíjate bien! —dijo ella con un corazón lleno de fe—. Lo vamos a hacer. Ve a decir al propietario que compraremos la propiedad. Conseguiré el dinero...—dudó por un instante—, conseguiré el dinero en una semana.

Malik se apresuró a llevar el mensaje y Lillian subió a su habitación, se arrodilló y su puso a orar. «Señor,

muéstrame qué debo de hacer. Necesito tener cincuenta libras en una semana y sólo tengo una. Parece imposible, pero sé que si quieres que los niños tengan este terreno, me mostrarás cómo conseguirlo.»

Se levantó y sintió que tenía que hacer algo, ir a alguna parte. Alquiló un asno y partió sin dirigirse a ninguna parte. «Muéstrame el camino, Señor —iba orando—, muéstrame el camino.»

El asno no había llegado muy lejos cuando Lillian recordó un incidente sucedido unos cuantos días antes. Un acaudalado mercader de una localidad situada a tres horas de distancia había pasado por delante de la casa. Se mostró intrigado al oír a los niños recitar la lección en inglés y se detuvo a charlar con Lillian, quien le explicó su misión. Mientras ella hablaba, el hombre le hizo muchas preguntas y luego le entregó algo de dinero y su tarjeta de visita.

—Contácteme si necesita que le ayude en algo —dijo el hombre al marcharse. Estas palabras repicaban ahora en los oídos de Lillian. Quizás, la visita de ese hombre no había sido por casualidad. Tal vez Dios le había enviado para cubrir esta necesidad particular. Lillian decidió visitarle para averiguarlo. Después de pasar cuatro años en Egipto, sabía que era importante hacer aquella visita de la manera adecuada. Esto significaba ser presentada formalmente al mercader por otro individuo respetable.

Mientras el asno trotaba, a Lillian se le ocurrió quién podría presentarla formalmente a ese hombre. Pensó en el *mudir*, el gobernador de Asiut. En cierta ocasión, Lillian había tenido un encuentro muy breve con este personaje, y él se había interesado por

la obra del orfanato. ¡Qué bueno sería que el *mudir* le concertara una entrevista! Tiró de las riendas y guió al asno por un pasaje lateral. Era el momento de visitar la oficina del gobernador.

El edificio que alojaba al *mudir* era tan grande e imponente por dentro como por fuera. Lillian fue conducida a un despacho lujosamente amueblado y tomó asiento frente a un gran escritorio damasquinado. Después de intercambiar por varios minutos la cortesía del protocolo con el *mudir*, se lanzó a hablarle del orfanato y de los dos mil metros cuadrados de terreno al otro lado del Nilo. Mientras ella hablaba, el *mudir* levantó las cejas. Parecía impresionarle todo lo que estaba haciendo.

Finalmente Lillian fue al grano.

—No tengo dinero y necesito cincuenta libras para comprar el terreno al otro lado del río. Un mercader de una localidad cercana me dijo que hablara con él si alguna vez me hallaba en dificultades económicas. Me gustaría mucho visitarle, darle a conocer mi necesidad y que usted me ayudara a hacerlo. ¿Podría concertarme una cita con ese hombre?

El *mudir* balanceó su butaca por unos instantes y meneó la cabeza.

—Me encantaría hacerlo —dijo—. ¿Qué le parece una entrevista con él mañana a las once de la mañana?

—Lillian asintió.

—Muy bien. Le contactaré y concertaremos la cita. ¿Cuenta usted con medio de transporte para desplazarse a esa localidad?

—Tengo un asno —Lillian repuso alegremente. La cara del *mudir* se arrugó.

—¿Un asno? —preguntó con incredulidad— ¿Una mujer estadounidense montando un borrico? No lo puedo creer.

—Es el mejor medio que tengo para moverme —replicó simplemente Lillian—. Monto un asno para andar por el campo varios días a la semana cuando voy a recoger el producto que los fellahin donan al orfanato —remató Lillian.

—¿Y nadie la ha atacado nunca ni le ha robado?

—No, nunca. Dios es mi protector. Él cuida de mi seguridad.

—Así es —dijo el mudir—, pero un asno, un asno es símbolo de bajeza y de ridículo —Lillian no lo negó.

—Pero en el campo la gente no se preocupa de esos símbolos. Me llaman la mujer del asno, y no creo que lo digan como un insulto.

—Muy bien —dijo el mudir—, concertaré la cita para mañana y tendrá que salir temprano con su asno para llegar a tiempo. Le sugiero que alquile algunos arrieros para que la acompañen. En esta época del año el camino puede ser muy traicionero.

—Gracias —dijo Lillian levantándose para abandonar el despacho del mudir. Según el protocolo, su cita con el mercader estaba oficialmente concertada y aprobada.

Cuando volvía al orfanato, Lillian elevó una oración de acción de gracias por el favor del mudir. Por el camino se detuvo en un establo y alquiló dos arrieros de compañía para el día siguiente.

Por la mañana muy temprano los dos arrieros acudieron a esperar a Lillian a la puerta de su casa. Un leve y dorado haz de luz comenzó a

ahuyentar las tinieblas mientras dejaban atrás la ciudad de Asiut.

Estaban casi en el cenit de la temporada de crecidas, cuando las aguas del Nilo se desbordan, convirtiendo amplias extensiones de tierras bajas en pantanos y lagunas atravesados por canales de irrigación sumergidos. Cabalgando por el campo, los arrieros tuvieron que hacer largos desvíos para sortear las tierras inundadas. A las ocho de la mañana el sol matutino ya caía sobre ellos y Lillian tuvo en cuenta que todos aquellos desvíos iban consumiendo un tiempo precioso. Le comenzó a preocupar si llegarían a tiempo para celebrar la entrevista con el mercader.

Cuando llegaron a una gran zona inundada, los arrieros se detuvieron y se bajaron de las caballerías. Vieron el agua, se miraron sorprendidos y conversaron en voz queda. Finalmente uno de ellos se volvió hacia Lillian y le dijo:

—El río viene muy caudaloso este año, señorita. Este terreno no debería estar tan inundado. Tenemos que entrar en el desierto para rodearlo.

Lillian dio un profundo suspiro.

—Pero no podemos —dijo—. Ya nos hemos retrasado. No llegaremos a la entrevista si tenemos que dar un rodeo.

Para demostrar lo que estaba diciendo, Lillian se bajo del pollino, se recogió su larga falda y chapoteó en el agua.

—Señorita Lillian, señorita Lillian, vuelva. Es peligroso —le instaron los dos sobresaltados arrieros.

—Miren, no tiene profundidad. Podemos cruzar por aquí —Lillian les llamó.

—No, regrese. Es peligroso —replicaron ellos.

Lillian no hizo caso de sus ruegos, y dio un paso más en las enlodadas aguas. Pero al tratar de hacer pie, el fondo desapareció. Se hundió y el agua le cubrió la cabeza. Un instante después reapareció jadeante, calada y cubierta de cieno de la cabeza a los pies. Los dos arrieros acudieron a rescatarla.

—Se ha metido en un canal de riego —le dijeron mientras la conducían a tierra seca.

Lillian se ruborizó tanto que apenas podía mirar a los hombres. En su impaciencia por llegar a la cita, había actuado impulsivamente e ignorado el consejo de los guías. Se podía haber fácilmente ahogado. Para complicar las cosas, se había ensuciado la ropa y necesitaba un sitio para cambiarse la ropa mojada por la falda y la blusa que llevaba en las alforjas y gastar así más tiempo valioso. Se lamentó, pero siguieron adelante.

Llegaron a una casita y llamaron. Lillian preguntó si podía cambiarse de ropa. Una vez seca y vestida de ropa limpia, prosiguieron su camino. Se dirigieron hacia el desierto para rodear el terreno inundado, y Lillian perdió la esperanza de llegar a tiempo a la entrevista. Pero justo cuando estaba perdiendo la esperanza, los arrieros se las arreglaron para azuzar a las bestias, que se lanzaron a un galope rompe-huesos. Lillian se agarró fuertemente cuando el trote de su borrico se avivó. Antes de lo previsto, dejaron atrás el terreno inundado y se acercaron a la localidad donde vivía el mercader.

A las once de la mañana en punto, Lillian detuvo su asno delante de la casa de aquel hombre.

Después de todo, habían sido puntuales. El hombre la saludó efusivamente y le rogó que entrara. Lillian entabló una animada conversación con él y le contó lo del terreno disponible al otro lado del Nilo y cuánto le gustaría construir allí un orfanato más grande. Los ojos del mercader se encendieron mientras ella hablaba, y antes de terminar la entrevista, él le entregó las cincuenta libras que necesitaba para adquirir el terreno.

Lillian guardó el dinero en su bolso y se mostró muy agradecida. En su imaginación el orfanato ya estaba edificado. Pero luego descubriría que quedaban por delante muchos desafíos.



## Ladrillos

Cuando se ultimó la transacción de la compra del terreno, a Lillian sólo le quedaban unas pocas piastras o peniques. Pero suponían un humilde comienzo para orar por los edificios a levantar en la parcela recién adquirida. Lillian se recordó a sí misma que la Biblia aseguraba que no había que menospreciar los pequeños comienzos. Con eso en mente, dirigió su atención a lo que se podía hacer con aquellas piastras en mano. Pronto obtuvo la respuesta. Podía comprar seis moldes de madera para hacer adobes y ella y los niños podrían empezar a prepararlos.

Un cálido día de septiembre Lillian y los niños empezaron a hacer adobes. Cada molde estaba dividido en secciones; cuando se llenaban todas de barro, salían veinte adobes. El barro para hacer los adobes se obtenía de una mezcla de tierra excavada en la propiedad

con agua del río. A esta mezcla de barro se le añadía estiércol y paja para que los adobes se endurecieran al secarse y adquirieran consistencia. Cuando se juntaban todos los ingredientes, los niños se subían encima de la mezcla y la aplastaban con los pies. Al principio no fue fácil obtener la consistencia necesaria, pero descubrieron la cantidad exacta de agua que había que echar para obtener adobes duros y resistentes.

Una vez hecha la mezcla, la echaban a puñados y la aplastaban en los moldes. Luego los moldes se dejaban secar varios días al sol, ya que por las tardes la temperatura subía hasta casi los cincuenta grados.

Cuando recibió un poco más de dinero, Lillian compró más moldes y en poco tiempo tuvieron centenares de adobes secándose al sol. Lillian inspeccionaba los adobes con gran satisfacción. Así se habían hecho los adobes en los días de Moisés, e incluso de Jesús, y así se hicieron para el nuevo orfanato.

Cuando los adobes se secaron, Lillian supo que había llegado el momento de dibujar los planos para el primer edificio. No podía contratar a un arquitecto, y en caso de haber podido, dudaba que hubiera servido de mucho. El pueblo egipcio no tenía un concepto claro de lo que era un orfanato, y ella tenía en mente exactamente lo que quería. Empezó por plasmar la imagen que tenía en la cabeza sobre el papel. El proceso ineludible del trazo de planos exactos le obligó a trasnochar muchas noches, pero poco a poco las distintas alturas del nuevo edificio fueron cobrando forma sobre el papel. El dormitorio se construiría alrededor de un patio, donde los niños pudieran jugar y Lillian sentarse por las tardes. Las

paredes tendrían por lo menos sesenta centímetros de anchura, ya que en Egipto se acostumbra a combatir el agobiante calor del verano, y cada dormitorio debía acomodar cuatro camas.

Dos semanas después, la primera hornada de adobes estuvo lista. Al secarse, los adobes cambiaron el color marrón oscuro por el gris. Mientras tanto, Lillian había recibido suficiente dinero para contratar a un albañil y empezar a levantar la primera pared del dormitorio de las niñas. Se llamaba Misregui. Estuvo dispuesto a empezar tan pronto como hubiera suficientes adobes.

Lillian mostró a Misregui los adobes que habían hecho los niños. Éste sacó uno del molde y lo examinó atentamente. Y entonces dijo:

—¿Quién diría que estos niños no han hecho adobes toda su vida? Son muy buenos.

—Excelente, ¿puede empezar mañana? —le preguntó Lillian—. Mediré los cimientos y haré que los niños empiecen a excavarlos. Luego podrá extender los adobes en las zanjas.

Misregui meneó la cabeza.

—Estos adobes son buenos para construir paredes, pero para los cimientos necesita ladrillos especiales. No se pueden hacer a mano; deben venir de la fábrica; la cantidad que necesita le costará unas tres libras.

A Lillian se le hizo un nudo en la garganta. Tres libras era mucho dinero. No obstante, se oyó decir:

—Los encargaré esta misma tarde, Misregui.

Tan pronto como Misregui se marchó, Lillian buscó un rincón tranquilo dentro de la propiedad. Se arrodilló. «Señor, tú sabes que necesitamos estos

ladrillos para echar unos cimientos sólidos. Muéstrame, por favor, cómo quieres pagarlos.»

Una gran paz invadió a Lillian cuando fue a Asiut a hacer el encargo a la fábrica de ladrillos. No tenía dinero para pagarlos, pero estaba segura de que llegaría.

A la mañana siguiente cuando aún era temprano, Lillian salió para hacer la ronda de visitas a las aldeas de los fellahin. Había adquirido un hábito y cada aldea sabía cuándo esperarla. Los habitantes de las aldeas se reunían para oír hablar del orfanato y otras noticias de Asiut, y daban a Lillian productos según sus posibilidades. Este día en particular, Lillian se había propuesto visitar once aldeas, de las cuales, la última sería Kom Es Fat. No obstante, todavía era época de crecidas y al aproximarse a esta aldea halló que estaba rodeada por una franja de agua de tres kilómetros de anchura.

Un tanto fatigada, Lillian se bajó del asno y miró la lodosa extensión inundada. Se preguntó si merecía la pena intentar llegar a Kom Es Fat. Con tanta agua, requeriría bastante esfuerzo llegar a una de las aldeas más pobres de la ruta. Pero cuando pensó en los amigos que había hecho en su visita previa y en la oportunidad de informarles que estaba a punto de iniciarse la construcción del primer edificio del orfanato, supo que tenía que ir allí. Se desvió por otra aldea situada en un terreno más alto y alquiló una vieja barca con su barquero para acceder a Kom Es Fat.

Cuando llegó allí Lillian fue recompensada con la sonrisa de muchas caras de fellahines. La autoridad de la población tomó la palabra:

—Nos sorprendemos de verte. No recibimos muchos visitantes cuando el Nilo está crecido, pero eres bienvenida. Nos alegramos de que hayas venido. Es más, hemos estado hablando de ti durante días y recogido cinco libras para ayudarte a edificar el orfanato.

Lillian se enterneció. ¡Cómo podía esperar este recibimiento! No tenía ni idea de cómo esta pobre gente había recaudado cinco libras, pero les agradeció de corazón su ayuda, como la de muchos otros amigos musulmanes. Lillian disponía ahora de bastante dinero para pagar los ladrillos y dos libras para comprar provisiones.

Se quedó todo lo que pudo con la gente de Kom Es Fat y volvió a la barca. Tenía que cruzar el charco antes que oscureciera. Antes de subirse a la barca, Lillian guardó los cinco billetes de una libra en una bolsa de algodón que llevaba atada a la muñeca.

Mientras cruzaban la extensión de agua, el viento se levantó y la barca titubeó. El remero tiraba fuerte de los remos, pero apenas avanzaba contra las olas encrespadas que chocaban contra la proa.

La puesta del sol pasó casi inadvertida, y pocos minutos después de ocultarse se encontraron inmersos en la oscuridad y zarandeados por las olas y los remolinos. En medio del balanceo, la luna se abrió paso entre las nubes. Lillian emitió un suspiro. Una gran ola estaba a punto de chocar contra ellos.

—Agárrese —gritó aferrándose al costado de la barca.

La ola les dio un batacazo y entró agua en la barca, pero no se hundió. Tan pronto como pasó la ola, Lillian desató la bolsa de algodón y la volvió a atar más firmemente. Si me ahogo, se dijo a sí misma, cuando encuentren mi cuerpo, aún tendré la bolsa

*conmigo, y se podrán pagar los ladrillos.* En su aturdimiento había olvidado tener en cuenta quién iba a asumir la intimidante responsabilidad de criar ocho niños y construir el orfanato.

Cuando hubo completado la tarea de sujetar bien la bolsa, Lillian asió el cubo de hojalata que flotaba en el fondo de la barca y empezó a achicar agua. Mientras tanto, se mantuvo en guardia frente a nuevas olas y se sujetó a un costado de la barca con una mano.

El viento siguió soplando y el agua turbia empapando a Lillian y al barquero. La barca fue asaltada por una ola tras otra y ella llegó al convencimiento de que se iba a deshacer. Empezó a entrar agua por un boquete después que varias tablas se hubiesen resquebrajado. A la luz de la luna, Lillian veía cómo el agua brotaba cerca de la popa. No había manera de achicar el agua con la misma rapidez con que entraba. El corazón le latió con fuerza cuando vio que la barca estaba a punto de hundirse. «Señor, ayúdanos», gritó contra el viento. Al mismo tiempo el remero se quitó la camisa y la metió en el agujero. El surtidor se extinguió momentáneamente.

Las olas siguieron inundando la barca. «Señor, ayúdanos, ayúdanos», Lillian sollozó, temiendo que el fin estuviera cerca. De pronto, sin aviso previo, sintió un golpecito debajo de la barca, como si estuviera golpeando contra la orilla. Lillian dejó de sollozar y se asomó por la borda. No había tierra a la vista, de eso estaba segura. Sintió otro golpecito, se deslizó hacia un costado y metió la mano en el agua. Notó algo duro y redondo, como un palo de escoba.

Recobró algo de ánimo intentando imaginar qué había debajo de la barca. De pronto lo averiguó. ¡Por supuesto! Los fellahin habían apilado tallos de maíz encima de sus cabañas para asegurarlas. A veces las pilas doblaban la altura de la cabaña sobre la que descansaban. La barca estaba golpeando contra uno de esos montones.

—Por aquí —gritó Lillian al remero, vislumbrando algo más tangible que destacaba en el agua—. En efecto, era la cresta del montón de tallos. La barca ya estaba completamente inundada y a punto de hundirse.

—Salte —gritó el barquero.

Lillian no titubeó ni un segundo. Se puso de pie y pisó sobre la isla de tallos. El barquero saltó medio segundo detrás de ella. Nada más de saltar, la barca se hundió.

—Gracias Señor, por proveernos esta isla hecha por mano de hombre justo a tiempo —oró Lillian—, pero no podemos quedarnos si el agua sigue subiendo. Ayúdanos a encontrar una manera de llegar a la orilla.

La lluvia hizo acto de presencia mientras Lillian y el barquero se aferraban a la diminuta isla. Lillian se consoló pensando que debía ser firme para haber resistido tanto. No obstante, si el agua seguía subiendo, no importaba cuán consistente fuera: acabaría arrastrándola.

A los pocos minutos, Lillian oyó otro ruido, el susurro de otra barca que pasaba.

—Socorro. Estamos aquí —gritó en medio de la tormenta, pero la barca pasó deprisa y se perdió en la noche. Lillian redobló sus oraciones, esperando hallarse en una ruta acuática. Para su alivio, una segunda barca llegó unos minutos más tarde. Los

gritos de Lillian se oyeron esta vez y la barca maniobró hacia ellos.

Una hora después Lillian recuperó su asno. La noche ya estaba avanzada y pudo pernoctar en una cabaña cercana. Se propuso partir para Asiut por la mañana temprano. Estaba deseosa de pagar los ladrillos para que Misregui se pusiera a trabajar.

---

## Capítulo 10



# Pérdidas y ganancias

Varias semanas después, la construcción del primer edificio del orfanato se iba perfilando. Un día, cuando volvía con los niños de hacer adobes en la propiedad, Lillian percibió a un joven que esperaba cerca de la casa. Su aspecto le parecía vagamente familiar, aunque no recordaba dónde le había visto. Lillian lo vigiló mientras preparaba la comida. Parecía que se fijaba en el juego de una de las niñas: Fareida. De pronto Lillian se alarmó y adivinó quién era. Era el hombre que había acudido a la casa de misión del reverendo Brelsford buscando ayuda para la madre de Fareida cuando ésta era muy pequeña.

Lillian salió a la calle y abrazó a la pequeña Fareida, que a la sazón tenía cuatro años. En ese preciso momento el hombre se le acercó. Metió la mano en el bolsillo y sacó un documento oficial sellado.

Lillian no se atrevía a mirarlo; ya sabía lo que era. Estaba segura de que este hombre era el padre de Fareida y que quería recuperar a su hija. Lillian se sintió aplastada por un sentimiento de injusticia cuando el hombre arrancó de sus brazos a la niña que ella había criado y se la llevó. Fareida exclamó «mamá, mamá, no dejes que me lleve», pero fue inútil. Lillian no tenía ningún documento legal que le otorgara derecho alguno sobre la niña. Sólo cuatro años de servicios prestados.

Lillian lloró aquella noche por Fareida y muchas otras noches después. Era impensable quebrantarse más hasta que recibió la terrible noticia de su muerte. Aquello era demasiado para comprenderlo. La pequeña había sido feliz y gozaba de buena salud cuando su padre se la arrebató. Lo único que Lillian podía hacer es pedir a Dios que sanara su corazón doliente y la ayudara a continuar su labor con los niños que le quedaban.

En la Navidad de 1916 fue terminado el orfanato. Los niños habían mezclado el barro para los adobes y las niñas suplido la argamasa para Misregui y sus ayudantes.

Lillian no encontraba palabras para describir su gozo cuando Jennie y ella empaquetaron sus últimas pertenencias y se trasladaron al nuevo orfanato al otro lado del río.

Se trasladaron en el momento oportuno. La Primera Guerra Mundial estaba empezando a cobrarse un gran número de víctimas en el pueblo egipcio. Los británicos, que ahora controlaban el país, exigían cada vez más reclutas para el ejército. Hicieron

a cada gobernador provincial o mudir responsable del reclutamiento de cierto número de soldados. Comenzaron a escucharse historias de fellahines secuestrados en sus campos u obligados a abandonar sus casas y forzados a servir como «voluntarios» en el ejército británico.

Por muy trágico que esto fuera para los hombres que los sufrían, las mujeres y los niños que quedaban atrás solían sufrir aún más. Sin sus maridos y padres no podían cultivar los campos ni producir alimentos para subsistir. Muchas familias cayeron en la desesperanza, pero sus súplicas a las autoridades británicas se estrellaron contra oídos sordos.

Como consecuencia de todo ello, el número de huérfanos que llegaban al orfanato aumentó considerablemente. Una mañana de febrero de 1917, una de las niñas mayores llegó corriendo a la habitación donde Lillian estaba cosiendo ropa para los niños.

—Mamá, mamá —dijo—, hay una mujer con sus hijos en la verja. Quiere que le den permiso a ella y sus hijos para quedarse.

Lillian dejó los pantalones que estaba cosiendo.

—Voy a hablar con ella —dijo, temiendo tener que decir a la madre que sus hijos podían cobijarse en el orfanato pero que ella tendría que buscar otro sitio para vivir.

Cuando Lillian llegó a la verja, se encontró una visión patética: una joven andrajosa, con tres niños y una niña, todos con mejillas hundidas y ojos apagados, apegados a ella.

—Soy Lillian Trasher. ¿En qué puedo servirle? —preguntó Lillian.

La mujer levantó los ojos y con mirada bizca dijo:

—Mi marido ha muerto. La gente del pueblo me aconsejó que llevara a mis hijos a la casa del Señor. Y hemos venido aquí. Por favor, ¿pueden recibirles, y a mí también?

Lillian meneó la cabeza.

—Sólo aceptamos niños aquí —dijo lo más amablemente que pudo—. Usted debe de volver al pueblo.

—Pero ¿qué sentido tiene? —preguntó la joven viuda—. Estoy medio ciega y no tengo allí familia que me ayude. No tengo nada ni nadie excepto mis hijos.

Algo dentro de Lillian se quebró cuando vio a la pobre familia. No pudo insistir en que la madre se fuera.

—¿Está dispuesta a trabajar aquí? —le preguntó Lillian.

Las lágrimas se le saltaron a la viuda.

—Haré cualquier cosa con tal de quedarme con los niños. Puedo cocinar y limpiar y cuidar de los bebés.

—Muy bien —dijo Lillian, echando su brazo sobre los huesudos hombros de la mujer—, le haremos un sitio aquí.

Fiel a su palabra, la viuda hacía todo lo que podía para que el orfanato funcionase bien y al cabo de poco fue indispensable en la cocina. Sus hijos se mezclaron con los demás huérfanos, aunque podían ver a su madre a la hora de las comidas.

Aunque Lillian se había resistido a dar cobijo a la viuda, pronto descubrió el valor que unas manos añadidas podían representar. Cuando otra viuda pidió cobijo, Lillian la aceptó de buena gana y comenzó a hacer planes para construir un dormitorio de viudas.

El día de Año Nuevo de 1918 Lillian contó cincuenta huérfanos y ocho viudas bajo su tutela. Aunque eran tiempos difíciles por causa de la guerra, todos los días había alimentos para comer y ropa para vestir.

El orfanato ya funcionaba fluidamente y Lillian decidió que había llegado el momento de escribir un reglamento para organizar el hogar. Oró bastante tiempo antes de redactar once normas que regularían el funcionamiento del orfanato.

1. El orfanato de Asiut será una obra de fe sostenida por donativos de buena voluntad.
2. Todos los internos —huérfanos o viudas— recibirán apoyo gratuito.
3. No habrá un límite al número de huérfanos a recibir.
4. Los familiares deben de firmar un documento por el que se comprometen a cedernos a los niños hasta que cumplan los dieciocho años.
5. Los familiares pueden visitar a los niños en todo tiempo. Los niños pueden visitar a sus familiares durante las vacaciones si lo desean.
6. El orfanato no sólo vestirá y alimentará a su familia, sino también proporcionará instrucción religiosa y educación, y enseñará oficios comunes del país a cada huérfano, según convenga.
7. Los huérfanos con familiares capaces de pagar su sostenimiento no serán aceptados. Hay internados a los que pueden acudir.
8. Cada varón debe aportar un año de servicio voluntario al orfanato después de completar su educación en la escuela, o, si el orfanato

se encuentra en apuros, deberá interrumpir la escuela por un año y después completar sus estudios.

9. Las niñas ciegas serán aceptadas y se les enseñará la lectura del Braille. (Hay una casa para niños ciegos en Egipto.)
10. Ya que las costumbres egipcias hacen que sea muy difícil que una chica que haya sido sirvienta se pueda casar, nuestras chicas se quedarán en la casa hasta que se casen. Las que no quieren casarse pueden quedarse en la institución como maestras o asistentes.
11. Las viudas que no tengan sustento serán aceptadas con sus hijos. Ayudarán a los niños más pequeños y lavarán, coserán y cocinarán en la medida de sus posibilidades y con arreglo a las necesidades del orfanato.

Todos los niños ayudaban a hacer las tareas del orfanato. Las niñas mayores trabajaban en la cocina y fregando platos. También ayudaban a Lillian a coser prendas, remendar ropa y cuidar de los niños pequeños. Los niños trabajaban al aire libre adornando el patio de recreo, haciendo sillas de madera y artículos de cuero que se vendían en el mercado para recaudar fondos para el orfanato.

Por ese tiempo, otra misionera estadounidense, Sarah Smith, tuvo noticias de la obra de Lillian y vino a conocerla en persona. Le produjo tal impresión lo que vio que decidió quedarse y colaborar con ella. Vino a ser una madre para los niños.

A medida que pasaban los meses más niños y más viudas iban llegando al orfanato. Lillian los

recibía a todos. Con el número creciente de residentes, las instalaciones también fueron creciendo, aunque de continuo se necesitaban nuevos dormitorios y comedores.

Con el paso del tiempo, las niñas mayores fueron aptas para cuidar bebés y niños pequeños con alguna supervisión. Cada niña adolescente fue puesta al cargo de seis niños pequeños por el día, y los niños pequeños consideraban a sus benefactoras como madrecitas. A Lillian le agradó esta disposición porque significaba que cada niño pequeño tenía a alguien con quien cultivar vínculos, alguien que conocía su personalidad, sus gustos y sus fobias. Aquello llegó a parecer más una familia que una institución.

Los médicos del hospital presbiteriano de Asiut hacían lo que podían por ayudar. Dedicaron una habitación especial sólo para los niños huérfanos. Hasta seis niños enfermos o mal alimentados podían ser atendidos al mismo tiempo, y el hospital nunca cobraba al orfanato sus servicios. Lillian visitaba regularmente a los niños en el hospital. Cuando llegaba un niño enfermo al orfanato, lo ingresaba en el hospital para que fuera atendido por los médicos y se llevaba a casa el niño más sano y más rollizo. Este acuerdo funcionó bien, y Lillian se sintió muy agradecida de poder contar con servicios médicos expertos y con las últimas innovaciones a disposición de sus niños.

El 13 de noviembre de 1918, Jennie Trasher se despidió finalmente de Lillian para regresar a los Estados Unidos. Había viajado a Egipto con la intención de quedarse el tiempo que hiciera falta hasta que su hermana se estableciera. Ocho años después, por

fin, regresaba a casa para atender sus propiedades y visitar a sus padres. No hace falta decir que a Lillian le entristeció su partida. Jennie había prestado una gran ayuda al establecimiento del orfanato.

Al día siguiente, el 14 de noviembre, se recibió una gran noticia: finalizó la Primera Guerra Mundial. Alemania se había rendido a las potencias aliadas. La alegría en Egipto se tornó pronto en ira, no obstante, cuando se vio que los británicos no aflojaban el yugo sobre el país. Cuando la guerra comenzó, el gobierno británico manifestó que ocupaba Egipto para proteger el canal de Suez, pero una vez que el canal no necesitaba protección, los británicos no estaban dispuestos a abandonar el país. Al contrario, promulgaron leyes que imponían nuevas restricciones sobre el pueblo. Temiendo una sublevación, ordenaron a todos los nativos que entregaran sus armas a la policía. Los egipcios, que solían llevar armas para su protección personal, aborrecieron la nueva ley y su malestar fue en aumento cuando la policía intentó hacer cumplirla.

Lillian también simpatizaba con otros sentimientos. Una situación que le pareció inaceptable fue el que ningún inglés pudiera ser juzgado por delitos cometidos en Egipto, ni siquiera asesinatos.

Poco a poco la ira fue en aumento, hasta que en marzo de 1919 entró en ebullición. El 15 de marzo Lillian leyó el periódico. Los titulares hervían: «Seis egipcios ejecutados como escarmiento». Lillian se vino abajo cuando leyó el artículo. Contaba que un inglés había practicado tiro disparando su rifle contra los pichones de un fellahin. El inglés había matado varias

aves, lo que significaba que el fellahin y su familia tenían menos alimentos para complementar su ya muy exigua dieta. Sabiendo que no podía denunciar al inglés por matar sus pichones, el fellahin le echó fuera de su propiedad. Desgraciadamente, el inglés no estaba acostumbrado a correr, sufrió un ataque al corazón y cayó muerto. Cuando las autoridades británicas se enteraron del caso, resolvieron aprovecharlo para que sirviera de advertencia. Los egipcios no podían ir por ahí amenazando a los ingleses. De manera que ordenaron a la policía matar a seis fellahin —el dueño de los pichones y cinco amigos suyos— delante de sus familias.

Era demasiado para creer. Lillian se anonadó ante la respuesta de los británicos. ¿No entendían que Egipto era un barril de pólvora a punto de estallar? Con seguridad, este hecho horrible sería el incidente que colmara la bullente ira de los egipcios contra los británicos. El tiempo demostraría que la corazonada de Lillian estaba en lo cierto. No obstante, ella no se pudo imaginar el peligro que amenazaba a Egipto y a sus niños.



## Rebelión

Un día después de ser publicada aquella atrocidad en los periódicos, los estudiantes universitarios de varias ciudades organizaron manifestaciones que rápidamente se convirtieron en disturbios. Otros egipcios se les unieron exigiendo venganza e independencia de Gran Bretaña. La rebelión se extendió por todo el país. Los tumultos y los saqueos se extendieron por las ciudades y también por el campo. Aldeas enteras fueron destruidas a consecuencia de los disturbios. Las líneas telefónicas y telegráficas, así como la línea férrea que conectaba Asiut con otras regiones periféricas fueron saboteadas, con lo que Lillian y los residentes de la ciudad quedaron incomunicados con El Cairo y el resto de Egipto.

A pesar de los graves sucesos que se producían en el país, Lillian se mantuvo volcada en el orfanato. Se

dedicó a sus obligaciones y esperó que Asiut lograra evitar los desórdenes que agitaban a otras ciudades. Pero no sería así. Cinco días después de comenzar la rebelión, cuando la oscuridad descendía sobre el campo, Lillian notó que alguien se movía por las inmediaciones del orfanato. Fue a investigar y se sorprendió al encontrar un enjambre de egipcios blandiendo armas y espadas, caminando hacia el lado oeste del puente que conectaba con Asiut. Los hombres venían a saquear la ciudad. Asiut no quedaría libre del trauma de la rebelión.

Ya se oía intercambio de disparos a ambos lados del río. Lillian corrió a tocar la campanilla para convocar a todos los niños en el patio. Se puso nerviosa, puesto que sólo disponía de unos minutos para sacarles a un lugar seguro. Como a trescientos cincuenta metros del orfanato, en una propiedad adyacente, había un viejo horno de ladrillos. A pesar de haber sido abandonado por muchos años, el horno era sólido y lo suficientemente espacioso como para acoger a todos los niños; sus gruesos muros de ladrillo podían protegerles de la refriega.

Cuando los niños se hubieron reunido, Lillian les dijo:

—De prisa, los niños mayores tomen a los pequeños a su cargo y corran hasta el horno de ladrillos. No se olviden de ninguno.

En medio de toda la confusión, los niños se pusieron en marcha. En pocos instantes una columna de huérfanos fluía hacia el viejo horno. Lillian se quedó la última para cerrar la puerta de la casa. Antes de cerrar, se aseguró de que la vaca estuviera en el patio. Allí estaría mejor protegida.

Después de cerrar la puerta del orfanato, Lillian tomó en brazos a los dos pequeños que tenía a su cuidado y, acompañada de una de las niñas mayores que llevaba una niña pequeña, se dirigió hacia el horno. Ya era noche cerrada y, por el ruido de los disparos, pudo adivinar que la lucha se estaba intensificando. Mientras corrían, la chica que llevaba en brazos a la niña pequeña tropezó y se cayó. La niña que llevaba se golpeó contra el suelo. Cuando la chica levantó a la niña pequeña, dejó escapar un suspiro: «Mamá», exclamó.

Lillian se detuvo a prestar ayuda. Al recoger a la niña notó sangre. Alarmada al sentir el contacto con la sangre, forzó la vista para ver de dónde procedía. Entonces notó un corte al lado de su ojo derecho. Se había golpeado contra un trozo de metal que sobresalía del suelo.

—Gracias Señor, que el metal no le dio en el ojo —oró Lillian poniendo un pañuelo contra la herida para cortar la sangre. Tomó la niña y volvió a correr hacia el viejo horno.

Finalmente, todos estuvieron a salvo dentro del horno. La sangre de la herida dejó de fluir y Lillian pasó la niña pequeña a una de las mayores para que la cuidara. Entonces contó los niños y descubrió que faltaban dos pequeñitos. Lillian arriesgó su vida para volver a escondidas al orfanato y recuperar a las niñas olvidadas, logrando escapar por poco de dos egipcios que tenían intención de matarla.

Una vez que ella y los pequeños se reunieron con el resto de los huérfanos dentro de las gruesas paredes del horno, Lillian atrajo a sí todos los niños y

ofreció una oración de gratitud a Dios por conducirles a salvo. Después tomó su Biblia y leyó a los niños el Salmo 91: «Podrán caer mil a tu izquierda, y diez mil a tu derecha, pero a ti no te afectará. No tendrás más que abrir bien los ojos, para ver a los impíos recibir su merecido. Ya que has puesto al SEÑOR por tu refugio, al Altísimo por tu protección, ningún mal habrá de sobrevenirte, ninguna calamidad llegará a tu hogar».

Cuando terminó de leer, Lillian pidió a Edward, uno de los niños mayores, leer los mismos versículos en árabe para los más nuevos que aún no entendían el inglés.

Cuando concluyó la lectura, todos se tranquilizaron y se dispusieron a pasar una larga noche marcada por ruido de armas de fuego y gritos espeluznantes. Lillian se consoló con los versículos que acababa de leer e intentó no preocuparse por lo que los merodeadores podían estar haciendo en el orfanato. A primeras horas de la madrugada, Lillian se quedó por fin dormida con un sueño intermitente.

Cuando se despertó por la mañana temprano, prestó atención. ¿Habían cesado los disparos? Como no oía nada, pensó que era seguro salir a echar un vistazo. Desatrancó la puerta, y caminó bajo la luz del sol hacia el borde del río. Un dolor agudo le subía desde el tobillo que se había doblado la noche anterior, lo que la obligaba a cojear.

Por los contornos de Asiut se elevaban enormes columnas de humo negro. Lillian jadeó al captar una visión panorámica de la ciudad. Era una ruina humeante, un erial ennegrecido. Lillian sintió

deseos de sentarse en la ribera del río y llorar por los habitantes de Asiut, pero no lo hizo. Tenía 107 huérfanos que cuidar y más que llegarían, sin duda, a causa de los combates.

Con un corazón quebrantado, Lillian volvió al orfanato. Los balazos habían agujereado las paredes. Con manos temblorosas abrió la puerta de la cocina y entró. Sintió un gran alivio al ver que los hombres que habían pululado por las inmediaciones del orfanato durante la larga noche de saqueos y combates lo habían dejado intacto. Elevó una rápida oración de agradecimiento y se dio prisa en sacar a los niños del viejo horno.

Por el resto del día todos se dedicaron tranquilamente a ocuparse en las tareas comunes. Lillian estaba segura de que la lucha no había terminado, pero la mejor manera de mantener a los niños tranquilos era seguir con la rutina normal del orfanato. Algunos rumores fueron llegando a medida que el día avanzaba. Los merodeadores habían barrido la campiña, quemado y destruido lo que pillaban a su paso. Todas las granjas vecinas habían sido diezmadas, incluida la de Said, uno de los fieles donantes de Lillian. Al parecer, fue el único que quedó en sus tierras; todos los demás huyeron a Asiut. Lillian se maravillaba que los hombres no hubieran tocado el orfanato ni su provisión de comida y ropa. Aquella noche Lillian decidió dejar a los niños dormir en sus dormitorios, ya que la lucha parecía haberse desplazado hacia el sur de Asiut.

Como a las siete de la tarde, las niñas mayores estaban acostando a los bebés y los niños pequeños,

y los adolescentes se hallaban haciendo sus tareas en sus habitaciones, cuando se oyeron fuertes golpes en la puerta. Lillian fue a asomarse esperando que alguien trajera un huérfano para dejarlo a su cuidado. Cuando abrió la puerta, soltó un grito desgarrador. Un grupo de hombres nativos esgrimiendo palos y espadas irrumpieron en la casa. Empujaron a Lillian bruscamente contra la pared del fondo y la rodearon. Antes de darle tiempo a pensar qué podía hacer, oyó una voz:

—Déjenla en paz, déjenla en paz —gritó la voz.

Lillian vio sobrecogida cómo su vecino Said se abría paso entre la barrera de hombres fornidos. Cuando llegó delante se interpuso entre Lillian y ellos y les reprendió.

—Ustedes no son de aquí. No conocen quién es, pero yo sí que la conozco. Esta mujer ha recibido a nuestros huérfanos y viudas. Se ha entregado a servirles. Sólo nos ha hecho bien —dijo.

Un enfadado hombre fortachón con barba y penetrantes ojos oscuros dio un paso adelante. Puso la punta de su espada contra la barriga de Said.

—Si no te quitas de en medio también tú morirás —gruñó.

Said, que apenas medía la mitad de la estatura del hombre que empuñaba la espada, se mantuvo firme. Lillian vio cómo se erguía y miraba al hombre directamente a los ojos. El hombre miró a Said y luego a Lillian, que elevaba una oración silenciosa, pidiendo a Dios protección sobre ella y Said.

Después de lo que le pareció una eternidad a Lillian, el hombre retiró de repente su espada de la barriga de

Said, se dio media vuelta y salió del orfanato. Los otros hombres le siguieron. Se marcharon tan rápido como habían llegado.

—Gracias, Said, gracias —dijo Lillian tomándole de la mano.

Said no dijo nada. Sólo se inclinó y salió del orfanato. Lillian lo vio y dio gracias a Dios por su protección.

El miércoles por la mañana, Lillian percibió que el peor momento de la lucha y los disturbios ya había pasado. Recordó que no se había cambiado de ropa desde el domingo y resolvió que era bastante seguro darse por fin un baño. Acababa de bañarse cuando miró por la ventana y vio un grupo de soldados ingleses acercándose al orfanato. Se hizo a toda prisa un moño y salió corriendo a recibirles.

—Oh, ¡qué bueno es verles por aquí, muchachos! —exclamó—. Entren por favor y tomen una taza de té conmigo.

El sargento tomó la iniciativa.

—Gracias, señorita Trasher. Le agradecemos una bebida, pero después tendrá que acompañarnos.

—¿Acompañarles? —repuso Lillian—. ¿Abandonar el orfanato? —Meneó la cabeza—. Ciertamente, comprenderá que no puedo abandonar a los niños. No, no iré.



## Una triste despedida

—No hay escapatoria; tenga niños o no —dijo el sargento a Lillian—. El general ha ordenado a todos los extranjeros que no sean funcionarios del Estado que salgan mañana. Es más, hay dos vapores atracados en el río, esperando para evacuar a todo el mundo a El Cairo. Allí estará segura.

—¿El Cairo? —repitió Lillian—. ¿Segura en El Cairo? Pero si he estado segura aquí —señaló los edificios—. Ciertamente habrá notado que no han tocado nada, mientras que las casas de los vecinos han sido allanadas. Además, más de cien niños egipcios me llaman mamá, de modo que no soy una extranjera.

El sargento sonrió tranquilizadamente a Lillian.

—Por supuesto, señorita Trasher. He tenido noticias de la obra que usted hace aquí, pero yo no soy el que le ordena salir. Puede ir y presentar su caso

al general si lo desea. Él ha abierto una oficina en el hotel Asiut. Pero no se puede quedar aquí esta noche. He recibido órdenes de escoltarla hasta el barco.

Lillian no daba crédito a lo que oía. No se podía imaginar tener que separarse de los niños y las viudas que dependían de ella para su sustento. Con todo, sabía que el sargento tenía órdenes tajantes que cumplir y no se marcharía sin ella.

—Muy bien —dijo—, los niños y yo iremos a Asiut y pasaremos allí la noche. Por la mañana visitaré al general y solicitaré su ayuda. ¿Permitiría usted que algunos de sus soldados se quedaran aquí y vigilaran el orfanato en nuestra ausencia?

—Ciertamente —replicó el sargento—. Y ahora, ¿qué hay de esa taza de té antes de marcharnos?

Hicieron falta un par de horas para congregarse a todos los niños, con ropa, comida y suministros para su estancia en Asiut. Lillian proyectaba pedir al hospital que albergara esa noche a las niñas y bebés, y al colegio estadounidense que acogiera a los niños mayores.

Con un corazón acongojado, Lillian se encaminó hacia la ciudad, llevando en brazos a Leila, una de las niñas más pequeñas. Hubo que caminar como una hora por la carretera para cruzar el puente sobre el Nilo y entrar en Asiut. Los niños mayores sabían por qué estaban haciendo la caminata, y comenzaron a sollozar antes de cruzar la verja del orfanato. A los pocos minutos, sollozaba toda la columna de niños, y también la portera del orfanato y las viudas. Lillian estaba emocionalmente exhausta, sus mejillas humedecidas.

—Señor, ¿cómo puede ser esto? —oró mientras caminaba— ¿Me has guiado a cuidar de esta gente por nueve años para permitir que se me ordene abandonarla? De seguro sabes cuánto estos niños significan para mí.

Miró a Leila cómodamente acurrucada en sus brazos. ¿Cómo puede ser que hiciera sólo un mes que se presentaran en el orfanato con la niña? Un vecino le contó que volviendo de la ciudad, cuando cruzaba el gran puente sobre el Nilo, vio a un ciego que se disponía a arrojar a la niña al río. El vecino corrió, le arrebató la niña y le dijo: «Hombre perverso, no debe arrojar a esa criatura al agua». Y el ciego le respondió: «No tengo dónde ponerla. Y puesto que me ha detenido, puede quedársela».

Leila prosperaba ahora y tenía un futuro asegurado —o al menos así fue hasta que el general británico ordenara salir a Lillian.

Ella ponderó cuán irónico sería que, después de haber andado tantas veces peligrosamente escasos de dinero y de comida, fuera el gobierno británico el responsable del cierre del orfanato.

La columna sollozante llegó a Asiut y Lillian repartió a todos en lugares donde pernoctar. Ella se quedó en el hospital con las niñas y los bebés para pasar la peor noche de su vida. Nada que antes hubiera experimentado se asemejaba a la angustia de saber que por la mañana podían separarla de sus niños. Fue como la pérdida y muerte de Fareida multiplicada 107 veces.

El lloriqueo de los niños no permitió dormir a nadie, aunque Lillian sabía que de ninguna manera

hubiera podido dormir. Lloró hasta imaginar que se estaba volviendo loca. Pero a eso de las tres de la madrugada, sintió una calma posarse sobre ella. Echada sobre un catre, su mente pudo por fin relajarse.

—Señor, ¿quieres decirme algo? —oró.

Una pregunta acudió a su mente. *Si tienes que salir, ¿por qué ha de ser a El Cairo?*

*Si no es a El Cairo, ¿entonces dónde?* —repuso.

Tuvo un segundo pensamiento. *¿Por qué no volver a los Estados Unidos? No hay nada que puedas hacer en El Cairo. Si regresas a América, podrás levantar fondos para el orfanato y conseguir que más cristianos oren por ti.*

Lillian se incorporó entusiasmada. Diez minutos antes había llorado desconsoladamente ante la perspectiva de separarse de sus niños. Ahora sentía que Dios tenía una razón para su salida. ¡Que diferencia suponía! Sonrió para sí: «Si Señor. Si tú me envías, volveré de buena gana a los Estados Unidos».

De pronto la imaginación de Lillian se llenó de planes. Era como si en lo íntimo hubiera estado pensando en ello en las últimas semanas. No había necesidad de que el orfanato cerrara por el hecho de que ella se ausentara. Aún podía jugar un papel vital asumiendo la responsabilidad de suministrar dinero al orfanato, como lo había hecho durante nueve años. Su fiel asistente Zaqueo Nashid podría fácilmente encargarse de la logística diaria, y Oma, una de sus viudas más capaces y dignas de confianza, podría encargarse de los niños.

A la mañana siguiente Lillian fue a ver al general. Aunque defendió su caso, no se sorprendió de que él

lo desestimara. Se convenció definitivamente de que Dios quería que fuera a los Estados Unidos.

Sin embargo, no fue una tarea fácil despedirse de los niños y subir a bordo del *Victoria*, vapor que cubría la travesía fluvial hasta El Cairo. Ella sabía que los niños habían pactado los unos con los otros no llorar para que el separarse de su mamá no resultara aún más angustioso. No obstante, los labios de los niños temblaron y las lágrimas afloraron cuando Lillian besó a todos para despedirse y prometerles que volvería lo antes que pudiera.

Lillian subió la escalerilla del barco con muchos otros extranjeros. Muchos de ellos cargaban maletas y paquetes pesados, pero no Lillian. Lo único que llevaba era una bolsa marrón desgastada, la misma con la que había llegado a Egipto nueve años antes. Y la bolsa ni siquiera estaba llena. Lo único que contenía era una muda, una Biblia, una pluma y papel para escribir. Estos artículos constituían prácticamente todas sus posesiones.

Desde El Cairo Lillian viajó a Alejandría, donde se embarcó en un vapor rumbo a Nueva York. La travesía por el mar Mediterráneo y el océano Atlántico transcurrió velozmente y seis semanas después de salir de Asiut, Lillian volvió a pisar suelo estadounidense. Realmente, se sintió como una extranjera. Tanto habían cambiado las cosas en los años que había estado ausente. Los vestidos eran más cortos, con cinturas más bajas y sin mangas. Los autos corrían por todas partes, atascando calles de ciudades y los jóvenes escuchaban música que sólo se podía calificar de alegre y desenfadada. Los rostros

juveniles recordaron a Lillian que ya no era tan joven, sino una misionera de treinta y un años con más de cien personas a su cargo.

Después de una breve estancia en la ciudad de Nueva York visitando amigos, se dirigió hacia California para visitar a Jennie. Jennie era la única persona en los Estados Unidos que entendía el estilo de vida que Lillian había escogido. Después de la muerte de su padre, su madre, de setenta y un años, se había trasladado a vivir con ella. Las tres disfrutaron de un encuentro maravilloso.

A la semana de estar en casa de su hermana, Lillian fue invitada a una iglesia de las Asambleas de Dios, la denominación pentecostal fundada cinco años antes, en 1914. Nada más franquear la puerta de la iglesia, se sintió como en casa. La mayor parte de los feligreses eran agricultores o trabajadores. La gran vitalidad que exhibían y su completa confianza en Dios la atrajeron como un imán. Poco después Lillian se adhirió a esa denominación, hizo una gira por el país para dar a conocer su obra y visitó muchas iglesias de las Asambleas de Dios.

Aunque los líderes de la denominación dejaron claro que no podían asumir la carga económica del orfanato, muchas personas dieron lo que pudieron para ayudarla. Además, el Consejo Misionero Femenino prometió recoger ropa usada y enviarla a los huérfanos. Otras personas prometieron orar por Lillian todos los días. Para ella la oración era tan importante como los bienes materiales que se le ofrecían.

Durante su gira por el país, Lillian pudo enviar regularmente fondos a Egipto, y cuando la gira tocó

a su fin, también metió una pequeña suma de dinero en una cuenta bancaria.

Lillian se mantuvo en contacto por correo con Zaqueo Nashid. En la primavera de 1920 decidió que había llegado el momento de volver a su casa de Egipto. La situación política del país se había calmado y se permitía el regreso de los extranjeros a Asiut.

El día que Lillian volvió a pasar por las puertas del orfanato fue maravilloso. Los niños chillaron encantados cuando la reconocieron. Ella se lanzó a repartir besos y abrazos. Algunos niños la esquivaron levemente. Eran los nuevos huérfanos que sólo habían oído rumores de su «mamá» legendaria.

Zaqueo y Oma hicieron una excelente labor en ausencia de Lillian. La esperaban barriles llenos de ropa y mantas, regalo de sus nuevos amigos en los Estados Unidos.

Los dormitorios estaban tan abarrotados que en algunos casos tenían que dormir cuatro niños en una cama.

Lillian se preparó para construir otro dormitorio. Los niños mayores hicieron los adobes como en los primeros tiempos y también ayudaron a los albañiles profesionales a realizar su trabajo. Todo ello ayudó a reducir costes de construcción. Tan pronto como se completó el nuevo dormitorio se llenó de niños y se empezó a proyectar otro.

Por esa época Lillian, o mamá Trasher, como todo el mundo la llamaba, era bien conocida en Egipto. En 1921, vino a visitarla el sultán. Ciento cincuenta niños vivían ya en el orfanato. Quedó tan impresionado con ellos que donó mil quinientas libras a Lillian

para que las empleara a su discreción. El dinero fue directamente a los fondos dedicados a la construcción. Lillian ensanchó su visión para añadir talleres de oficios para los varones, y poco a poco se edificaron carpinterías y talleres metalúrgicos dotados de la maquinaria más moderna. Algunos niños mayores llegaron a ser competentes para asumir muchos proyectos de mantenimiento del orfanato.

Dado que la situación política en Egipto era más estable, los turistas ingleses y estadounidenses empezaron a afluir poco a poco al país. Deseaban ver las pirámides, las esfinges y las tumbas faraónicas. Felizmente para Lillian, muchos hacían giras de placer en barcos por el Nilo hasta Luxor. Los nuevos barcos de turistas siempre hacían escala en Asiut para repostar. A los pasajeros se les animaba a desembarcar y pasear por la ciudad. Después de ver pasar varios de estos tours por allí, a Lillian se le ocurrió la idea de imprimir folletos para invitar a los turistas a visitar el mayor orfanato de Egipto. Muchos aceptaban la oferta y Lillian hizo muchos amigos que prometieron apoyar al orfanato de una manera o de otra.

La obra siguió creciendo hasta que en 1924 llegaron a alojarse trescientos niños en el orfanato. Costaba unos mil dólares al mes alimentar y vestir a todos ellos. Para ayudar a sufragar algunos gastos, las niñas mayores cosían ropa para los niños. Lillian insistía en cortar ella misma las piezas de tela. Ésta era cara, pero Lillian sabía cómo obtener el mayor número de prendas de cada rollo. Las mujeres de las Asambleas de Dios en los Estados Unidos también cosían ropa para los niños y la enviaban por barco a Asiut.

Por esa época, cada centímetro cuadrado de terreno disponible ya había sido edificado. Lillian empezó a orar diligentemente por fondos para adquirir la propiedad que lindaba por el sur con el orfanato. La tierra era fértil. Lillian se imaginó niños trabajando en el huerto y vacas paciendo en la pradera. ¡Cuán maravilloso sería contar con una provisión diaria de leche fresca para los pequeños!

La respuesta a su oración llegó de un modo inusitado. Varias familias egipcias acaudaladas se enteraron de la necesidad y recaudaron dos mil seiscientas libras entre todas ellas. Emplearon el dinero para comprar una hectárea de terreno. Cuando presentaron la escritura de propiedad a Lillian, ésta se emocionó y no pudo decir nada. Cada centímetro cuadrado de terreno representaba una oportunidad de recibir más niños menesterosos en el orfanato.

Una vez más, Lillian se lanzó a recaudar dinero para comprar ladrillos y pagar a los albañiles la construcción de nuevos dormitorios.

A medida que el orfanato siguió creciendo, también lo hizo la necesidad de recibir más dinero para cubrir los gastos operativos. Para recaudar ese dinero, Lillian solía salir en su asno a visitar familias acaudaladas. Presentaba la obra del orfanato y preguntaba a cada familia si estaba dispuesta a prestar una contribución económica.

Un día en particular Lillian necesitaba setenta y cinco libras para cubrir varias necesidades. Como de costumbre, se montó en su asno por la mañana temprano y cabalgó para visitar a una familia rica que vivía en las afueras de Asiut. Cuando Lillian llegó a la

casa, le dijeron que el dueño aún no se había levantado. Entonces decidió volver al mediodía. Cuando llegó por segunda vez, le dijeron que el hombre había salido. A las tres de la tarde regresó por tercera vez. En esta ocasión le dijeron que el hombre se hallaba demasiado ocupado para recibirla en ese momento. Lillian resolvió esperar hasta que el hombre pudiera recibirla. Una criada la invitó al salón y se sentó en una silla de madera de respaldo vertical.

Después de una hora el hombre aún no la había recibido, y Lillian sintió que su estado de ánimo se desinflaba. Entonces una de las criadas de la casa cruzó el salón, miró a Lillian y le dijo: «si yo tuviera el dinero, le daría lo que necesita».

Cuando la criada desapareció, Lillian cayó en la cuenta de que no era bienvenida en aquella casa y que en vez de estar ocupado, el dueño sólo la estaba evitando. Un sentido de abandono se apoderó de ella y empezó a llorar. En su desesperanza se puso de rodillas al lado de la silla.

—Señor, ya no puedo seguir haciendo esto —oró—. Cuidaré de los niños. Tú proveerás el dinero. No puedo ir por ahí con el asno pidiendo dinero y aún tener energía para cuidar a los niños.

Dejó de gemir y permaneció de rodillas varios minutos. Después añadió la oración:

—Señor, por favor, envíame setenta y cinco libras hoy. Así sabré que has oído mi clamor y que estoy andando en tu voluntad.

Dicho esto, Lillian se puso de pie, abandonó la casa del rico y se dirigió al orfanato con su asno. Cuando llegó, le dijeron que en su ausencia una

amiga egipcia había ido a visitarla. Al no encontrarla allí, la amiga dejó a Oma una nota y un pequeño recipiente para Lillian.

Leyó la nota. Explicaba que la hija de su amiga se había comprometido y que la familia quería compartir su alegría con ella. Abrió el recipiente que acompañaba a la nota. Dentro encontró un fajo de billetes de libra. ¡Los contó y descubrió que contenía, no setenta y cinco, sino doscientas libras!

—Gracias Señor —oró—. No volveré a salir con el asno a pedir dinero. Dedicaré mi tiempo a cuidar de los niños y confiaré en tu provisión para alimentarlos, vestirlos y educarlos.



## Bendiciones inesperadas

Lillian oyó la estridente bocina de un lujoso vapor en el Nilo. Recogió instintivamente un puñado de folletos explicativos del orfanato y se fue a la ciudad. Halló el barco atracado en el muelle. Subió a bordo y empezó a repartirlos.

—Vengan a visitar el orfanato más grande de Egipto, sostenido por fe —decía Lillian a la gente.

Nadie parecía interesarse gran cosa, de manera que se acercó a una mesa de cubierta, a cuyo alrededor estaba sentado un grupo de personas tomando té. Una vez más invitó a la gente a visitar el orfanato. Nadie le dirigió la palabra ni siquiera le prestaron atención. Repitió su invitación. En esta ocasión un joven sentado cerca de donde estaba Lillian giró la cabeza, fijó sus ojos en ella, y le soltó el humo de su cigarrillo.

—Estoy de vacaciones. Lo último que quisiera hacer es visitar un grupo de huérfanos —dijo irritado y se volvió hacia la mesa.

Lillian oyó una risita de desprecio en torno a la mesa. Se alejó. En todo el tiempo que había visitado barcos e invitado gente a visitar el orfanato, nunca había sido tratada con tanta dureza. Presa del desánimo, Lillian anduvo por la cubierta, dudando que alguien a bordo se interesara en visitar el orfanato. Estaba a punto de tirar la toalla cuando oyó una voz a sus espaldas.

—¿Me puede mostrar un folleto? —preguntó la voz.

Lillian se volvió y se encontró con una joven hermosa y pelirroja. Su rostro era acogedor y estimulante. Dibujó una sonrisa en la comisura de sus labios y de sus ojos al recibir el folleto.

La mujer lo leyó rápidamente y dijo a Lillian:

—Soy lady Inskip, de Escocia. Me gustaría mucho ver su orfanato. ¿Podría visitarlo esta tarde?

—Será muy bienvenida —repuso Lillian devolviendo la sonrisa.

Lillian pasó el resto del día limpiando y ordenando, y a primera hora de la tarde todo estaba arreglado. Poco después de las siete se oyó que llamaban a la puerta. Era lady Inskip. La acompañaba un hombre como unos treinta años mayor que ella, con una pelambre del mismo rubio pelirrojo.

—Buenas tardes señorita Trasher —dijo lady Inskip—. Permítame presentarle a mi padre, lord Maclay.

Lillian extendió la mano y saludó al hombre antes de invitarles a entrar. No estaba acostumbrada a tratar visitantes de la nobleza y no sabía cómo dirigirse a ellos.

—Querida señorita Trasher puede dirigirse a mí como le plazca —dijo lord Maclay—. Cualquier título que yo pueda tener es insignificante comparado con la nobleza de su carácter y de su obra.

Lillian se ruborizó con aquel cumplido.

Mostró orgullosa el orfanato a sus insignes huéspedes. Les produjo una honda impresión todo lo que estaba haciendo y, antes de despedirse, lord Maclay le entregó veinte libras y le prometió que haría lo que pudiese para sostener su obra. Y se mantuvo fiel a su palabra. Cuando el vapor llegó a El Cairo, después de zarpar de Asiut, Lord Maclay envió otras cien libras a Lillian para sostener su obra en favor de los huérfanos. Ella rebosó de gozo.

No mucho después que lord Maclay y lady Inskip visitaran el orfanato, un grupo de acaudaladas mujeres egipcias se volvieron a juntar. Esta vez no fue para adquirir terreno, sino para comprar un automóvil nuevo para Lillian. No tardó mucho en aprender a conducirlo y pronto el auto pasó a ser un objeto familiar de Asiut y sus aldeas circundantes. Los días de montar en borrico eran cosa del pasado. Lillian disponía ahora de un cómodo asiento de cuero para viajar, no el huesudo lomo de un animal de carga.

De una manera u otra, el dinero fue entrando para mantener el funcionamiento del orfanato. En cierta ocasión vino de visita un egipcio acaudalado. Era un martes por la mañana; el hombre había oído hablar de la obra de Lillian en favor de los huérfanos y quiso él mismo examinarla. Después de una visita rutinaria, preguntó a Lillian dónde se almacenaba la comida.

—Cuando la tenemos la guardamos en la despensa que hay detrás de la cocina —respondió ella—, pero por el momento está vacía.

—¿Quiere decir que no tienen alimento para mañana? —farfulló el hombre.

—Así es —repuso Lillian.

—¡Qué terrible! —exclamó él—. ¿Podrá dormir esta noche?

Una de las niñas mayores que oyó la conversación se echó a reír.

El hombre trató de confrontarla.

—Jovencita, esto no es un chiste. Ella dice que no hay comida para mañana y hay cientos de bocas que alimentar.

La adolescente respondió: «Bueno, mamá nunca tiene comida para mañana y no por eso pierde el sueño».

—¿Es eso cierto? —preguntó el hombre— ¿Le ha sucedido alguna vez? —se detuvo un momento para estudiar el semblante de Lillian— ¿Qué va a hacer si no recibe dinero para comprar comida?

Lillian sonrió. Cuán maravilloso era decir a la gente que Dios proveía para ellos, y también mostrárselo.

—En todos los años que el orfanato ha estado operando, los niños nunca han echado en falta una comida —dijo ella—. Ciertamente ha habido tiempos en los que nuestra fe ha sido probada, pero Dios nunca nos ha fallado y no espero que nos falle ahora.

Lillian vio cómo el visitante trataba de asimilar lo que le acababa de decir. Ella sabía que era asombroso —una sola extranjera manteniendo a más de quinientos niños y viudas sin una fuente regular de

ingresos. Se recordó a sí misma que sin Dios aquello era totalmente ridículo.

A la mañana siguiente temprano, el hombre regresó a visitar a Lillian.

—Ayer cuando me marché —dijo él— fui a hacer un negocio a una población cercana. Comenté a mi colega dónde había estado de visita y que venía precisamente de allí. Él me entregó esto y me pidió que se lo diera la próxima vez que la viese.

Con una mirada de incredulidad, el hombre sacó cien libras de su bolsillo.

—Supongo que al menos tendrá comida para otro día —Lillian sonrió.

—El Señor alimenta a los gorriones y viste a los lirios del campo, y se preocupa de los huérfanos y las viudas.

—No lo puedo poner en duda —replicó el hombre—; es extraordinario, ciertamente extraordinario.

Dos semanas después volvió a ser probada la fe de Lillian. Esta vez por una viuda que se presentó a las puertas del orfanato. Se llamaba Toffa. Lillian la saludó y supo que había caminado seis kilómetros y medio con tres niños para llegar allí. Estaba parcialmente ciega y embarazada con su cuarto hijo.

—Mi marido lleva ocho meses desempleado —dijo a Lillian—, y no tenemos nada que comer. ¿Puede, por favor, ayudarnos?

Compadecida de esta mujer desesperada, Lillian le dio cinco libras de los fondos del orfanato, una docena de panes, algo de arroz, azúcar y seis pastillas de jabón. Luego montó a Toffa y sus hijos en el auto y los llevó hasta la ciudad, donde les compró

tomates, patatas, mantequilla y varias libras de carne. Después les acercó a su desvencijada cabaña en las afueras de la ciudad.

De vuelta a casa Lillian se detuvo en una tienda de ultramarinos de Asiut para comprar algunas cosas que hacían falta en el orfanato. Le dijo a la dependienta que necesitaba un cesto de arroz y una caja de azúcar. Antes que la dependienta fuera a buscar los artículos solicitados, el señor Badeer, propietario del negocio, salió de la trastienda.

—Póngale un saco del mejor arroz, una caja grande de azúcar y cien libras de jabón —instruyó a la dependienta.

—No, no —dijo Lillian—. No puedo comprar todo eso, y además, no necesito el jabón.

—Tómelo. Es un regalo para usted. Guárdelo hasta que lo necesite —dijo el señor Badeer.

—Gracias por su generosidad y que Dios le bendiga —dijo Lillian al despedirse.

Mientras conducía hacia el orfanato, Lillian dio gracias a Dios por suplir para ellos. Había dado a Toffa varios puñados de arroz, y ahora tenía todo un saco de la mejor calidad. Había dado varias libras de azúcar y ahora tenía la caja más grande que el señor Badeer tenía en la tienda. Y había dado a Toffa seis pastillas de jabón y ahora tenía cien libras de lo mismo.

Por si eso no hubiera sido suficiente, esa misma tarde el doctor Aziz, un amigo de Asiut llegó para hacer entrega de cincuenta libras que un rico comerciante le había donado para el orfanato. Lillian había dado a Toffa cinco libras y ahora tenía cincuenta con que reemplazarlas.

No mucho después de este incidente, otra persona llegó al orfanato. Esta vez fue un anciano que Lillian nunca había visto. Por su aspecto ella supuso que era muy pobre. Llegó cuando Lillian estaba ocupada mostrando el orfanato a un grupo de turistas de Thomas Cook, de gira por el Nilo. Mientras ella les acompañaba, oraba silenciosamente que Dios tocara sus corazones para que dieran algún donativo al orfanato, ya que éste se encontraba, una vez más, escaso de fondos.

Cuando Lillian vio al anciano, dejó el grupo por un momento y fue a invitarle para que pasara y se sentara.

—No, no ahora —dijo él—, veo que está ocupada.

Lillian le dejó ante la puerta de la verja y siguió atendiendo a los turistas. Cuando éstos se fueron dieron las gracias y donaron trece libras al orfanato. Aunque ella estaba muy agradecida sabía que con eso no llegaría muy lejos.

Lillian volvió al edificio principal y el anciano se acercó para saludarla.

—Pase —le dijo—. ¿Le gustaría tomar un té conmigo?

El anciano aceptó y entró en el salón. Después de sentarse, el hombre extendió tímidamente a Lillian un billete arrugado. ¡Eran cincuenta libras! Esto es para su orfanato —dijo.

Lillian tuvo que contenerse para no reír en voz alta pensando que los ricos turistas habían dado trece libras y este pobre anciano egipcio casi cuatro veces más. *¡Los caminos de Dios no son los nuestros!* Lillian rió para sí.

En la noche del 7 de abril de 1927, un suceso insólito tuvo lugar en el orfanato. Lillian había convocado a los niños y las viudas para el acostumbrado tiempo de devoción, en el que leían la Biblia y después oraban. Leyó un pasaje y cuando les estaba explicando su significado notó resuellos y sollozos en la sala. De pronto los niños empezaron a ponerse de rodillas y a confesar a Dios sus pecados en voz alta, a pedir perdón y renovación interior. La oración y la confesión anegaron a Lillian.

La reunión se alargó hasta bien entrada la noche y cuando los niños fueron enviados a la cama, siguieron orando en grupos en sus dormitorios o solos en sus camas. Al día siguiente hubo más oración y confesión de pecado. Este patrón se repitió por cinco días, y en ese tiempo la vida de muchos niños cambió completamente. Unos niños pidieron perdón a otros por la manera en que les habían tratado, y un amor y una aceptación renovados se arraigaron en el orfanato.

No contentos con quedarse en el orfanato y disfrutar la maravillosa experiencia, los niños pidieron permiso para ir a Asiut y a la campiña colindante para compartir con otros lo que les había sucedido. Lillian accedió y muchos aldeanos nativos oyeron el mensaje del evangelio predicado por niños. El gozo de los niños era contagioso, y a raíz de ello, mucha gente se hizo cristiana.

Lillian había sacrificado mucho para cuidar de las necesidades físicas del orfanato y le encantó lo que estaba aconteciendo. Sus años de súplica por los niños y de compartirles el mensaje del evangelio

estaban dando fruto. En una carta enviada a los Estados Unidos, escribió: «Tengo noticias extraordinarias que contarles. Dios nos ha concedido uno de los avivamientos más maravillosos que he visto en toda mi vida. Su poder está barriendo el orfanato como una gran inundación, como un fuego terrible, o como me imagino que será el gran Día del Juicio. Cientos de niños se inclinan ante Dios pidiéndole misericordia, otros gritan de alegría y se regocijan en esta nueva y maravillosa bendición.



## Bendición y pérdida

Era el día de Acción de Gracias, en noviembre de 1930. Lillian estaba sentada ante la mesa de su despacho intentando recordar lo que ese día había representado para ella en los Estados Unidos. Todo parecía un sueño lejano. Su corazón pertenecía a Egipto; pensaba incluso en árabe casi todo el tiempo. Con corazón liviano tomó su pluma y comenzó a escribir un boletín para enviar a las iglesias de las Asambleas de Dios.

No sólo nos envía Dios muchas veces ayuda, sino la cosa precisa que necesitamos. Hace dos semanas, la señora encargada de atender a los niños pequeños vino a decirme que los colchones estaban rotos y tan desgastados que algunos niños casi dormían sobre los muelles. Yo le dije que lo

lamentaba en gran manera, pero que no tenía dinero y que pensaba que habíamos usado todo el algodón del último año. Le dije que tendrían que orar a Dios para pedirle ayuda. Pedí que llamaran a la mujer encargada de las camas. Mientras las tres hablábamos del asunto, y ésta comentaba que no había sobrado ni un gramo de algodón el año pasado, miré por la ventana y vi que se aproximaba un camión cargado de sacos de algodón (valían unos cincuenta dólares), un regalo para el orfanato.

Para animarse a sí misma y al personal del orfanato a través de los muchos tiempos difíciles, Lillian solía citar el versículo: «Hasta aquí nos ayudó el Señor». De alguna manera las cosas que más necesitaban los huérfanos siempre llegaban en el momento preciso. Tres días después de empezar a escribir el boletín, Lillian añadió otro párrafo.

Algunas niñas acudieron a la mujer encargada del jabón, a pedirle su porción. La mujer les dijo: «No tenemos nada». El mismo día la madre de esa mujer, que estaba enferma, había enviado a pedir un poco de arroz. Sólo quedaban unos cuantos puñados en la despensa. A eso de las cinco de la tarde llegó un auto lleno de toda clase de artículos, grandes y pequeños. Traía seis tarros de cinco galones de mantequilla, seis quesos, un saco grande de jabón, un saco de arroz, dos cajas y media de azúcar y muchas otras cosas menudas, por un valor, quizá de cien dólares en total. Una mujer había fallecido hacía cuatro meses y antes de su muerte había pedido a su familia que enviara al orfanato las cosas que tenía en su despensa.

Estas provisiones fueron mucho más preciosas a medida que el dinero y las provisiones procedentes de los Estados Unidos comenzaron a menguar. El mundo estaba paralizado por la Gran Depresión y el dinero escaseaba por todas partes. Al mismo tiempo, más niños que nunca llegaban al orfanato. Lillian quedó especialmente prendada de uno de esos niños, un recién nacido que fue encontrado cerca de la vía férrea una mañana muy fría. Al parecer, el niño había estado a la intemperie toda la noche, desnudo y solo. Un carpintero del colegio estadounidense en Asiut le había encontrado cuando iba al trabajo. Tan pronto como Lillian oyó hablar de él, instó al carpintero a traérselo directamente a ella. El niño llegó al orfanato a las ocho en punto de la mañana, aún desnudo, pero envuelto en un viejo saco de salvado. Estaba lleno de arena y suciedad por haber soportado al raso una noche fría y ventosa.

Lillian echó un vistazo al niño con ojo avizor y experimentado y supo que no habría vivido más de doce horas. Sabía que tenía que calentar su cuerpecito para que sobreviviera. Derramó tres cazuelas grandes de agua caliente en un baño y se puso a lavarlo y a calentarlo al mismo tiempo. Le quitó la arena y la suciedad y su cuerpo se relajó mientras Lillian le cantaba suavemente.

—Creo que te vamos a llamar Faheem abd Allá —le dijo mientras lo bañaba. Eso significa «Entendimiento, siervo de Dios».

Cuando toda la arena hubo caído al fondo del baño, Lillian sacó a Faheem del agua con cuidado, lo secó y le vistió. Llenó dos botellas de agua caliente y las metió debajo de la manta para mantenerle en calor. Después

le dio un biberón de leche caliente. Aunque Faheem había tenido un duro comienzo en la vida, prosperó desde el primer día que pasó en el orfanato. Lillian estaba encantada de verle crecer sano y feliz.

A medida que la depresión se alargaba, Lillian seguía asombrándose de cómo sobrevivía el orfanato. En 1927 los ingresos anuales del orfanato ascendieron a casi veinticinco mil dólares. En 1933 descendieron a menos de quince mil. Pero ese año no fue la disminución económica la mayor preocupación de Lillian, sino algo mucho peor.

A principios de Junio Lillian recibió noticias escabrosas de Port Said, donde estaba ubicado un orfanato sueco. Un misionero de este orfanato había azotado a una de las huérfanas a su cuidado, una niña de ocho años. La niña huyó y notificó los azotes a la policía. Ella dijo a la policía que había sido azotada por rehusar hacerse cristiana.

En pocas horas la acusación fue tema de conversación en todo Egipto. La gente se preguntaba «¿cómo se puede confiar la educación de niños musulmanes a los cristianos? ¿No merecen los niños musulmanes estar en orfanatos donde se les enseñe su propia fe?»

El misionero sueco fue expulsado de Egipto, pero eso no bastó para satisfacer a muchos musulmanes. Exigieron que *todos* los niños musulmanes fueran arrebatados a los cristianos y puestos en orfanatos musulmanes. Peor aún, algunos líderes musulmanes fomentaron maneras de molestar a los misioneros de tradición cristiana copta, que trabajaban en Egipto, esperando con ello expulsar a todos los misioneros del país.

Poco tiempo después Lillian recibió la visita que había estado temiendo. Un funcionario del gobierno se presentó a la puerta. Lillian le invitó a entrar, y él fue directamente al grano.

—¿Tienen aquí una niña que se llama Paulina? —preguntó.

—Sí —respondió Lillian—. Tenemos una Paulina que tiene veintidós años. ¿Se refiere a ella?

El funcionario asintió.

—El gobernador tiene un informe que asegura que usted paga a Paulina y a su hermana pequeña un dólar y cincuenta centavos al mes para convertirla a la fe cristiana. Creemos que ha llegado incluso a bautizarla. ¿Tiene algo que decir al respecto?

Lillian se llevó las manos a la espalda para que el funcionario no viera cuánto le temblaban. Tomó aliento e intentó explicar la situación de Paulina.

—Ella vino a nosotros cuando tenía cuatro años. Un soldado se la encontró andando por el desierto y la llevó al hospital estadounidense. Cuando tenía seis, huyó del hospital y vino aquí. Yo telefoné al hospital y les dije dónde estaba, pero ellos me dijeron que me la podía quedar si lo deseaba. No estaba enferma, y, en realidad, ése no era su sitio. Se adaptó muy bien aquí desde el principio, y nosotros no teníamos ni idea si era copta o musulmana. Cuando tenía catorce años pidió ser bautizada y así lo hicimos.

Lillian hizo una pausa y elevó una rápida oración. *Señor, por favor, ayuda a este hombre a oír lo que le estoy diciendo. La vida de setenta de mis niños depende de ello* —siguió hablando con el funcionario.

—Hace un año Paulina quiso conocer a su familia, entonces hice algunas investigaciones y pudimos encontrarla. Era una familia musulmana. El padre había muerto, pero la madre aún vivía y Paulina tenía varios hermanos y hermanas. Todos eran muy pobres, por eso la madre nos pidió si podíamos recibir otra hija suya, Miriam, en el orfanato y criarla de la misma manera que habíamos criado a Paulina. La aceptamos, y Paulina nos pidió que pusieramos a su madre en una lista de beneficencia que tenemos en el orfanato. Todos los meses damos pequeñas cantidades de dinero a muchas viudas y ancianos. Decidimos asignar a la madre de Paulina un dólar cincuenta para ayudarla a dar de comer a sus otros hijos. No hay condiciones atadas a ese dinero.

Después de explicar la situación lo mejor que pudo, Lillian escrutó el rostro del funcionario. Era imposible saber si simpatizaba o no con su causa, o si había creído en ella.

—Tendré que ver la lista de beneficencia y notificaré lo que usted ha dicho al gobernador —replicó el funcionario.

¿Entonces qué? —preguntó Lillian— Él se encojió de hombros.

—Entonces veremos lo que dice el gobernador.

Las tensiones siguieron aumentando en las dos semanas siguientes. Los musulmanes recolectaron miles de dólares para construir otros orfanatos para que sus huérfanos no tuvieran que ingresar en centros cristianos. En medio de ese hervidero, algunas iglesias fueron asaltadas, predicadores golpeados y un convento fue parcialmente destruido. Mientras

tanto el gobernador envió varios funcionarios a examinar el libro mayor e interrogar a los niños. Preguntaron a las viudas y al personal y se llevaron copias de todos los folletos que Lillian había producido.

Finalmente, el 5 de julio, el gobernador envió a buscar a Lillian. Las noticias no fueron buenas. Aunque le dio las gracias por el trabajo realizado, había tomado una decisión: todos los niños musulmanes que hubiera en el orfanato debían salir del mismo en un plazo de diez días. Lillian tembló al oír la noticia. ¡Setenta niños le serían arrebatados de golpe! Era más de lo que podía soportar.

Diez días después los funcionarios del gobierno llegaron para llevarse a los niños musulmanes. Lillian vio con impotencia y con corazón quebrantado cómo los niños subían a dos autobuses. Muchos de ellos abandonaban la única casa que habían conocido.

Para irritación de los funcionarios, Lillian insistió en despedirse besando a cada uno de los niños. Hennana, niña ciega de seis años, con una pierna y un brazo torcidos, fue acompañada al autobús. Había estado en el orfanato desde después de su nacimiento, y a Lillian le disgustaba profundamente que se la llevaran porque la niña necesitaba cuidados especiales. Cuando se inclinó para besarla, un funcionario apartó un poco a Lillian.

—¿Por qué la besa? Mírela. ¿Para qué sirve? Puede quedársela —dijo el funcionario con ceño fruncido.

—Gracias —dijo Lillian cortésmente apartando a Hennana de la cola de niños guiados a los autobuses. Al mismo tiempo susurró una oración de acción de gracias a Dios. Estaba segura de que el funcionario había

intentado insultarla dejando allí a Hennana, pero, en realidad, era la criatura más necesitada, y por tanto, la niña que Lillian habría escogido que se quedara si se le hubiera ofrecido la oportunidad de escoger.

Como Paulina ya había alcanzado la edad adulta legal también se le permitió quedarse. Ella y Lillian vieron, una junto a la otra, con lágrimas en los ojos, los autobuses alejarse del orfanato.

Aunque los niños musulmanes ya no estaban, tanto lloraron por la ausencia de su «mamá» que los funcionarios tuvieron que pedir a Lillian que los visitara y les calmara. Le rompía el corazón verles tan tristes, pero hizo lo que pudo para consolarlos y les prometió que cuando fueran bastante mayores y salieran del orfanato musulmán, podrían visitarla en Aslut.

Además del disgusto por la pérdida de sus niños, Lillian tuvo también momentos de gozo. Por esa época muchos de los «niños» mayores (algunos ya eran jóvenes varones en sus últimos años adolescentes y primeros de la veintena) salían a los campos circundantes a predicar. Un mes después que se llevaran a los niños, Lillian visitó por primera vez la población de Sheik Soufi. Uno de sus muchachos predicó allí y le pidió consejo para abrir una escuela y una misión. Cuando Lillian llegó a la localidad la condujeron a un edificio en estado ruinoso, con cuatro paredes y un techo hundido.

—¿A quién pertenece esto? —preguntó a un anciano del pueblo.

—Hace mucho tiempo un vecino de este pueblo lo donó como iglesia y un predicador del colegio presbiteriano solía venir todos los domingos por la

mañana. Pero ahora el dueño está muerto y el predicador ya no viene.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —preguntó Lillian.

—Hace unos diecisiete años —respondió otro hombre.

—Bueno, diecisiete años es demasiado tiempo para estar sin la Palabra de Dios —exclamó Lillian. Ella se sentía orgullosa de que uno de sus muchachos fuera a presentar otra vez el evangelio a esta gente y de que ya hubiera un edificio disponible, aunque tuviera necesidad de ser reparado.

De camino a casa, Lillian visitó la localidad de Deir Busra, donde otro de sus muchachos supervisaba la construcción de una escuela de misión.

Lillian desbordaba de gozo viendo que sus niños estaban saliendo evangelistas. Aquella noche escribió en su diario: «Esperamos poner un techo nuevo en la vieja iglesia y abrir allí una escuela y una misión este verano. Cómo deseamos que los niños y niñas de hoy reciban lo que sus padres perdieron hace tanto tiempo».

Cuando los niños musulmanes salieron del orfanato, el número total de niños descendió por primera vez, cayendo de setecientos, a principios de 1933, a seiscientos cincuenta al finalizar el año. En cierto sentido Lillian estaba agradecida de que los niños no hubieran sido reemplazados de inmediato. Siempre había bregado para poner comida en la mesa, y al sufrir los efectos de la depresión, la necesidad de provisión se hizo abrumadora.

Para finales de 1933, Lillian estaba mental y físicamente exhausta. Su presión sanguínea estaba

muy alta, y después de sentirse enferma por dos meses, llegó a un punto en el que no tuvo fuerzas para continuar. Mientras estuvo enferma el orfanato entró en deuda por primera vez. Muchos de los vendedores a los que compraba comida y suministros rehusaron prolongarle el crédito. Incluso la oración le parecía demasiado trabajo para afrontar lo que debía de hacer.

Un día se arrodilló junto a la cama llorando y llegó a una conclusión: los niños—todos los niños—tenían que ser repartidos. Algunos tenían parientes o amigos que les pudieran recibir. Ella rogaba a otras personas que adoptaran al resto. Se dijo a sí misma que no podía soportar ni un día más el esfuerzo que le exigía dirigir el orfanato. Había demasiadas necesidades, y sintió que ya no tenía ni siquiera fuerzas para confiar en la ayuda de Dios.

Una fatigada Lillian se puso de pie y llamó a una de las niñas mayores.

—Ayla, por favor, ¿puedes congrega a todos los niños en el patio y pedir a las viudas que vengan también? Tengo que anunciarles algo».

—Sí mamá—repuso Ayla con una mirada sorprendida, obedeciendo y convocando a todos.

Cuando los niños estuvieron todos sentados en filas bien formadas, los más pequeños delante y los más altos detrás, Lillian salió al patio para hablarles. Al principio, abrió la boca, pero no podía articular ningún sonido. Se aclaró la garganta y lo volvió a intentar. Los niños tenían que oír su decisión.

—Hijos míos, estamos en una situación difícil—comenzó a decir temblando. El jugueteo acostumbrado

cesó y todos los niños guardaron silencio. Nunca le habían oído declarar aquellas palabras. Continuó:

—No hemos tenido bastante dinero últimamente, y somos muchas bocas que alimentar. Por lo tanto, aunque les quiero muchísimo, debo enviarlos fuera de aquí. Irán a vivir con parientes, si tienen alguno, y con amigos si no tienen parientes...

Lillian rompió a lloriquear mirando las caritas que tanto amaba. Muchos de ellos no tenían ni un solo amigo en el mundo fuera del orfanato.

—Si no tienen amigos, bueno, haremos que tengan alguno—hubo un silencio impactante mientras los niños y las viudas asimilaban lo que Lillian les acababa de decir. Intentó suavizar sus palabras.

—Queridos niños, les recogeré de nuevo para que estén conmigo tan pronto como el Señor supla nuestras necesidades.

Entonces, cuando los niños comprendieron lo que su mamá les había dicho, rompieron a llorar, quedamente al principio, pero luego con gran clamor. Lillian dejó de esforzarse, no pudo hablar más y se sumó a ellos.

Súbitamente, un niño pequeño al fondo del patio cayó de rodillas y clamó con todas sus fuerzas:

—Señor, Señor—incluso desde el frente Lillian le oyó claramente suplicar—, Señor, nunca volveré a hacer nada malo. Deja que nos quedemos, por favor, deja que nos quedemos.

Otro niño cayó de rodillas, y luego otro y otro. En un minuto todos los niños estuvieron arrodillados sobre las piedras del pavimento. A duras penas Lillian podía sufrir lo que veía. Estaban haciendo

exactamente lo que le habían visto hacer a ella en tiempos de gran necesidad.

Mientras los niños lloraban y oraban, Lillian no sabía muy bien qué hacer. Como no estaba segura, se puso también de rodillas y oró:

—Señor, ¿y ahora qué?

Después de varios minutos una calma se posó sobre ella. Supo qué debía de hacer. Con nueva resolución, Lillian se levantó e hizo señal a los niños para que guardaran silencio.

—No puedo repartirlos —confesó—. Somos una familia. Si no tenemos, no tenemos, pero nos mantendremos juntos. Todos necesitamos seguir rogando a Dios que supla nuestras necesidades. Quizá sea bueno que también ustedes sepan que vivimos por fe, que Dios suplirá nuestras necesidades si se lo pedimos.

Lillian vio a los niños bailar y abrazarse unos a otros.

—¡No nos marchamos! —gritaban— ¡Dios suplirá nuestras necesidades!

Aquella noche Lillian fue a la cocina para ver qué quedaba para alimentar a todos. Rehusó permitir que su estado de ánimo decayera cuando vio que sólo quedaban unos panes y diez libras de arroz.

—Hierva el arroz con mucha agua, Mai —instruyó a la viuda encargada de la cocina—, y corta las rebanadas de pan en cuatro pedazos. Cada niño podrá tomar un poco de arroz, un poco de agua hervida y la cuarta parte de una rebanada de pan. Los bebés pueden tomar la leche de la vaca.

—¿Y usted qué tomara, mamá? —preguntó Mai. Lillian se encogió de hombros.

—Estaré bien. Da el alimento a los niños.

—Pero usted no ha comido nada desde ayer por la mañana —repuso Mai.

Lillian miró hacia otro lado. ¿Cómo podía ella comer cuando los niños tenían hambre?

—Está bien —dijo—. Esperemos que las oraciones de los niños sean respondidas y que mañana sea un día mejor.



## Agujeros en el desierto

Lillian se despertó a la mañana siguiente presa de un sentimiento de terror. No había dinero ni comida en el orfanato, y aunque había dicho a los niños que se podían quedar, no tenía fuerzas para aferrarse a la fe en aquella situación. Se entregó a las tareas del día sin conciencia de lo que estaba haciendo. A la hora de la comida no había llegado ningún alimento, así que Lillian envió a uno de los niños a la oficina de correos de Asicut.

Todos se juntaron junto a la verja a esperar que regresara el niño. Lillian también. No había manera de disimular que no estuviera en gran necesidad de recibir una carta conteniendo dinero. El niño volvió y le entregó el correo. Lillian barajó las facturas habituales hasta encontrar una carta personal de los Estados Unidos. Con manos temblorosas la abrió.

—Gracias a Dios —Lillian gritó un instante después—, niños sus oraciones han sido contestadas.

—¿Qué es mamá? —preguntaron.

Lillian les mostró un cheque por mil dólares. Cuando los vítores tocaron a su fin, se fijó en el sobre para ver quién lo enviaba. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal al leer el remite: Señorita Lillian Trasher, Asiut, La India. Luego se fijó en el matasellos. La carta había sido enviada directamente a Egipto aun cuando en la dirección pusiera La India. ¿Cómo pudo haber sucedido eso? Sólo podía significar una cosa: un funcionario de la oficina de correo de Kansas, desde donde había sido enviada la carta, leyó la dirección, pero sabía que Lillian realmente vivía en Egipto y le redirigió la carta. *¡Cuán asombroso! Dioses fieles, se dijo a sí misma. Especialmente porque necesitamos el cheque ahora y no un día después.*

Esa misma tarde los niños dieron una ovación a la mamá cuando volvió a casa con sacos de trigo, judías, cebollas y arroz para comer. También trajeron un ternero y los que formaban la familia del orfanato cenaron como reyes aquella noche. Por supuesto, Lillian sabía que los mil dólares durarían sólo tres días, tal vez cinco si se gastaba con cautela y se ponían varias compras necesarias para más adelante. Por ahora bastaba. Tres días sin una crisis era un lujo para la mente cansada de Lillian.

Comenzó a llegar más dinero. Lord Maclay envió un cheque por quinientas libras, y una mujer sudáfrica envió la mitad de su sueldo del mes. Una mujer de la ciudad envió cinco dólares para comprar fruta a los niños y un funcionario de la oficina de

correos pasó a Lillian el salario equivalente a una semana. De una manera u otra los niños fueron alimentados y la idea de repartirlos se desvaneció.

Aunque Lillian solía sentirse fatigada, ya no se sintió derrotada, y se atrevió a pedir a los miembros de las Asambleas de Dios en los Estados Unidos que oraran por sus necesidades específicas. En noviembre de 1935 se sentó a escribirles una carta.

Cuánto necesito sus oraciones. Estos niños son como todos los demás. Algunos están enfermos, otros sanos; algunos son fáciles de llevar, otros me dan muchos problemas y quebraderos de cabeza. Pero todos deben ser enseñados y cuidados. Las buenas madres estadounidenses piensan que tienen las manos llenas cuando tienen que cuidar a cuatro o cinco pequeños, contando con un padre que se encarga de los asuntos monetarios; pero yo tengo casi mil y debo de hacer la labor de madre y padre para todos ellos. Y tengo que escribir cientos de cartas cada semana. Luego tengo que supervisar o hacer el trabajo. ¡Cómo me gusta mi trabajo! Doy gracias a Dios por escogerme a mí y no a otra persona, pero me siento tan cansada... Oren, por favor.

Lillian también les contó en la carta acerca de otro orfanato por «fe».

Uno de mis hijos que crié desde que tenía seis meses, ya ha cumplido 23 años de edad. Ha salido para ayudar al señor Makiel Saleeb en la ciudad de Souhag. El señor Makiel solía ser uno de los

maestros del orfanato. Hace unos seis años el Señor le llamó a abrir un orfanato en Souhag —un orfanato sustentado por «fe»— y es realmente hermoso cómo el Señor lo está bendiciendo. Ya tiene más de 70 niños y un edificio muy bonito, y es el único egipcio que tiene un orfanato sustentado por fe en todo el país.

Al escribir acerca de este orfanato, pensó que su vida formaba parte de una cadena. Cuando era joven, treinta años atrás, había ido a ayudar a Mattie Perry en su orfanato sostenido por fe en Carolina del Norte. Luego había fundado su propio orfanato en Egipto, y ahora uno de sus muchachos había ido a asistir en un nuevo orfanato.

El año siguiente Lillian sintió una vez más que era parte de una cadena que Dios estaba formando por todo el mundo. En esta ocasión, se trató de un orfanato en Escocia. Lord Maclay se había mantenido en contacto con Lillian a lo largo de los años. En febrero de 1936 la telegrafió anunciándole que él y su hija visitarían brevemente El Cairo al mes siguiente. No tendría tiempo para ir a Aslut, pero pidió a Lillian que viniera a visitarles en El Cairo. Lillian hizo los preparativos y partió.

Lord Maclay reservó a Lillian una habitación en un hotel de El Cairo, y los tres se reunieron para comer. Lillian les mostró fotos de los niños que Lord Maclay había visto en su visita al orfanato. Las examinó detenidamente. Luego dijo:

—Señorita Lillian, no tiene ni idea de lo que significó para mí el ver su trabajo. Después de visitar su

orfanato, volví a Escocia y abrí una casa para niños pequeños y ya tenemos treinta bebés en la casa.

Lillian se llevó una gran alegría. ¡Qué sorpresa!, treinta niños en Escocia estaban seguros y bien atendidos como consecuencia de su labor en Egipto.

Pero Lord Maclay aún no había acabado lo que tenía que decir.

—Pero ya está bien de contarle mi vida. Señorita Trasher, ¿hay algo que su orfanato verdaderamente necesite?

Lillian pensó por un momento. Necesitaban tantas cosas, pero ¿cuál era lo más urgente? El invierno se acercaba, todos necesitarían ropa de abrigo, pero hasta la fecha no habían recibido dinero para este menester.

—Podríamos arreglarnos con telas para hacer ropa de invierno —respondió.

—¿Alguna cosa más? —preguntó lord Maclay.

—Siempre necesitamos vacas, carne y otros alimentos básicos —dijo Lillian.

—En ese caso, le voy a entregar cinco mil libras.

Lillian oyó las palabras «cinco mil libras» e inmediatamente comenzó a traducirlas en cosas: ¡rollos de tela, sacos de cebollas, judías, carne, harinal!

Se imaginaba las despensas llenas hasta rebosar y a los niños con ropa nueva para Navidad.

La voz de lord Maclay interrumpió sus pensamientos.

—Le voy a dar este dinero con una condición: debe usar algo para usted misma. Seguro que habrá algo que usted necesite.

Lillian abrió la boca para responder, pero no pudo articular palabra. Entonces rompió a llorar. Hubiera

deseado encontrar las palabras precisas para agradecer a lord Maclay su amabilidad.

Una hora después lord Maclay y su hija subieron a bordo de un vapor rumbo a Escocia, y Lillian emprendió su viaje de regreso al orfanato. Se bajó en Asiut para comprar un ternero para celebrar una fiesta. Cuando llegó a casa, se alegró en extremo de ver comer a los niños todo lo que quisieran. No era frecuente que pudieran repetir.

A la mañana siguiente llamó a la puerta un chico con un telegrama. Pasó a Lillian un trozo de papel que leyó tres veces. Luego cayó de rodillas y se puso a sollozar. Era demasiado. Lord Maclay había decidido donar al orfanato otras veinte mil libras. El dinero podía ser recogido en un banco de Asiut.

Ahora que tenían comida y dinero para muchos días, Lillian se tomó tiempo para descansar. Una doctora amiga suya insistió en que se hiciera un chequeo en el hospital. Lillian no se sorprendió cuando le dijeron que tenía un corazón débil y alta presión arterial, ya que había sufrido dolores de pecho y de cabeza durante meses. No había medicinas eficaces para estas dolencias —sólo bastante descanso, lo cual parecía imposible para alguien con tantas responsabilidades como ella.

Mientras yacía en la cama del hospital pensando en la factura que el ser mamá para tantos huérfanos le había cobrado en su cuerpo, Lillian no cedió a la autocompasión. Sabía que habría dado más si hubiera tenido más que dar. Su andar por fe en Egipto le recordó la fábula que los niños egipcios aprendían en la escuela. Era una historia acerca de un niño

que tuvo que cruzar un vasto desierto. No había surtidores de agua por el camino, por lo que, cuando necesitaba beber, tenía que detenerse y excavar un pozo con sus propias manos. Después de excavar varios pozos, se le abrieron grietas y heridas en las manos, pero continuó. Cuando llegó por fin al otro lado, estaba completamente exhausto.

Un mes más tarde este mismo niño vio a otro salir del desierto. El segundo niño había tomado exactamente la misma ruta que el primero, pero parecía entero y feliz, y traía grandes ramos de flores.

—¿Cómo has podido atravesar el desierto y sentirte tan entero y tan feliz? —le preguntó el primer niño—. ¿Y dónde conseguiste esas flores? Yo no vi ninguna cuando crucé hace tan sólo un mes.

El segundo niño respondió:

—Oh, el camino es hermoso. Hay muchos pozos rebosantes de agua fresca a lo largo de la ruta, y en torno a cada pozo hay flores y arbustos que proporcionan abundante sombra. Fue fácil cruzarlo. ¿No los viste?

El primer niño miró las cicatrices incrustadas en sus manos y sonrió. Supo que su sufrimiento había logrado que el desierto fuera más fácil de atravesar para todos los que le siguiesen.

Como el primer niño del cuento, Lillian se alegró de saber que Dios la había llamado a excavar agujeros en el desierto y que brotarían muchas flores como fruto de su esfuerzo.

Cuando Lillian salió del hospital volvió a su vida atareada en el orfanato. Ayudó a unos jóvenes a abrir una tienda de ultramarinos en Asiut. La tienda

tuvo mucho éxito y proporcionó a sus dueños muy buenos ingresos.

También ocurrieron otras cosas maravillosas. Lillian se hizo construir una casita, ligeramente al sur de los demás edificios del orfanato. Junto a su casita se levantó otra dedicada a los bebés, donde acogió veinticinco de los más delicados y cuidó de ellos. Los niños yacían, se sentaban o se arrastraban por el bonito jardín que mandó plantar.

Los niños mayores se regocijaron cuando construyeron una piscina. Una potente bomba sacaba agua para regar el huerto. Lillian resolvió que el agua podía servir también para llenar una piscina. Diseñó un plan para que el agua fuera bombeada antes por un extremo de la piscina y saliera por el otro para regar la tierra. Como el agua estaba siempre corriendo, estaba limpia y era segura para nadar en ella. Establecieron un programa de natación para los niños y al cabo de poco hubo muchos expertos nadadores.

El 27 de septiembre de 1937, Lillian Trasher celebró su cincuenta cumpleaños. Por esa época el orfanato ya cuidaba más de setecientos niños. Y las necesidades eran mayores que nunca. Una comida de tomates y repollo requería 70 kilos de tomates y 100 repollos. El lujo más pequeño, multiplicado por setecientos, significaba mucho dinero. La entrega de un peine de diez centavos a cada niño, una pastilla de jabón de 5 y una toalla de 25 costó a Lillian 280 dólares.

En 1938, un famoso periodista estadounidense hizo un tour por el mundo para entrevistarse con súbditos de su país que vivieran en el extranjero y comentar las actividades que estaban realizando. En

la primavera de 1938 Lillian recibió al periodista en el orfanato. El hombre se quedó toda una semana, entrevistó a viudas, jugó con los niños y tomó notas. Lillian sacó tiempo para responder a todas sus preguntas. Imaginó que se había marchado con una impresión favorable de la obra que se hacía en el orfanato. No tenía ni idea de la impresión que le causó.

En 1939 apareció un artículo en el Reader's Digest titulado «La madre del Nilo». La primera frase del artículo decía: «Egipto es un país de maravillas, pero para mí la mayor de todas es Lillian Trasher». El artículo seguía contando la obra de Lillian de una forma brillante.

Los efectos de la publicidad fueron increíbles. Mucha gente que nunca había oído hablar de Lillian envió dinero al orfanato. Y casi todos los pasajeros que hacían giras por el Nilo deseaban ver a la «famosa» madre del Nilo y sus huérfanos. Lillian se sintió un poco avergonzada de que la calificaran como «la mayor maravilla de Egipto», pero apreció el efecto de la publicidad.

Aunque la obra del orfanato iba adelante, seguía aumentando la animosidad contra los misioneros cristianos en Egipto. El gobierno impuso tasas de importación sobre todas las iglesias y obras de beneficencia. Pero una cosa era pagar una pequeña tasa y otra muy distinta que el receptor pagara impuestos equivalentes al valor de las cosas donadas. Lillian se vino abajo cuando se enteró de esta noticia. Ya no valía la pena recibir paquetes de ropa, suministros escolares o juguetes de ultramar. Tenía que escribir a las fieles mujeres del Consejo misionero y decirles que dejaran de coser ropa para los niños.

Cuando la década tocaba a su fin, los nubarrones de guerra que se habían levantado en el horizonte finalmente se precipitaron en la Segunda Guerra Mundial. Los alemanes y sus aliados del Eje, Italia, deseaban controlar el canal de Suez. En septiembre de 1940 los italianos, con un ejército de doscientos mil, invadieron Egipto desde Libia y fortificaron sus posiciones por el oeste en Sidi Barrani, unos 480 kilómetros al oeste de Alejandría. Como sucediera anteriormente, se ordenó a los ciudadanos británicos y estadounidenses que abandonaran Egipto, pero en esta ocasión Lillian se negó a hacerlo. Tenía cincuenta años y había vivido en Egipto más tiempo que en los Estados Unidos. Se sentía egipcia. Afortunadamente, esta vez no vino nadie a obligarle a ser evacuada. Pero la senda que había que recorrer sería tan difícil de soportar para el orfanato como lo fuera durante la Primera Guerra Mundial.

---

## Capítulo 16



# Un barco cargado de provisiones

En 1941 los Aliados dieron la vuelta a la guerra en Egipto. Los italianos perdieron nueve divisiones en los combates y retrocedieron a Libia. Como consecuencia de todo ello, muchas cosas, como los libros de texto, costaban tres veces más que antes de la guerra, mientras que otras, como llantas para las ruedas, eran prácticamente imposibles de obtener.

El orfanato había llegado a acoger a novecientos niños y tenía una necesidad constante de ropa y alimentos. En septiembre de 1941 los niños vestían harapos y sólo recibían media taza de lentejas para comer. Lillian hacía lo que podía para obtener dinero para el orfanato, pero parecía tarea inútil. Todos los habitantes de Egipto sufrían.

Una noche a la hora de la cena, Lillian anunció que las clases y el trabajo quedaban suspendidos

veinticuatro horas para que todos oraran con fervor por la situación que estaban atravesando. Cuando visitó el dormitorio de las niñas aquella noche, Lillian se admiró de la sinceridad de sus oraciones. La voz de una niña llamada Figa resonaba por encima de las demás. Figa no era una niña bonita—se le había afeitado la cabeza por causa de una enfermedad de la piel—, pero cuando levantó la voz en oración, le pareció a Lillian el sonido más hermoso que jamás había oído.

—Señor, tú has dicho que aunque nuestras madres y padres nos abandonen, tú nos recibirás—oró Figa—. Necesitamos que proveas para nosotros ahora porque mamá dice que no hay nadie que pueda ayudarnos.

Lillian salió del dormitorio a pies juntillas con lágrimas en los ojos. *Ciertamente, Figa tiene razón. A menos que Dios haga un milagro, pasaremos hambre.*

Lillian durmió poco aquella noche. Los niños oraron hasta las 2.30 de la madrugada, y Lillian siguió orando con el personal otro largo rato. Por la mañana llegó un telegrama. Decía: «Señorita Trasher, visíteme mañana para almorzar. Embajador Kirk».

Lillian observó el telegrama. ¿Por qué quería verla el embajador de los Estados Unidos en Egipto con tanta urgencia? No podía imaginarse ni una sola razón. Confió que tuviera algo que ver con las oraciones de las viudas y los niños. Lillian dejó a su asistente a cargo de todo y tomó el tren de medianoche a El Cairo. Llegó a la residencia del embajador justo al mediodía y fue inmediatamente conducida ante su presencia. El honorable Alexander Kirk saludó

efusivamente a Lillian y ambos se sentaron a conversar antes de serles servido el almuerzo.

El embajador bullía de noticias.

—Tengo algo importante que comunicarle—comenzó diciendo—. Como supongo que sabrá, Grecia ha caído en poder alemán.

—Sí, lo he leído—repuso Lillian preguntándose que tendría que ver Grecia con su situación.

—Resulta que la semana pasada, un barco de la Cruz Roja, el *Cassandra Louloudis*, con un cargamento de suministros de socorro, se aproximaba a El Pireo de Atenas, cuando recibió la noticia de que Grecia había caído. Se ordenó al barco volver a Alejandría y esperar nuevas órdenes. Luego se temió que los barcos atracados en el puerto de Alejandría fueran atacados y se ordenó al *Cassandra Louloudis* que arrojava su cargamento al mar y zarpara siendo aún de noche. Un joven marinero escocés, miembro de la tripulación, rogó al capitán que lo descargara todo en vez de arrojarlo al mar. Le habló al capitán acerca de su orfanato. Al parecer, ese hombre ha donado dinero para su obra y su madre ora por los huérfanos todos los días. Al principio el capitán se resistió. Quería zarpar de inmediato, pero el marinero insistió. Aseguró al capitán que podían descargar el barco y conseguir hacerse a la mar antes de la salida del sol. Finalmente el capitán se aplacó y el barco fue rápidamente descargado. Los suministros están ahora en un almacén del puerto de Alejandría.

—Dígame, señorita Trasher, ¿tiene necesidad de alimento y comida en este momento?

Lillian dejó escapar un suspiro. ¿Le estaba ofreciendo el embaajador un cargamento de suministros? Tenía que asegurarse.

—¿Qué ha dicho usted? —le preguntó. El embaajador sonrió.

—Pensé que podría estar necesitada. En cuanto terminemos de comer, la llevaré a Alejandría para verlo.

Fue una de las ocasiones en que Lillian desoía pesar por alto una comida. Las provisiones le espartaban. Estaba deseosa de ver lo que había en el almacén.

Dos horas después, Lillian, el embaajador Kirk y un representante de la Cruz Roja examinaban embalaje tras embalaje con provisiones. Las cajas se extendían hasta donde se alcanzaba ver.

—¿Cuánto hay aquí? —preguntó Lillian con incredulidad.

El representante de la Cruz Roja sacó un papel y comenzó a leer: «dos mil seiscientos vestidos. Noventa y cinco jerséis hechos a mano. Mil novecientos pantalones de niño. Tres mil ochocientas mantas. Mil cien toallas. Setecientos barriles de leche en polvo. Mil doscientos sacos de arroz...».

Lillian no pudo asimilar más cifras. Empezó a llorar.

Cuando se recuperó, el operario de la Cruz Roja prosiguió con el inventario y preguntó a Lillian qué cosas le gustaría llevar de inmediato. De repente, Lillian sintió un nudo en el estómago. Era maravilloso disponer de todas aquellas cosas, pero no quedaba ni un solo dólar en el orfanato. ¿Cómo iba ella a llevar todo aquello a Asiut?

El embaajador Kirk interrumpió su pensamiento.

—Señorita Trasher —dijo—, será un privilegio para mí sufragar los gastos de entrega. Enviaremos las provisiones que necesita inmediatamente por camión; el resto puede ir en tren. ¿Qué le parece?

Lillian se enjugó los ojos y esbozó una sonrisa.

—Gracias —dijo.

Aquella noche Lillian regresó en tren a Asiut, pero cuán distintas eran las circunstancias comparadas con el viaje de la noche anterior. Ansiaba contar a los niños que sus oraciones habían sido contestadas de manera maravillosa. Un cargamento de provisiones venía de camino.

Un viernes por la mañana Lillian convocó a todos y les dio la gran noticia. Cuando acababan de manifestar su júbilo un convoy de camiones entró por las puertas del orfanato. Hubo nuevos vtores. Cientos de solícitas manos levantaron cajas, bolsas y barriles de lo que parecía una procesión de camiones.

Los camiones estuvieron descargados después del almuerzo. Los niños esperaron en derredor a que se abrieran las cajas. Lillian elevó una oración de gratitud y abrió la primera caja. Estaba llena de ropa y vestidos.

—Empecemos con una pieza por persona —instruyó—, aunque más adelante podremos entregar otra.

Toda la tarde, hasta que oscureció, Lillian y las viudas repartieron ropa y despacharon comida a la cocina. Era hermoso ver a los niños resplandecer de alegría exhibiendo el colorido de sus nuevas prendas.

La entrega de los suministros de la Cruz Roja fue un hito en tiempos de guerra, por el que Lillian dio

Lillian dejó escapar un suspiro. ¿Le estaba ofreciendo el embajador un cargamento de suministros? Tenía que asegurarse.

—¿Qué ha dicho usted? —le preguntó. El embajador sonrió.

—Pensé que podría estar necesitada. En cuanto terminemos de comer, la llevaré a Alejandría para verlo.

Fue una de las ocasiones en que Lillian deseó pasar por alto una comida. Las provisiones le esperaban. Estaba deseosa de ver lo que había en el almacén.

Dos horas después, Lillian, el embajador Kirk y un representante de la Cruz Roja examinaban embalaje tras embalaje con provisiones. Las cajas se extendían hasta donde se alcanzaba ver.

—¿Cuánto hay aquí? —preguntó Lillian con incredulidad.

El representante de la Cruz Roja sacó un papel y comenzó a leer: «dos mil seiscientos vestidos. Noventa y cinco jerséis hechos a mano. Mil novecientos pantalones de niño. Tres mil ochocientas mantas. Mil cien toallas. Setecientos barriles de leche en polvo. Mil doscientos sacos de arroz...».

Lillian no pudo asimilar más cifras. Empezó a llorar.

Cuando se recuperó, el operario de la Cruz Roja prosiguió con el inventario y preguntó a Lillian qué cosas le gustaría llevar de inmediato. De repente, Lillian sintió un nudo en el estómago. Era maravilloso disponer de todas aquellas cosas, pero no quedaba ni un solo dólar en el orfanato. ¿Cómo iba ella a llevar todo aquello a Asiut?

El embajador Kirk interrumpió su pensamiento.

—Señorita Trasher —dijo—, será un privilegio para mí sufragar los gastos de entrega. Enviaremos las provisiones que necesita inmediatamente por camión; el resto puede ir en tren. ¿Qué le parece?

Lillian se enjugó los ojos y esbozó una sonrisa.

—Gracias —dijo.

Aquella noche Lillian regresó en tren a Asiut, pero cuán distintas eran las circunstancias comparadas con el viaje de la noche anterior. Ansiaba contar a los niños que sus oraciones habían sido contestadas de manera maravillosa. Un cargamento de provisiones venía de camino.

Un viernes por la mañana Lillian convocó a todos y les dio la gran noticia. Cuando acababan de marifestar su júbilo un convoy de camiones entró por las puertas del orfanato. Hubo nuevos vítores. Cientos de solícitas manos levantaron cajas, bolsas y barriles de lo que parecía una procesión de camiones.

Los camiones estuvieron descargados después del almuerzo. Los niños esperaron en derredor a que se abrieran las cajas. Lillian elevó una oración de gratitud y abrió la primera caja. Estaba llena de ropa y vestidos.

—Empecemos con una pieza por persona —instruyó—, aunque más adelante podremos entregar otra.

Toda la tarde, hasta que oscureció, Lillian y las viudas repartieron ropa y despacharon comida a la cocina. Era hermoso ver a los niños resplandecer de alegría exhibiendo el colorido de sus nuevas prendas.

La entrega de los suministros de la Cruz Roja fue un hito en tiempos de guerra, por el que Lillian dio

gracias a Dios muchas veces. De hecho, en 1945, cuando finalizó la Segunda Guerra Mundial, muchos niños aún vestían ropa procedente del *Cassandra Louloudis*.

En los años de guerra aumentó el número de niños en el orfanato, pero Lillian confió que, una vez finalizada, vendrían tiempos mejores, es decir, hasta septiembre de 1947, cuando otra forma de horror se asentó sobre Egipto: una epidemia de cólera.

La epidemia alcanzó inicialmente a las grandes ciudades, produciéndose al principio cien y luego mil muertes por semana en Alejandria y El Cairo. El cólera se fue esparciendo lentamente por el campo, cobrándose miles de vidas. La muerte llegaba unas cuantas horas después que la víctima se daba cuenta que estaba afectada por la enfermedad. Familias enteras que una mañana se levantaban sanas estaban muertas y enterradas al día siguiente.

El gobierno ordenó cerrar todas las escuelas, excepto la de Lillian. Dado que los niños vivían juntos dentro del recinto, mantenían el mismo contacto unos con otros ya asistieran o no a la escuela.

Lillian se negó a pensar qué sucedería si uno de sus niños contraía la enfermedad. Con tantas personas conviviendo en un espacio reducido, el cólera se podía extender como el fuego.

Al conocerse que el cólera se iba acercando a Aslut, Lillian oraba sin cesar que no traspasara las paredes del orfanato. Se advirtió a la gente que tuviera el menor contacto posible con otras personas, pero eso no era posible en el orfanato, donde llegaba un flujo constante de visitantes, repartidores y ayudantes.

No obstante, Lillian se preguntó qué podría hacer para reducir las posibilidades de contacto con la fatal enfermedad. Tal vez, pensó, no debía aceptar más niños hasta que la epidemia se alejara. Esta idea tenía perfecta lógica desde un punto de vista médico, pero el pensamiento de rechazar a un niño —a cualquier niño— necesitado le inquietaba. Era algo que el orfanato nunca había hecho, ni siquiera durante las sublevaciones de Egipto o en medio de la gran Depresión. Lillian no sabía qué hacer.

Un sábado de octubre, regresando de Aslut, Lillian notó que había un soldado montando guardia delante de una casa. El corazón le dio un vuelco al percibir que la puerta que estaba vigilando tenía pintado un círculo blanco, símbolo del cólera. La epidemia había finalmente llegado a Aslut. Aterrorizada, condujo a casa lo más rápido que pudo y cerró firmemente las puertas.

Aquella noche leyó la historia bíblica de Moisés, el faraón y las plagas y repitió para sí misma el versículo: «No te sobrevendrá mal, ni plaga tocará tu morada». «Lo tomo como una promesa, Señor —oró—. Aunque el cólera esté a nuestro alrededor, voy a confiar que tú protegerás a los niños. No rechazaré a ningún niño que necesite un hogar, aunque procedan de zonas infectadas por el cólera.»

Tres días después la mente de Lillian se ocupaba de otro desastre que no tenía nada que ver con la epidemia. Sucedió en torno a la medianoche. Lillian acababa de acostarse exhausta después de un día normal muy atareado. Justo antes de quedarse dormida percibió una luz espeluznante en el dormitorio.

*Es extraño, pensó, algo debe estar produciendo esa luz. Pero estaba demasiado rendida por el sueño para preguntarse qué podría ser.*

Diez minutos después el ruido de la campana de la escuela la despertó. Su habitación había adquirido un resplandor anaranjado. Corrió a la ventana y dio un grito. ¡El dormitorio de los niños estaba en llamas!

Las llamas se elevaban el triple de la altura del edificio. Corrió hacia el teléfono y llamó a los bomberos. Después se echó algo encima y salió corriendo hacia el edificio ardiendo. Su mente volaba; no podía perder ni uno solo de sus niños. Muchos niños «mayores» estaban delante del edificio contemplando las llamas. Lillian corrió hacia ellos. Mena, asistente de Lillian, trataba de calmarles.

—¿Dónde están los niños pequeños? —gritó Lillian—. Tenemos que entrar a buscarlos.

El pánico se apoderó de Lillian y se lanzó hacia el edificio en llamas. Casi había llegado cuando sintió que la agarraban del brazo. Era Mena.

—Mamá, está bien —gritó—. Había cuarenta niños en el edificio y todos están fuera. En el patio oeste.

—¿Estás segura? —preguntó Lillian—. ¿Absolutamente segura?

—Sí mamá —contestó Mena—. Yo misma los he contado. Todos siguieron la emergencia de incendio que hemos ensayado.

Un gran alivio calmó el cuerpo de Lillian. Un edificio podía ser reemplazado, pero el valor de cada niño era incalculable.

Lillian miró hacia el puente. ¿Dónde estaba el camión cisterna de Aslut? Ya debería haber llegado. En ese momento Lillian recordó los 150 cubos nuevos que había comprado del ejército a precio de ganga. Corrió al almacén y pidió a uno de los chicos que forzara la puerta.

—Rápido —gritó, echando mano de los cubos—, formad una cadena desde la bomba del pozo hasta el edificio.

Se unieron muchas manos voluntariosas. Al cabo de veinte minutos el fuego pareció estar controlado —es decir, hasta que las llamas comenzaron a lamers la pared de la cocina.

—¡A la cocinal! —Lillian gritó a los niños que estaban a la cabeza de la brigada de los cubos.

En un horrible instante, Lillian se dio cuenta de que los depósitos de queroseno que calentaban el agua estaban en la cocina. Si el fuego los alcanzaba, se produciría una terrible explosión que podría matar a algunas personas. Miró desfavorida hacia la carretera para ver si había indicios del camión de bomberos, pero no aparecía nadie. Volvió la vista hacia el incendio. Los chicos estaban cubiertos de la cabeza a los pies de hollín. Se esforzaban por apagar las llamas, pero éstas seguían creciendo poco a poco. Vencida por el temor, Lillian se arrodilló.

—Haz algo Señor —suplicó—. Los depósitos de queroseno están dentro. Haz algo.

Lillian permaneció de rodillas un minuto o dos contemplando las llamas. *Está sucediendo*, se maravilló, *las llamas se están apagando*. Ciertamente, el fuego se extinguió dejando el interior de la cocina incólume.

Un poco después llegó el camión. Los bomberos examinaron los edificios y confirmaron que el fuego ya estaba apagado. Cuando amaneció, una ambulancia de Asitur llegó para trasladar las víctimas quemadas al hospital. El conductor de la ambulancia no podía creer que ni una sola persona hubiera sufrido quemaduras.

Cuando el sol brilló con fuerza, Lillian y Mena inspeccionaron los depósitos de queroseno que tanto les habían preocupado. Estaban intactos. Luego observaron la pared, cuyo exterior había sido lamido por el fuego. Una ventana inserta en la pared no cerraba bien y se había metido un taco de papel de periódico en una grieta para que no entrara el frío de la noche. Lillian miró la ventana con estupor. ¡Vio las marcas que el fuego había dejado en la pared hasta alcanzar los papeles sin traspasarlos!

—¡Qué increíble! —dijo a Mena—. Vi las llamas contra esta pared; eso fue lo que me hizo arrodillar y rogar. En ese preciso instante las llamas debieron detenerse, o habrían consumido el periódico y alcanzado los depósitos de queroseno.

—Creo que estamos viendo un milagro, mamá —repuso Mena—. ¿De qué otro modo se puede explicar que el papel de periódico no se prendiera?

Lillian agachó la cabeza una vez más. Sus niños estaban todos a salvo, la cocina no había explotado y se podrían comenzar las reparaciones mañana. Pasaron el día limpiando los escombros y recolocando cuarenta niños en otro dormitorio.

A la mañana siguiente Lillian oyó que alguien golpeaba la puerta exterior. Envió a su asistente Alya para ver quién era. Alya volvió diciendo que era

un padre con dos niños de cuatro y seis años. La madre había muerto y el padre quería dejar a sus hijos en el orfanato. Lillian suspiró.

—No podemos correr el riesgo. No aceptaremos más niños hasta que haya pasado la epidemia —le dijo a Alya. Ésta se mostró sorprendida.

—Pero han caminado cuatro días hasta llegar aquí... —Lillian levantó la mano.

—Es por el bien de todos los niños. Además, ¿dónde van a dormir? Con el fuego, el dormitorio de niños está más lleno que nunca —dijo.

—Sí, mamá —replicó Alya—. Se lo diré. ¿Puedo darles un poco de pan para el camino de vuelta?

—Por supuesto —dijo Lillian.

Alya salió de la habitación. Lillian se quedó sola. Las palabras «no aceptaremos más niños» resonaron en su mente. ¡Qué duras sonaban aquellas palabras! ¡Cuán extrañas! Lillian nunca había pronunciado palabras semejantes. Repasó rápidamente las razones por las que los niños no debían ingresar en el orfanato. Podrían estar enfermos. Pero cualquier niño podía estar enfermo. Si un orfanato cristiano rechazaba a un niño cuando más necesitado estaba de amabilidad, ¿adónde iría a parar? El padre había caminado cuatro días esperando hallar un lugar para sus hijos en el orfanato.

Pero Lillian había respondido diciendo que no había sitio en la casa de Dios para los niños.

De repente, se llevó la mano a la boca.

—¿Qué he hecho? —exclamó—. Señor, perdóname —entonces atravesó el vestíbulo corriendo y salió gritando:

—¡Alya!, espera. ¡Alya!

Alya ya se encontraba en la puerta principal. Lillian corrió hacia ella. Hablaba con un hombre muy flaco, pero fuerte. Los dos niños pequeños se escondieron tímidamente detrás de él.

—Bienvenidos —dijo Lillian al hombre, extendiendo las manos para saludarle—; bienvenidos a la casa de Dios. Pasen y coman; luego buscaremos un lugar para sus hijos.

Lillian suplicó todo el día que su decisión hubiera sido correcta. Bregaba contra la posibilidad de exponer a los demás niños al peligro de contraer el cólera. Gracias a Dios, el día pasó tranquilamente, y los niños Musa e Ibrahim, comieron bien y jugaron con los otros niños. No obstante, a eso de la medianoche, Alya fue a buscar a Lillian. Tan pronto como ésta vio su rostro, supo que algo no iba bien con aquellos niños.

—Es Musa, mamá —jadeó Alya—. Está muy enfermo. Tiene diarrea y está vomitando.

—¿Tiene fiebre? —preguntó Lillian. Alya afirmó con la cabeza.

—Cuarenta grados y medio.

Los vómitos, la diarrea y la fiebre son síntomas del cólera.

—Señor, ¿qué he hecho? —gimió Lillian—. Ayúdame a hacer lo correcto en este momento —se calzó los zapatos—. Alya llama al médico. Voy a ver a Musa.

Sin pensar en su propia seguridad, Lillian cruzó corriendo el patio hacia el edificio de los varones. Llegó y se encontró a dos niñas mayores inclinadas sobre una cama, cambiando las sábanas manchadas de vómito. Lillian se compungió. Si se trataba

de cólera, las niñas ya habían estado expuestas a la enfermedad letal.

—No las toquen —dijo Lillian en voz baja—. Dejen que yo lo haga. Échense para atrás.

Lillian miró a Musa y oró por él.

—Ayúdame Señor. Lamento haber hecho lo que no debí, admitiendo a este pequeño en nuestra casa, pero no podía rechazarlo. Ayúdame ahora.

Al cabo de media hora, llegó un médico del hospital estadounidense y confirmó los temores de Lillian. Musa había traído el cólera al orfanato. Cientos de vidas corrían ahora grave peligro.



## «Me aferré a la tarea que Dios me confió»

Lillian guardó silencio mientras un operario pintaba un círculo blanco en la puerta del orfanato. Musa fue trasladado al hospital para ser puesto en cuarentena, pero murió a las pocas horas de llegar. El departamento de salud llegó al orfanato y fumigó el edificio entero de los niños, mientras que Lillian y las niñas mayores restregaron y desinfectaron la porción del dormitorio. Ibrahim, hermano de Musa fue puesto en cuarentena. Lillian oró y vigiló posibles síntomas de enfermedad en él, pero no la contrajo. A pesar del hecho de que el cólera era bastante contagioso y de que Musa se había mezclado con los otros niños, ninguno contrajo la enfermedad.

La epidemia de cólera pasó por el orfanato, pero aparte de Musa, ningún niño se infectó. Una vez

más Lillian dio las gracias a Dios por su cuidado sobre todos ellos. Pasaron seis meses hasta que la epidemia de cólera remitió del todo en Egipto y la vida volvió a su normalidad.

Los años siguientes fueron años de tremenda expansión para el orfanato. Fue construido un pequeño hospital, con una unidad de aislamiento. Un hombre de Filadelfia donó suficiente dinero para erigir una hermosa iglesia con capacidad para mil personas. Se añadieron nuevos dormitorios y un establo más grande para alojar veinticinco vacas lecheras pertenecientes al orfanato. Mejor aún, por lo que concernía a los niños, era la nueva, enorme piscina, que donara Maurice Doss Bey, un acaudalado egipcio.

El gobernador de la provincia fue a visitar el cenitro y escribió en el libro de visitas: «Recibí hoy una grata sorpresa al visitar el orfanato de Lillian. Es la cosa más enorme de esta especie que he visto en mi vida. Posiblemente su éxito se pueda definir con tres palabras: Fe, fidelidad y paciencia».

En 1953 se recibió la visita del primer ministro egipcio Mohamed Nagio. Él escribió: «Nada me ha producido más placer que lo que hoy he podido atestiguar. Es como si llegara a un paraíso de humanidad construido exactamente como siempre imaginé que sería. Y hoy se ha cumplido». Poco después de su visita, el gobernador declaró el «Día Annual de Lillian Trasher», en el que se animaba a los comerciantes de la ciudad a hacer donativos para el orfanato.

Por muy emocionante que fueran estas añadiduras y el reconocimiento público, Lillian nunca perdió de vista su meta. No consistía en construir más

grandes y mejores edificios, sino en proporcionar a los niños más pobres la oportunidad de crecer y florecer en un ambiente familiar cristiano.

Nada hacía a Lillian más feliz que pasar tiempo con sus hijos mayores y con los hijos de éstos. En un viaje a El Cairo, pasó la noche en casa de Fahern, una de sus hijas «casadas». Corrió la noticia de que Lillian se hallaba de visita y la casa se llenó enseguida hasta rebosar de jóvenes parejas con sus hijos. A Lillian se le humedecieron los ojos mirando en derredor. Allí estaba William, hijo de un hombre ciego, ahora director de una excelente escuela, y Philip, profesor en Alejandría. También estaba allí Zaquer, contando con orgullo que acababa de obtener una licenciatura en la universidad de El Cairo. Allí estaba Edward, que ahora diseñaba aviones. La lista continuaba con cada persona presente en la habitación. Todos tenían una historia que contar, y Lillian les conocía a todos. Muchos tenían también sus propios hijos. Había centenares de niños llamados Trasher y de niñas llamadas Lillian esparcidos por todo Egipto.

Lillian volvió a Asitut y poco después llegó un representante de las Asambleas de Dios para escribir su biografía. Ella se resistió a hablar de su persona, si bien deseaba hablar de las cosas maravillosas que Dios había hecho a lo largo de los años. Finalmente el representante la acorraló.

—Dígame, por encima de todo, ¿qué es lo que se propone hacer en Egipto? —le preguntó.

Lillian pensó por un instante. No era el tipo de pregunta que le solían plantear. Su pensamiento retrocedió a la casa abarrotada de El Cairo, y respondió:

—Por estos cuarenta años he intentado vivir de tal manera que pudiera transmitir algo intangible a una nueva generación. Me gustaría transmitir una disposición de carácter cristiano. Yo vivo delante de estos huérfanos cada día de la manera que quiero que vivan en sus casas y en su país de Egipto. Intento mostrarles cómo sonreír, incluso en medio de las sombras. Cada hora del día y de la noche hago todo lo que puedo por vivir delante de ellos la vida que quiero que vivan delante de sus conciudadanos —extendió las manos para enfatizar lo que estaba diciendo—. Procuero transmitirles una vida, que sepan que si confían en Dios, todo les irá bien. Hago todo lo que puedo por enseñarles a tener fe en Dios para que puedan afrontar la vida con un corazón confiado. Intento transmitirles una fuerza —la fuerza de la oración—, una influencia ante sus semejantes para que les enseñen el verdadero camino.

Como resultado de esas palabras, no sólo se publicó una biografía de Lillian, también grabaron las Asambleas de Dios un documental sobre su vida titulado la *Madre del Nilo*. El documental tuvo un gran éxito en los Estados Unidos, y aunque Lillian se sentía un poco avergonzada por la prominencia que se le estaba concediendo, aprovechaba la oportunidad para que miles de personas conocieran su obra.

Para 1956 el documental había producido efectos asombrosos. El orfanato recibía más dinero que nunca. En consecuencia, pudieron construir un comedor más grande y añadir un segundo piso al hospital. Lo mejor de todo, por lo que concernía a Lillian, es que recibieron lavadoras automáticas de los Estados

Unidos. Una iglesia en Baytown, Texas, donó las lavadoras y Lillian mandó instalar electricidad y calentadores de agua en la lavandería de bebés y niños pequeños, donde se instalaron las lavadoras. Finalmente, una tarea que había requerido un pequeño batallón de dedicadas viudas para llevarla a cabo seis días a la semana, fue inmensamente reducida.

Otro edificio, el Herman-Sadlo, nombre de los coproductores de la *Madre del Nilo*, se erigió en un tiempo récord. Fue construido para alojar más de cincuenta niños entre uno y dos años de edad.

A finales de 1956 otra crisis afectó a Egipto. El recién elegido presidente Gamal Abdel Nasser declaró la nacionalización del canal de Suez. En octubre, las fuerzas israelíes invadieron la península del Sinaí, y Francia y Gran Bretaña desembarcaron tropas en Egipto para recuperar el canal. Todo el país estuvo en crisis. Nasser hundió cuarenta barcos en el canal para bloquearlo. La situación parecía fuera de control hasta que la presión de las Naciones Unidas impulsó el alto el fuego y todas las tropas extranjeras se retiraron del país. En marzo de 1957 se reabrió el canal de Suez, esta vez bajo el control de Egipto.

Durante ese tiempo tuvo lugar un acontecimiento especialmente feliz para Lillian. Su hermana Jennie, que había visitado Egipto de vez en cuando, vendió su propiedad en California y volvió para quedarse a trabajar de modo permanente junto a su hermana. Esto alegró mucho a Lillian. Las dos habían comenzado juntas el orfanato. Ahora envejecerían juntas prestando servicio.

En 1960 Lillian recibió una invitación especial para regresar a los Estados Unidos y asistir a una serie de

convenciones de escuelas dominicales de las Asambleas de Dios, de las cuales la primera se celebraría en Springfield, Missouri. Aunque odiaba tener que abandonar a sus niños, Lillian se alegró de la oportunidad que se le ofrecía de visitar amigos en su país de origen por lo que presintió sería la última vez. Además, dejaba el orfanato en las capaces manos de George Assad, uno de los antiguos niños huérfanos ya maduro, ministro ordenado de las Asambleas de Dios.

Este viaje a los Estados Unidos no fue por mar, como lo fuera su travesía anterior. Los aviones comerciales ya cruzaban el océano Atlántico y Lillian quiso aprovechar la ocasión para viajar en avión. El vuelo fue rápido y emocionante —o así le pareció—, y en no mucho tiempo se encontró en Springfield. Como de costumbre, iba ataviada de negro y portaba una pequeña maleta de cartón no del todo llena.

Al día siguiente de su llegada, Lillian se dirigió a una audiencia de congresistas allí presentes. Les contó historias sencillas de niños que habían llegado a ella hacía años y les habló de las ocupaciones que habían llegado a desempeñar. Hablando de ellos se reflejaba su orgullo maternal. Al finalizar su mensaje, retó a todos los asistentes a iniciar lo que sentían que Dios les había mostrado que hicieran y que no esperarán hasta que todas las piezas encajaran. Terminó con una explicación de su ya famosa regla de «los tres ladrillos». «Una vez que uno conoce la voluntad de Dios —les dijo— pónganse a andar. En el orfanato comenzamos un nuevo proyecto de construcción tan pronto como tenemos tres ladrillos para colocar.»

Desde Springfield Lillian voló a Houston, Texas. La acompañó Philip Hogan, director de misiones de las Asambleas de Dios en el extranjero. Aquella noche le ofrecieron alojamiento en un elegante hotel del centro de Houston.

—Esa es su habitación, señorita Trasher. Espero que se encuentre cómoda —le dijo Philip.

Pero cuando Lillian leyó la información colgada detrás de la puerta, sintió cualquier cosa menos comodidad. La nota informaba que la habitación costaba a las Asambleas de Dios dieciocho dólares por noche. *Dieciocho dólares, pensó, sentada en el borde de la cama. ¡Imagínate lo que podría hacer en el orfanato con dieciocho dólares!* Por último, Lillian no pudo soportarlo. Llamó a la habitación de Philip.

—Por favor, quiero hablar con usted en el vestíbulo —le dijo.

Un Philip Hogan con cara de sorpresa bajó las escaleras y se encontró a Lillian con su maleta y su sombrero en la mano.

—No puedo dormir en esa habitación —dijo Lillian.

—¿Por qué no? —preguntó Philip— ¿Qué problema hay? Puedo pedir que le cambien a otra.

Lillian negó con la cabeza.

—He visto detrás de la puerta lo que cuesta, hermano Hogan. Ese dinero pagaría la leche que necesitan mis niños en el orfanato. Lo siento, pero no puedo pasar una noche en una cama que cuesta tanto como la leche de mis pequeños.

—¿Está segura? —repuso Philip—. Queremos que se sienta cómoda.

—Me siento cómoda casi en cualquier sitio, pero no en el regazo del lujo —respondió Lillian.

Philip se rió entre dientes. Muy bien, tengo amigos en la ciudad. ¿Les llamo para preguntarles si se puede alojar en su casa?

—Hágalo, por favor —dijo Lillian.

Lillian pasó su tiempo restante en los Estados Unidos en hogares cristianos. Nadie volvió a cometer el error de reservarle de nuevo una habitación de hotel.

Poco antes de terminar el tiempo de su visita, Lillian empezó a tener mareos, debidos, según le confirmó el médico, a su alta presión arterial. Lillian decidió acortar su última semana de visita y regresar a Aslut. Pero su salud no mejoró y su vida fue bastante precaria en las semanas que siguieron a su retorno.

Aunque sus fuerzas eran limitadas, Lillian insistía en atender a los bebés lo mejor que podía. A menudo se sentaba en su mecedora en el patio, donde los niños la rodeaban para recitarle con orgullo versículos bíblicos o la entretenían con sus acrobáticas travesuras. Los domingos disfrutaba en la iglesia observando a sus niños con orgullo maternal. Sus edades oscilaban de recién nacidos a adultos. George Assad, recibido por Lillian a los seis años, fue por ese tiempo pastor del orfanato.

Un día, a la salida de la iglesia, un visitante preguntó a Lillian si nunca se cansaba de su arduo trabajo.

—Por supuesto que no —exclamó Lillian con una sonrisa, a sus setenta y cuatro años—. ¡Es una gran alegría recibir un nuevo bebé! Aunque esté sucio —realmente sucio—, delgado, enfermo y no tenga

madre, lo recibimos. Le damos un baño caliente y una botella de leche. Lo ponemos en una cuna limpia y acogedora, donde puede dormir por primera vez cómoda y placidamente. Mire, mis bebés no son huérfanos para mí; son las criaturas más queridas que tengo en la vida. Oro por ellos y sueño con ellos. Cuando me traen un niño sucio y andrajoso, intento imaginarme qué aspecto tendrá en ocho o diez años si no le aceptamos y qué será de él si lo rechazamos. Por eso no se me ocurre rechazarlo. Doy gracias a Dios que nunca he tenido que rechazar a ninguno que realmente nos necesitaba. Nunca he sido más feliz de lo que soy haciendo el trabajo que Dios me ha asignado. No cambiaría lo que he hecho y lo que estoy haciendo por toda la riqueza de los Estados Unidos. En esto consiste la vida, en ayudar a los que nos necesitan y a los que no tienen a nadie más que a nosotros.

La condición física de Lillian no mejoró, por lo que a principios de octubre de 1961 fue hospitalizada en Aslut. Los médicos catalogaron su estado como grave.

El domingo 17 de diciembre de 1961, dos nuevos bebés fueron recibidos en el orfanato. Ese mismo día falleció Lillian Trasher. Jennie estaba a su lado. Lillian estuvo en el hospital de Aslut diez semanas con problemas de corazón. Los médicos concluyeron que a su edad de setenta y cuatro años, su cuerpo simplemente se había desgastado.

El funeral tuvo que ser organizado apresuradamente, ya que, según la ley egipcia, el cuerpo tenía que estar enterrado antes del anochecer. Un carruaje arrastrado por caballos transportó lentamente el

cuerpo de Lillian por las calles de Aslut de vuelta al orfanato. Tanto cristianos como musulmanes lloraron al paso del féretro de la mamá Lillian. Niños aturdidos hacían fila en silencio, a la puerta del orfanato, intentando comprender lo que había sucedido. Una ceremonia solemne se celebró en la espaciosa iglesia en donde Lillian había predicado tan sólo unas semanas antes. El cuerpo de Lillian Trasher fue enterrado en el cementerio del orfanato, junto a varias tumbas de niños a quienes tanto había amado.

A lo largo de varias semanas después de su muerte, sus hijos hicieron póstumos viajes a Aslut para honrar la tumba de su mamá. Muchos lloraron recordando su amor por ellos y su fe resuelta de que Dios ciertamente se preocupa de las viudas y los huérfanos.

Nadie sabe a ciencia cierta cuantas viudas y niños Lillian Trasher cuidó, aunque la cifra sin duda se acerca a los diez mil. Algunos de ellos sólo estuvieron breve tiempo en el orfanato; otros, toda su vida.

Miles de personas en los Estados Unidos y en todo el mundo lloraron la muerte de Lillian. En los Estados Unidos se escribieron muchos artículos acerca de su vida notable. Uno de ellos decía: «Lillian Trasher, a quien la prensa calificó una vez como "la estadounidense más destacada residente fuera de los Estados Unidos", ha sido una de las primeras heroínas misioneras de su tiempo. Durante sus cincuenta años de trabajo con huérfanos en Egipto, cuidó casi a diez mil niños, niños sin hogar, desvalidos, ciegos. La llamaban la «madre del Nilo».

Un día, poco antes de ser hospitalizada, un portero le preguntó:

«Me aferré a la tarea que Dios me confió»

185

—Señorita Lillian, ¿cuál es el secreto de su éxito misionero? ¿Qué es lo más grande que ha podido llevar a cabo?

—No hay ningún secreto —respondió Lillian de inmediato—. Sólo me quedé. No abandoné. Abracé la obra que Dios me mandó hacer.

---

### Bibliografía

Howell, Beth Prim. *Lady on a Donkey*. E.P. Dutton & Company, 1960.

*Cartas de Lillian*. Asambleas de Dios, División Misiones Extranjeras, 1983.

Sumrall, Lester. *Lillian Trasher: Nile Mother*. Gospel Publishing House, 1951.

*Material adicional de los archivos Misiones en el Mundo de las Asambleas de Dios, Springfield, Missouri.*

---

### *Acerca de los autores*

Janet y Geoff Bengé forman un equipo de autores con una experiencia de más de quince años. Janet fue maestra de escuela primaria. Geoff es licenciado en historia. Ambos son naturales de Nueva Zelanda y prestaron diez años de servicio a Juventud con una Misión. Tienen dos hijas, Laura y Shannon, y un hijo adoptivo, Lito. Residen cerca de Orlando, Florida.